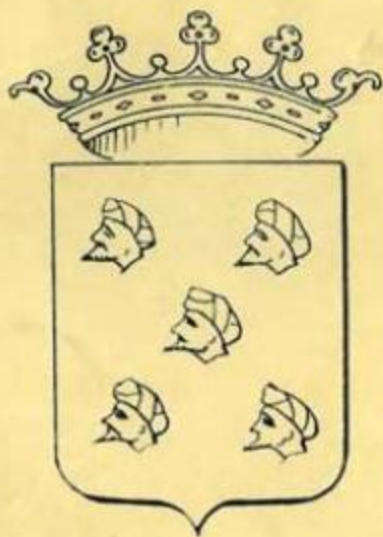


Leyendas y Tradiciones

TOLEDO

CORDOBA

GRANADA



*Francisco
Valverde y Perales*

FRANCISCO
VALVERDE Y PERALES

Nació en Baena (Córdoba) el año 1848, y como casi todos los grandes hombres tuvo unos principios duros por el estado político de la España de entonces. Cursó sus estudios primarios en su ciudad natal y, ya adolescente, marchó a Córdoba, Sevilla y Cádiz en donde ingresó como voluntario en el Ejército.

En 1870 fué destinado a Cuba en donde defendió heroicamente la enseña española, siendo condecorado con la Medalla del Mérito Militar. Después de varias campañas fué nombrado para la Comandancia de la Guardia Civil de Toledo.

En esta ciudad se despertó en él sus extraordinarias dotes de historiador, investigador, y poeta. Debido a su labor de investigación ingresó en la Real Academia de la Historia. Posteriormente le fueron concedidos los galardones siguientes: Cruz y Placa de San Hermenegildo; Cruz de Isabel la Católica.

LEYENDAS Y TRADICIONES

Toledo *

Córdoba *

Granada *

- * Prólogo de José M.^a Pemán.
Prólogo de la 1.^a Edición de
Rafael Torromé.
- * Ilustraciones de Hidalgo Ca-
viedes, J. Vera, N. Lagarde,
García Menacho, F. Latorre,
E. Lagarde, J. Barreras, A. Ve-
gue y M. Tovar.
- * Fotografías de M. Cassani.

Segunda Edición

IMPRESO EN ESPAÑA EN GRAFICAS CAÑETE

BAENA (CÓRDOBA)

1.973

PROPIEDAD INTELECTUAL RESERVADA

ISBN - 84 - 400 - 5901 - 9

DEP. L. 00 - 127 - 1 073

Véanse las notas al final.

Al Excmo. Sr. Marqués de Guadalerzas

A Vd., mi respetable y cariñoso amigo, que tanto ha contribuido con sus sabios consejos y enseñanzas á ilustrar mi pobre inteligencia, dedico esta modesta obrilla, que si no es acreedora á tal distinción por su escaso mérito literario, tiene en su favor la benevolencia de Vd. y la admiración, cariño y agradecimiento que por Vd. siente su autor

Francisco Valverde.



Breve Prólogo para una Obra larga

- 4 -

Hacen muy bien los que se ocupan de reeditar las obras -en prosa o verso- de Francisco Valverde y Perales: hijo ilustre de la ciudad cordobesa de Baena, cuya historia, agitada y heroica, él escribió.

La historia de España posee como una especie de cinturón o fajín de general, o acaso cordón de cilicio de fraile, que le cruza el centro por la Mancha, Córdoba, Jaén, Extremadura. Raya ordenadora y sinóptica que, cruzada o violentada hacia arriba o hacia abajo, ha resuelto más de una vez el destino de la nación.

En esa raya o paralelo vital, se localiza a Munda, donde se resolvió el pleito César-Pompeyo. Por allí andan las Navas de Tolosa que empezó a resolver la Reconquista de Norte a Sur. Y está Bailén que resolvió de Sur a Norte la Independencia. Está en ella el puente de Alcolea que decidió la acción revolucionaria contra Isabel II. En ella está también Baena, base de lanzamiento del último tramo de la Reconquista. Isabel La Católica y Don Fernando se concentraron allí con sus tropas para el decisivo impulso reconquistador. Si

les hubiera preguntado un guardia de tráfico, ellos hubieran contestado: destino, Granada. Que hubiese sido tanto como decir: destino, el Nuevo Mundo; Las Indias... América.

Pero también esa ancha cintura que corre al pie de Despeñaperros, tiene su estilo y modo literario. Por allí anda el clasicismo sonriente de Don Juan Valera; la erudición inacabable de Amador de los Ríos; la misma erudición ablandada de poesía y de humanismo, de su hija Doña Blanca. El romanticismo histórico del Duque de Rivas... Y en síntesis, el todo esto, de todo un poco y todo bueno, de Valverde y Perales.

No sería posible repasar toda la obra de Valverde y Perales, historiador y poeta lírico. Yo creo lo más característico de su obra, su largo esfuerzo de enamorado del relato y la leyenda. Leyenda es, en terreno didáctico, lo que queda, como dorado crepúsculo, cuando ya se pone el sol de la Historia. Y en literatura, lo que queda de poesía narrativa, al atardecer, también, la luz solar irradiante de la canción de gesta del romancero.

El pueblo español ha demostrado constantemente su preferencia por ese género que hasta ha tomado su rótulo de cierto sentido acaparador: leyenda, lo que se lee.

Enamorado de esa especie de historia en libertad condicional, que es la leyenda, la narración o la conseja, Valverde ha tocado todas sus fórmulas estilísticas: la prosa, como en Bécquer o el peruano Ricardo Palma; en verso, como Zorrilla o el Duque de Rivas. Por lo insólito y por lo nos-

tálgico de un estilo que se va perdiendo, yo separo como lo más atrayente de su obra, el capítulo de leyendas versificadas. Habrá que revisar algún día los elementos sólidos y resistentes, cuyo valor constructivo permanece aún en estas horas de poesía intimista y existencial, y que definen la "leyenda" como tradición de algo que el pueblo lee.

Habrá que volver por la gloria del "octosílabo": metro de las coplas o cantares; metro también del romance y la leyenda zorrillesca. El verso de ocho sílabas está como metido en las raíces mismas de nuestra lengua, abundante de acentuación grave: o sea de ritmo trocaico. Tan adentrado está eso en las enjundias de nuestra lengua, que la prosa está muchísimas veces cuajada de versos octosílabos. El comienzo mismo del Quijote se compone con dos octosílabos, como si fuera a emprender un romance: "En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero..."

Esto mismo engendra una virtud poco apreciada hoy día en el trabajo de creación literaria. y que es la facilidad. Poesía sin quejumbre, sin pelea con el Ángel, sin su punto de histeria o ezquizofrenia. El verso fácil, no angustioso y taquicárdico, que se le derrama, casi sin sentir, al poeta y que el pueblo recibe y, casi sin sentir, lo memoriza.

Todas las virtudes legendarias están en los versos de Valverde. Por debajo de su ritmo verbal, como una oculta acequia de agua clara, están todas las viejas calidades humanas del

soldado, del historiador, del poeta narrativo: todo cuanto en la esfera vital e intelectual, está comprometido con esa vieja virtud de la lealtad: del culto al Bien, la Verdad y la Belleza.

JOSE MARIA PEMAN

ADVERTENCIA

Esta segunda Edición ha sido corregida y aumentada con las Leyendas siguientes:



El Can de Pero Suárez

La Cuesta de la Traición

El Anillo de la Duquesa

La Virgen de los Angeles

Las Emparedadas de Baena

Santa Leocadia

La octava del Corpus



Prólogo de la primera edición

Los grandes poetas españoles del siglo XIX, aquellos cuyo nombre sobrevivirá a su tiempo, han inspirado sus obras en asuntos históricos y han escogido en los inagotables veneros de la tradición y la leyenda asuntos y acontecimientos de que se haya exhausta la empobrecida España de nuestros días.

Zorrilla, el Duque de Rivas, García Gutiérrez, han pulsado sus liras inmortales haciendo con ellas revivir las pasadas grandezas, acaso porque el vil prosaísmo y la mezquindad moral de ahora, les obligaba á volver las miradas á épocas remotas, que muestran, si no á los ojos á la memoria, actos heroicos, nobles y prodigiosos, capaces de ser escuchados con emoción y referidos con elocuencia.

Existe unidad y compenetración tan íntima y estrecha entre la obra literaria y el tiempo en que se inspira, las costumbres que refiere y los acontecimientos que retrata, que los grandes poetas solo viven y se logran en las grandes Naciones.

Estudiando la historia literaria de los distintos países de Europa se observan lagunas de centurias de años en que ninguno de los habitantes de

inmensos territorios siente encendida su alma por el fervor lírico, ni acierta dignamente á dar expresión á nobles sentimientos, y no es lógico suponer que esta poquedad y carencia estribe en la causa eficiente, es decir, en el literato que pueda hacer la obra, cuya inspiración acaso yazca en potencia, ó sea adormecida en el alma de cualquier ciudadano, sino más bien en las causas circundantes y ocasionales que no despiertan en aquel espíritu las energías de que es capaz, como la semilla caída en mala tierra ó á destiempo que no germina porque no encuentra los elementos necesarios para explayar la vitalidad y la naturaleza que potencialmente guarda en su seno.

D. Adelardo López de Ayala, autor dramático y poeta, como todos sabeis, selectísimo, y hombre de gran entendimiento, dice en sus notas sobre la decadencia del teatro italiano, que las comedias son espejos donde la sociedad se mira, y que aquellas Naciones decadentes que tienen horrible perfil psicológico, carecen de teatro por que no les agrada contemplar su propia fealdad.

Eso puede decirse tambien de España, cuya literatura dramática se halla en lamentable decadencia y cuya poesía lírica desmaya y muere por análogas causas.

La literatura es un producto social, como la flora es un producto del suelo, y tan difícil es que nazcan plátanos en las cumbres de los Pirineos ó de Sierra Nevada, como poetas líricos y dramáticos en países que no tienen entusiasmo, ideales ni grandeza.

Podrán florecer acaso los pintores y los escultores porque tienen modelos universales y mudos, cuya virtud estriba en las inmutables entidades del color y de la línea que no están sujetos á las oscilaciones morales de los espíritus ni del medio ambiente; pero aquellos que se han de inspirar en una sociedad desmayada no tienen más camino que copiarla ó que maldecirla; en el primer caso, la obra tiene que participar de la insignificancia del modelo, y en el segundo, ha de adolecer de las monótonas lamentaciones de Jeremías, ó de la iracundia sarcástica de Juvenal, y en uno y otro caso se desprende de la obra un tufillo acerbo y desconsolador, que antes que atraer y cautivar el ánimo, lo amarga y lo repele.

Por todas estas causas, las fuentes históricas y legendarias me parecen las más apropiadas para beber su inspiración nuestros poetas, y aún cuando sea triste el espectáculo que ofrece un país aferrado en cantar, como viejo decrépito, sus mocedades, porque en su edad presente no realiza actos dignos de ser ensalzados ni referidos, es más triste aún, por ser más infructuoso, empeñarse valdamente en rebuscar asuntos poéticos en épocas prosaicas ó inspirarse en un subjetivismo absoluto por donde el poeta exprese su personal manera de sentir, que si es idealista y elevada, serán sus versos los lamentos del mártir entre fieras.

Así, pués, felicito á mi excelente amigo Don Francisco Valverde y Perales por la acertada

elección de las tradicionales fuentes en que ha inspirado su labor poética, por las cuales puede manifestar sus envidiables cualidades de *vir bonus* y de versificador discretísimo, dando vida y calor á aquellos hechos que, aún cuando pasaron, habrán de quedar eternamente en nuestra memoria, porque en el mundo sólo perdura lo que es digno de vida perdurable.

Las LEYENDAS Y TRADICIONES DE TOLEDO, CÓRDOBA Y GRANADA, constituyen una obrita llena de interés y de atracción, y la versificación, siempre discreta, y en muchas ocasiones inspirada y bien sentida, es fiel intérprete de la grandeza de los sucesos y pasiones que manifiesta.

El Sr. Valverde es de aquellos hombres que á su propio exclusivo y decidido esfuerzo personal lo deben todo, lo mismo la cultura que acendra y aquilata su gusto literario, que las estrellas que honran su uniforme militar, ganadas en el rudo y peligroso malestar de las campañas, y yaciendo en esa triste orfandad de protecciones en que se forman y templan los grandes caracteres.

Para expresar dignamente la caballeridad legendaria de nuestra raza, es necesario sentirla, y el autor de esta obra la siente hasta tal punto, que parece, hasta en su aspecto, uno de aquellos españoles del siglo XVI, llenos de caballeridad y de hidalguía que enaltecieron é inmortalizaron el nombre de su Patria.

A ese espíritu caballeroso se debe el respeto que hasta hace poco tiempo ha inspirado España

á todas las Naciones de Europa, y al vernos ahora desposeídos de él por las ruindades é infamias de que hemos dado tristísimo ejemplo en recientes desastres nacionales, es necesario que nos esforcemos en recuperar el bien perdido, en recobrar nuestro carácter tradicional, esa hermosa leyenda que algunos insensatos ven con gusto que se haya desvanecido porque presumen que es augurio de que entramos en la vida moderna; pero no comprenden que esa misma vida moderna no puede darnos elementos de existencia si borra de nuestro corazón los sentimientos de hidalguía, patriotismo, desinterés, y en fin, de las santas virtudes que constituyen el fondo eterno de la vida moral de las Naciones.

Expresando ideas análogas dice el insigne Pérez Galdós en *Zumalacárregui*, aludiendo á la caballerosa energía de nuestra raza:

«La tenacidad, la gallardía caballeresca, componen toda la historia de una raza que al inclinarse para caer en tierra, ya está pensando en cómo ha de levantarse.»

España debe inspirar su conducta futura en su vida pretérita, despojándola sólo de aquellas formas que sean incompatibles con los progresos modernos, pero conservando siempre con el más acendrado amor los elevados y excelsos sentimientos, y las nobilísimas prendas de carácter que encierran la energía necesaria para las cívicas virtudes. No conviene subordinarnos á lo pasado, pero tampoco desechar de lo pasado lo

que contenga de esencial, inmejorable é insustituible, y para inspirar nuestra conducta, es forzoso cultivar la literatura genuinamente española, y avezar la juventud á la lectura y meditación de libros como éste, que expresa por deleitable manera la enérgica y hermosa fisonomía moral de nuestra Patria.

R. TORROMÉ

Carta de D. Juan Valera al autor

Madrid, 20 de Noviembre

Sr. Don Francisco Valverde y Perales.

Muy estimado señor mío, amigo y paisano: Anoche tuve el gusto de recibir la visita de su señor hijo de Vd. el cual me trajo de presente un ejemplar de las LEYENDAS Y TRADICIONES, escritas por Vd. y publicadas recientemente en esa ciudad de Toledo.

Recibí así mismo su amable carta y por cuanto en ella me dice, por el libro regalado y por la muy lisonjera dedicatoria que en la portada trae, doy a Vd. las gracias más encarecidas.

El interés que me inspiran las obras literarias no ha disminuído en mí con los años y en esta ocasión ha sido mayor que de ordinario al saber que es Vd. natural de Baena, villa tan cercana a Cabra, mi ciudad natal, y más cercana aún de Doña Mencía, donde nació y murió mi padre y donde he pasado yo largas temporadas.

Bien puedo afirmar que yo soy de Baena, ya que está en su término la única finca que poseo, la casería del Alamillo, con sus fértiles y hermosos viñedos, perdidos hoy enteramente a causa de la filoxera.

No debe Vd. de extrañar, ni menos, agrade-

cerme que yo, movido de la curiosidad me haya hecho leer enseguida todo su libro, ya que estoy ciego y por mi mismo no puedo leerle.

Su lectura me ha agradado en extremo aunque no baste aún para que yo dé sobre el mérito de las leyendas que contiene una opinión razonada. "Me atreveré con todo, a decir, que "La Torre de la Malmuerta" es de todas las leyendas la que mejor me ha parecido".

Estoy casi arrepentido de mi propósito de seguir escribiendo para dar a conocer las producciones literarias de los escritores andaluces que residen en provincias. Esto interesa poquísimamente a los lectores de "El Imparcial" y yo tengo grandísimo recelo de que mis artículos sean calificados de lata en la gerga chulesca que hoy se estila.

Días ha, con todo que envié el 2.º a la Redacción de El Imparcial (*) pero todavía no lo han publicado. Si al fin lo publican y cobro ánimo y aliento para escribir el 3.º, no dude Vd. de que daré en él, cuenta de sus leyendas, elogiándolas como merecen, si bien, haciendo notar, como crítico concienzudo los defectos que halle para que Vd. los corrija si considera justas mis advertencias. Y entiéndase que al decir yo para que Vd. las corrija, me refiero a las obras futuras que escriba Vd. porque yo tengo la idea ó la creencia, errónea ó nó, pero muy arraigada en mi espíritu de que lo que se entrega al público por medio de la estampa, es ya del público y no del autor,

el cual no debe modificarlo ó cambiarlo aunque esté cierto de que lo mejora. De todos modos yo reitero a Vd. las gracias por su obsequio y me complazco con tan buena ocasión en ofrecerme de Vd. afectísimo amigo y s. s.

q. l. e. l. m.

JUAN VALERA

(*) *NOTA: El Imparcial, no llegó a publicar ese tercer artículo a que alude el Sr. Valera, sin que sepamos las causas.*



Introducción

Toledo, insigne Córdoba,
Granada incomparable,
cuando discurro á solas
por vuestras viejas calles,
en esas horas tristes
en que las sombras caen,
cruzando silenciosos
y lóbregos pasajes
poblados de fantasmas
que á mi memoria traen
de razas y centurias
grandezas y desastres;
ó escucho la campana
sus ecos dando al aire
desde las altas torres
que fueron alminares;
ó miro cómo logran
los siglos y el pillaje
rendir vuestras defensas
un tiempo inexpugnables;
en torno mío siento
las alas agitarse
de formas misteriosas,
calladas, impalpables,

que, en voz baja, á mi oído
murmuran, incitantes,
consejas, aventuras,
proezas militares,
cuentos ó fantasías
de ya muertas edades,
cuando mi Patria era
Nación temida y grande.
Los hechos que refieren
sus lenguas inmortales
de noble y alto ejemplo
son fuente inagotable
que hoy, por su mal, olvida
la humanidad, lanzándose
ciega, entre la resaca
de estrépito asordante,
corriendo tras quimeras
que no han de realizarse.
Gloriosas tradiciones,
consejas admirables,
que ya inútiles juzga,
porque todo lo sabe,
un pueblo cuyo espíritu
mezquinamente late,
soberbio con su ciencia,
hidrópico insaciable
de bienes positivos
y goces materiales,
que cual tronco sin savia
podrido se deshace.
La fe ya es fanatismo,
lo milagroso un fraude,

la santa es una histórica,
un ídolo la imagen,
el creyente un beato
y un pobre iluso el vate.
Lo bello, el bien, lo justo,
aspiración constante
del alma que pretende
á lo perfecto alzarse,
ni se honran ni se estiman
si no son cotizables.
Patria, honor, nombre, gloria,
sublimes ideales
que el mundo conmovieron
con fuerza incontrastable,
son palabras vacías
que ya no entiende nadie
ni nada significan
para el error triunfante,
que infama ó desmorona
prestigios seculares
y arrastra por el lodo
la túnica del Arte.
Yo busco el idealismo:
su aliento me levante
con alas poderosas
á esferas más brillantes,
donde el materialismo
rastrero su voz calle
y con crudezas torpes
mi inspiración no manche.
Mientras en los desiertos
el misionero errante

duro martirio acepte
de indómitos salvajes;
mientras vierta el soldado
tesoros de su sangre
y pródigo con ella
culpas ajenas lave;
mientras santas mujeres
reciban, sin quejarse,
la muerte, respirando
ambiente de hospitales;
mientras valientes lirás,
con himnos resonantes,
las Artes solemnicen,
la Fe y la Patria ensalcen;
habrá quien sobre el torpe
materialismo se alce
y hasta seguro puerto
pueda llevar la nave.
En tanto, vuestras glorias,
matronas venerables,
yo cantaré, esperando
que la borrasca pase.





El Can de Pero Suárez.

I

En un mudéjar palacio
gala y honor de Toledo
hay una estancia cubierta
por artesonado techo
que azul fondo destaca,
como en purísimo cielo,
estrellas de nácar y oro

de abrigantados reflejos.
Dá entrada al salón un arco
tan delicado y aéreo
que parecen sus labores
y calados arabescos
encajes que manos de hadas
con mil primores tejieron.
Cubre los muros un zócalo
de moriscos azulejos,
que combinan sus dibujos
en mil caprichosos juegos,
fingiendo su esmalte brillo
de metálicos espejos.
Del friso donde resaltan
dibujados con acierto
sobre fondo de colores
finos relieves de yeso
penden hermosos tapices
que desde los bíblicos tiempos
ponen en acción la historia
de Ester y del rey Asuero
por el morisco arrogante
con fajas de rojo y negro,
corren las nevadas cintas
de repetidos letreros
que en signos cúficos dicen:
La gloria es de Allah. El Imperio
es de Allah. Sean la dicha
y la paz para mi dueño.
Allí está Pero Suárez
que, como alcalde gobierno
de la ciudad rica y noble

tiene por Don Juan Primero.
Torva su mirada brilla;
frunce labios y entrecejo
y con la siniestra mano
en maquinal movimiento,
empuña y suelta, convulso,
la guarnición del acero.
A su lado contrastando
con lo duro de su aspecto,
hay una joven hermosa
como seráfico sueño,
que aunque de ocultarlo trata,
mal disimula su miedo.
Viste ropón franciscano
y en el arranque del seno
lleva una cruz sin más galas
que el nimbo de sus cabellos.
flotando en graciosos rizos
por alba toca sujetos.
Un poco más apartado
y a cuanto sucede atento,
se ve completando el grupo
un arrogante mancebo
que bien en su traje y porte
revela su nacimiento.
A la joven, el Alcalde,
está nervioso diciendo:
Deja capciosas disculpas
y razones, acortemos;
si esposa de Jesucristo
prometiste ser, yo tengo
formal promesa empeñada

de dar tu mano a Don Diego
de Luna, que ya cansado
de plazos y de pretextos
que su ventura dilatan
aquí se encuentra, exigiendo
que mi palabra la cumpla
si es que cumplírsela puedo.
¿Qué son ante mi palabra, tus votos?
Pueril empeño,
de niña voluntariosa
que a domar estoy resuelto.
Muy pronto con el de Luna
te casarás; pues no creo
que a mis mandatos de padre,
te niegues.- ¡Por Dios me niego!
dijo la joven: y al punto,
alzando el brazo soberbio
súbitamente el Alcalde
descargó con tal esfuerzo
la mano sobre aquel rostro
de candor y gracia lleno,
que sin sentido la hermosa
rodó por el pavimento.
Huyó don Diego espantado,
y al cabo de poco tiempo
fiel a sus sagrados votos,
la joven tomaba el velo
de la franciscana orden
en apartado convento,
llevando en dote al Esposo,
un Inmaculado cuerpo,
un rostro con cicatrices

y un alma, toda de fuego.

II

Ya religiosa profesa
la nombraron Clara Inés
y algunos años después
la eligieron abadesa.
La guerra con Portugal
que en vergonzosa derrota,
humilló en Aljubarrota
el orgullo nacional,
hizo que el bravo Don Pero
de Toledo se ausentara
y en breves horas pasara
de político a guerrero.
Por sus instintos cruel,
llevaba siempre a su lado
en las guerras amaestrado,
un gigantesco lebel
que con furiosos ladridos
al enemigo embestía,
y desgarraba y mordía
las llagas de los heridos.
Aunque valor y crueldad
mal se avienen, se asegura
que en Don Pero la bravura
rayaba en temeridad,
y que, sin enristraba el hierro
contra lusitanas vidas,
eran tres furias unidas
caballo, jinete y perro.
Temerario en sus empresas

queriendo romper un día
las líneas de infantería
de las tropas portuguesas,
lanzó el caballo impulsado
por el acicate duro,
contra el animado muro
de mil picas erizado.
Saltó el bruto y todas juntas
a resistirle acudieron
y en su pecho y vientre hundieron
las bien enastadas puntas.
Rodó el jinete por tierra
y en sus carnes magulladas
ejercieron las espadas
los rigores de la guerra.
Un golpe su diestra mano
dejó del muñón partida
y otros dejaron sin vida,
al Alcalde Toledano.
Y el perro, que siempre fiel,
le siguió en tal aventura
por su destreza y bravura
no quedó muerto con él.
De su dueño en sangre tinto
cogió la mano en la boca
y emprendió carrera loca
con providencial instinto.

III

En mil trescientos ochenta y cinco,
si mi memoria no miente,
pasó la historia que de Don Pero se cuenta

y la tradición aumenta
que en una hermosa mañana
de junio, cuando galana
su luz el alba extendía,
suceso extraño ocurría
en la ciudad toledana.
Se tuerce obscura calleja
entre muros elevados
que a poca altura, enlazados
corto pasadizo deja.
Balcón, tragaluz ni reja
se encuentran en la fachada;
sólo de rojo pintada,
el muro rompe una puerta
de grandes clavos cubierta
y eternamente cerrada.
A monástico edificio
dá paso la puerta, y es
allí donde Clara Inés
se entrega a santo ejercicio.
El sol de su fuego indicio
daba ya, por monte y llano
cuando el pueblo toledano,
ante la casa profesa,
vió el cán, y en sus dientes presa
la yerta y rígida mano.
Mirábanle, con pavora,
arañar en la madera
con sordo gruñir de fiera
por entrar en la clausura.
Teme el pueblo su bravura;
y si de ahuyentarle trata,

hasta la calle inmediata
el perro llega, y con brío
soltando el despojo frío,
se arroja al que le maltrata.
Dejábanle y recogía
la mano y en el instante
iba a ponerse delante
de la seglar portería;
arañábala y gruñía;
y si el pueblo le acosaba,
a la otra calle marchaba,
soltaba la mano y fiero
se abalanzaba al primero
que de la esquina pasaba.
El pueblo todo, alarmado
con la repetida prueba,
llevó en tumulto la nueva
a la mansión del Prelado.
Este, del caso admirado,
que juzga providencial,
manda que si el animal
vuelve a emprender su tarea,
abierta, al punto, le sea
la entrada conventual.
Volvió el perro y franqueada
que le fué la puerta, entró
y ante Clara Inés dejó
la mano yerta y crispada.
Conocióla horrorizada,
y de lágrimas y besos
cubrió los dedos que impresos,
un tiempo vió en sus mejillas,

bendiciendo de rodillas,
sus paternales excesos.
Luego, a Toledo traído
muerto su Alcalde esforzado,
fué su cuerpo mutilado
con gran pompa recibido
y en lugar escondido
en que el perro fué a dejar
la mano, mandóle dar
el Prelado sepultura,
cambiándole la armadura
por hábito y almofar.
Aún se ve, en Santa Isabel
el sepulcro del guerrero
con la estatua de Don Pero
y a sus plantas el lebel
y el pueblo al recuerdo fiel,
llamó y llama de la mano
la calle en que el resto humano
guardó el cán; calle desierta
que existe junto a la huerta
del convento franciscano. (1)







El Castillo de Guadalerza

I

Del décimo primer siglo
mediaba el último tercio;
reinaba en Toledo Yáhia,
y en los castillos fronteros
de su reino, que batían
las armas de Alfonso sexto,
destacó jefes bizarros
en bravas lides expertos,
nobles, prudentes, altivos,
de belicoso denuedo,
que en cien batallas probaron
el buen temple de sus pechos.
Entre las negras montañas
que al sur del morisco reino
cierran el paso al extraño

se oculta un valle risueño,
y guardando la garganta
que á su llanura da acceso
se alzaba una fortaleza
cuya defensa y gobierno
por el Rey Yáhia tenía
un bizarro caballero,
de noble sangre nacido,
joven, gallardo y apuesto,
tan bien quisto de los grandes
como querido del pueblo,
y de las moras más bellas
estimado por discreto.
Era su nombre Abenámár;
quien en sus años más tiernos
vió sucumbir á su padre
en un combate sangriento,
y descender al sepulcro,
herida del dolor luego,
á su buena y dulce madre,
quedando en el mundo huérfano
con un hermano, aún más niño,
Hasán nombrado, por bello.
A los lazos de la sangre
unió la desgracia en ellos
nuevos lazos que estrecharon
comunes gustos y el tiempo.
Jamás Hasán y Abenámár
vivir ausentes pudieron;
que en la guerra y en las paces
eran un alma y dos cuerpos.
Aquel era del castillo

lugarteniente primero,
compartiendo con su hermano
la vigilancia y el riesgo
que los tiempos demandaban
de aquellos duros guerreros.
Ningún temor presentían;
nada turbaba su sueño;
que unidos por tales lazos
eran los peligros menos.
Así dichosos vivían,
así los años corrieron,
sin que una nube empañara
la pureza de su afecto.

II

La tarde en calma declina;
el sol corriendo á Occidente
traspone por la colina,
y alegre cruza el ambiente
la parlera golondrina.
Pasó Mayo con sus flores;
vino el otoño templado;
dando sus frutos mejores;
en los huertos, el granado,
y la vid, en los alcores.
De gala viste el castillo;
flámulas y gallardetes
prestan á sus torres brillo,

y del abierto rastrillo
surgen apuestos jinetes.
Lucen en brutos pujantes
bordadas sillas brillantes
con petrales y caireles;
rojos llevan los turbantes
y blancos los alquiceles.
Poniente el sol reverbera
en la dorada estribera;
brillan los frenos de plata,
y desciende la ladera
la lucida cabalgata.
Camina el primero Hasán,
y en diez nevados corceles,
de vivo y noble ademán,
siguiendo sus huellas van
diez arrogantes donceles.
En correcta formación
marcha luego el escuadrón
que Abenámar rige y guía,
cuando otra hueste venía
en opuesta dirección.
Mueve el caballo lozano
de sus donceles seguido
Hasán, galopando el llano,
hasta ponerse cercano
del grupo desconocido.
Y al mirarse frente á frente
de los que van á su encuentro
sintió nublarse su mente
y salirsele latente
el corazón de su centro.

Y es, que bajo de un turbante
de blancura deslumbrante
se le mostró, de improviso,
el hechicero semblante
de una huri del paraíso.
Flor que en los ricos pensiles
del Betis creció dichosa,
es en sus tiernos abriles
cáliz que puro rebosa
en encantos juveniles.
Tez de nieve, dulces ojos
azules, claros y bellos,
labios delgados y rojos,
blondos y largos cabellos
que al mismo sol dan enojos.
¡Quién que la dulzura viera
de su apacible mirada
sospechara ni creyera
que un alma de fuego hubiera
en aquel cuerpo de hada!
Es hija de Aben-Kadia,
noble que en Andalucía
es Alcaide de una fuerza,
y por esposa la envía
al señor de Guadalerza.
Hasán turbado la mira,
ella se acerca á su lado,
enamorada suspira,
le llama su bien amado
y el pobre joven delira.
Abenámar llega en esto
y del suceso advertido,

á su pesar, frunció el gesto,
pero se repuso presto
pues todo un error ha sido.
Zoraida, la linda mora,
que nunca á Abenámar viera,
conoce su engaño ahora
y se acerca seductora
al esposo que la espera.
Y aunque veló su intención
los afectos que sentía
llevó la equivocación,
á su cara la alegría
y el luto á su corazón.
Burlándose de su error,
al lado de su señor,
al castillo va la hermosa,
donde no la hará dichosa
de Abenámar el amor.
Y en pos de los dos esposos
los dos amigos cortejos
van unidos y vistosos
para celebrar, gozosos,
los preparados festejos.
Ya, de la pasada escena
repuesto Hasán, marcha en calma
con faz alegre y serena,
llevando oculta su pena
en lo profundo del alma.
Las bodas se celebraron
con inusitado brillo;
todos alegres gozaron;
sólo tristes se miraron

dos almas en el castillo.
La grata fiesta acabó;
el cortejo andaluz luego
contento se despidió,
y el castillo recobró
su misterioso sosiego.

III

Es el amor magnético fluido
que el alma humana por los ojos bebe,
la embarga, y lleva su ponzoña aleve
al corazón, que se le rinde herido.
Fórmase en él su predilecto nido;
la sangre inflama que el latido mueve
é inunda todo el ser, que deja en breve,
á sus bárbaras leyes sometido.
Ni yugo sufre, ni razón consiente,
ni el temor le detiene, ni hay abismo
que no salve, con fe siempre creciente.
Encerrado en su pérfido egoismo,
sólo espera curar el mal que siente
en la insana pasión del amor mismo.

IV

Sintió de ese mal extraño
Hasán la ingrata dolencia
y se propuso en la ausencia
hallar remedio á su daño.
Se fué á la guerra y buscó
en los combates la muerte,
pero, piadosa la suerte
su existencia respetó.
Pasó el tiempo y no pasaba
la dolencia que sentía
porque el mal de quien huía
consigo mismo llevaba;
siendo tal su aberración
que, ya despierto ó soñando,
estaba siempre mirando
la causa de su pasión.
Y, al fin, juzgando locura
que la experiencia desmiente,
al amor que el alma siente
buscar en la ausencia cura;
sintió sus penas crecer
y de la lucha vencido,
como vuelve el ave al nido
pensó al castillo volver.
Allí, se dijo, extasiado
mientras escucho su acento,
si muero de sentimiento
podré morir á su lado.

Luego, resuelto, tomó
en su caballo el camino
y esclavo de su destino
al Guadalerza marchó.
Seis meses han transcurrido
desde que Hasán lo dejara,
y por coincidencia rara
en ese tiempo ha sufrido
Zoraida mal tan cruel,
que por extraña manera
se han trocado en flor de cera
sus mejillas de clavel.
Una nostalgia sombría
dejó su pecho sin calma
y tendió un velo en su alma
de triste melancolía.
No hallaba en su enfermedad
alivio, paz ni reposo,
y alejada de su esposo
buscaba la soledad.
Unicamente olvidaba
aquel doloroso afán
cuando del ausente Hasán
alguna nueva escuchaba.
Y Abenámar que notó
aquel extraño cuidado,
con el pecho destrosado
amargos celos sintió;
y entre prudente y confuso
acordó disimular
su desdicha, y á esperar
los sucesos se dispuso.

Así las cosas, un día
de Marzo, triste y lluvioso,
cuando con rostro medroso
el sol su luz escondía,
al Guadalerza llegó
un bien armado guerrero
que con acento altanero
á la poterna llamó.
Era Hasán, y al conocerle
sus antiguos servidores
por patios y corredores
todos salieron á verle.
Oyó Zoraida gozosa
la nueva de la llegada
y á un ajimez asomada
le saludó cariñosa.
Y cuando fué del suceso
Abenámar avisado,
se sorprendió, contrariado
del imprevisto regreso.
Pero, prudente, ocultó
el enojo que sentía,
buscó á Hasán, fingió alegría
y en sus brazos le estrechó.
A Zoraida se reunieron;
y en el castillo después
¡cuántos afectos los tres
ocultaron y fingieron!
Que en mentida confianza
moraban bajo su techo
con la borrasca en el pecho
y en el rostro la bonanza.

V

Fué recobrando de Zoraida hermosa
la tez de nieve y rosa
sus antiguos colores y alegría;
de Hasán al corazón volvió la calma;
sólo creció en el alma
de Abenámar la duda que sentía.
Ya dormido soñara, ya despierto,
por el contorno incierto
de un horrible fantasma perseguido
ciego y celoso se creyó burlado,
por su hermano engañado
y por la esposa que adoró vendido.
Trocóse su carácter apacible
en brusco é irascible;
velaron sombras su semblante adusto;
vió en Hasán un rival siempre en acecho
y herido del despecho
trató á Zoraida con rigor injusto.
Ella, infeliz, esposa sin ventura,
devoró la amargura
que el contrario destino le ofreciera,
viendo crecer el fuego miserable
de aquel amor culpable
que en hora infausta por Hasán sintiera.
Ya del trato del joven separada
en su cuarto encerrada

por orden de Abenámar residía,
hiriendo el aire con lamentos vanos,
mientras los dos hermanos
se odiaban con más fuerza cada día.
Tanto como Abenámar indiscreto,
falto Hasán de respeto,
con altiva fiereza se miraban,
que si el uno de amor enloquecía,
el otro se moría
de los celos que el alma le abrasaban.
Aumentaba de Hasán el sufrimiento,
más que el propio tormento,
la prisión de Zoraida, y atrevido,
queriendo poner fin á sus afanes,
iba tejiendo planes
que burlaba la astucia del marido.
Cansado al fin, sin freno ni cordura
no hallando en su locura
medio de hablar ni ver á la que amaba,
al pie del ajimez donde vivía,
una noche sombría
dulce guzla pulsó y así cantaba.

VI

Bellísima castellana
en cuya frente lozana
se refleja la mañana
con su más preciado albor;

oye los cantos de amores
con que llora tus rigores
al pie de tus miradores
un rendido trovador.
Abre ya tu celosía
y escucha la guzla mía
que hará con dulce armonía
tu pecho de amor latir;
óyeme, ninfa hechicera,
esbelta y gentil palmera,
cuya rubia cabellera
envidia el oro de Ofir.
Salga á calmar mi querella
de tus ojos la luz bella,
que no hay un sol ni una estrella
que compita con su luz;
hurí de labio riente,
hija del Betis luciente,
rica perla del oriente,
maga del suelo andaluz.
Pluguiera no conocerte
cuando al dolor de no verte
aún puede añadir la suerte
otro tormento mayor;
si al fin de mi amante empeño
ha de gozar otro dueño
las venturas con que sueño,
el morir fuera mejor.

VII

Llevó pausado el viento
las suavísimas ondas de armonía
que arrancaba del músico instrumento
la mano que lo hería,
y huyó, cruzando la región vacía,
del tierno trovador el dulce acento.
Reinó el silencio luego
y en solemne reposo sumergido
el castillo quedó; letal sosiego
sepultaba la vida en hondo olvido
y nadie sospechara
que hubiera un ser entre sus negros muros
que de amorosas trovas se cuidara.
Mas, allá en los oscuros
huecos de un ajimez, blanca figura
fantástico contorno dibujaba,
dejando percibir, mal reprimidos,
sollosos de amargura,
que la canción, del pecho le arrancaba.
Y de una enhiesta almena
en la sombra velado, verse pudo,
dominando la escena,
un rostro torvo, descompuesto y mudo
que en largo acecho con afán seguía
cuanto al pie de la torre sucedía.
En los ángulos huecos

del solitario patio resonaron
los misteriosos ecos
de los pasos de Hasán, que se alejaba,
del ajimez las puertas se cerraron
y el hombre que espiaba
en las altas almenas escondido,
un profundo gemido
ronco, cual grito de salvaje fiera,
arrancó de su pecho cavernoso
y se hundió, silencioso,
en la entrada de lóbrega escalera.
Pasó breve la noche,
y apenas en Oriente la mañana
tímida abrió su pudoroso broche
de rosicler y grana,
cuando una trompa de marciales sonos,
por expreso mandato del caudillo,
á la plaza desierta del castillo
llamó de la mesnada los peones.
Muy pronto congregados
se vieron descender por la pendiente,
de Abenámar regidos y guiados,
y no bien la corriente
atravesaron del cercano río
se detuvieron en el verde llano,
junto á una fuente que entre lirios brota,
y allí, con hábil mano,
un alarife delineó el cimiento
de una casa de bellas proporciones
cuyas robustas tapias y machones
en breve alzaron, con oculto intento.
Cuando vió concluido

su proyecto Abenámar, más humano,
dió un instante sus penas al olvido,
á la nueva mansión llamó á su hermano
y allí, á solas, le dijo conmovido:
—Sólo el recuerdo santo
de la mujer piadosa
que amante y casta nos llevó en su seno,
pudo en mi pecho tanto
que á mi pasión celosa
sedienta de tu sangre puso freno.
Aún eras débil niño
cuando en el duro trance de la muerte
te estrecharon sus brazos con cariño,
y angustiada, temiendo por tu suerte,
volvió á mi su semblante moribundo
y, con voz que apagaba la agonía,
me dijo: «Ya en el mundo
huérfano y sólo queda, tú, su guía,
faltando yo, serás y su consuelo;
mi tierno Hasán á tu cuidado fio;
ampáralo, hijo mío,
y te dará su bendición el cielo.»
Cumplí fiel, y á tu vida
desde entonces mi amor he consagrado;
tu conciencia, de cómo me has pagado,
respuesta, acaso, te dará cumplida.
Por nuestra santa madre te perdono
el daño que me has hecho;
de hoy más, ahogado quedará en mi pecho
de mis amargos celos el encono.
Pero, nunca profanes
mi perturbado hogar con tu presencia

ni provoquen mis iras tus desmanes;
aquí tu residencia
tendrás lejos de mi, sin atreverte,
ya te impulse el amor ó ya el hastío,
á indagar los problemas de mi suerte,
y piensa bien que encontrarás la muerte
si cruzas la corriente de ese río.—
Inmóvil y turbado
quedóse Hasán, sin proferir respuesta;
y al recobrar su natural estado,
vió la grave figura del caudillo
alejarse, subir la agreste cuesta
y entrar por la poterna del castillo.

VIII

Creció en Hasán el tormento
de aquel amor infinito
cuando en su conciencia el grito
se alzó del remordimiento.
Presa de extrañas visiones
en su retiro vivía
entregado noche y día
á tristes meditaciones.
Pasaba el tiempo, y sus penas
sólo se calmaban cuando
se extasiaba contemplando
del castillo las almenas;
que á través de su locura

en ellas soñaba ver
el rostro de una mujer
de celestial hermosura.
La noche le sorprendía
en tan penosa ansiedad
y en su negra obscuridad
cual sudario le envolvía.
No alcanzó poder bastante
al tiempo la ausencia unida
para restañar la herida
de aquel corazón amante.
Y al fin, llorando su suerte,
sintió de la vida tedio,
sin hallar otro remedio
á sus males que la muerte.
Logró, mientras tanto, el alma
de Abenámar olvidar
sus celos, y halló en su hogar
si no la dicha, la calma.
Y en su condición mudable
pensaba tan diferente,
que ya juzgaba inocente
á la que creyó culpable.
Halló Zoraida piedad
en el ofendido esposo
que le otorgó generoso
la perdida libertad;
dando con esto ocasión
al amor, que estaba alerta,
á penetrar por la puerta
que abriera la compasión.
Hábil mujer, esgrimía

sus gracias más seductoras
en cuyas redes traidoras
preso Abenámar vivía.
Nada en ella revelaba
de amor oculto el tormento
y él á su lado contento
del peligro se olvidaba.
Nunca, la bella, tomó
de Hasán el nombre en los labios
y el esposo sus agravios
á perdonar se inclinó.
Juzgó que sacar debía
á su hermano del destierro
en que purgando su yerro
un año pasado había;
pero, del mal conjurado
temió la vuelta, y dudó,
a tiempo que recibió
del Rey un pliego cerrado.
Yáhia, con frases que el miedo
dictó, —venid, le decía:
todo su poder envía
Castilla contra Toledo.
Corred, que en bélico apresto
arde la ciudad, ganosa
de abatir la enseña odiosa
del ingrato Alfonso sexto.
Sintió Abenámar hervir
la sangre en sus venas, fiero,
tomó sus armas ligero
y se dispuso á partir.
Llamó á Osmán, viejo soldado

y así le dijo: —En mi ausencia,
de tu valor y prudencia
todo lo dejo fiado.
Guarda el castillo, vigila
á Hasán y á Zoraida cela;
de sus pasos, siempre en vela,
Argos será tu pupila.
Adiós; y ten la certeza
que si la fe que te abona
torpe ó infiel me traiciona,
responderá tu cabeza.

IX

Partió el noble Capitán
y á sus razones perplejo
y aturdido quedó Osmán,
porque el cariño de Hasán
era la dicha del viejo.
Le vió nacer, y á su lado
huérfano luego creció,
de dulces goces privado,
y el fiel y rudo soldado
cual tierno padre le amó.
A su cariñoso celo
debió Hasán en su mansión
muchas horas de consuelo,
que disipaban el duelo
de su triste corazón.

Siempre disculpar sabía
los más absurdos errores
en que el joven incurría,
y de Abenámar tenía
por injustos los rigores.
Fué la imprevista mudanza
rayo de dulce esperanza
para el corazón de Hasán,
que vió trocarse su afán
en aurora de bonanza.
Pintó con vivos colores
á Osmán su infeliz historia;
le ponderó sus dolores,
é invocó de sus mayores
la respetada memoria.
Aumentaba la violencia
de aquella pasión vehemente
del buen Osmán la imprudencia,
llevando á Hasán, con frecuencia,
nuevas de Zoraida ausente.
Él mismo llegó á olvidar
el peligro que corría,
y el joven pudo apreciar
que al seducirle, tenía
poco camino que andar.
Discreta y artificiosa
fué, mientras tanto, la hermosa,
explotando con cautela
la sencillez candorosa
de su viejo centinela.
Débil con Zoraida y blando
con Hasán, fué su indiscreta

conducta, tal fruto dando,
que concluyó tolerando
una entrevista secreta.
Llegó la noche esperada
y Hasán, con paso seguro,
buscó, por senda excusada,
cierto postigo del muro
que al castillo daba entrada.
Abrió, temblando, la puerta;
en el patio silencioso
penetró, con planta incierta,
subiendo, al fin, cauteloso,
una escalera desierta.
Transcurrió, breve, un instante,
cuando, por el lado opuesto,
en un potro jadeante,
trepaba el agrio recuesto
un caballero arrogante.
Al pie del muro llegó
con el potro de la brida
y al centinela llamó
que á una seña convenida
la entrada le franqueó.
El mismo Abenámar era
que al entregarle el bridón
le dijo, calla y espera;
tomando sin dilación
la entrada de la escalera.
Sufrió, cuando estuvo ausente,
tan pavorosos desvelos,
que en su perturbada mente
siempre llevaba presente

el fantasma de sus celos.
Faltóle calma y aliento
para sufrir el tormento
de aquel bárbaro martirio
y en alas de su delirio
se ausentó del campamento.
Quiso por sus ojos ver
si la hechicera mujer
que con el alma quería,
sumisa estaba al deber
ó perjura le vendía.
Nadie vió por las calladas
estancias cruzar su sombra,
ni en las bóvedas cerradas
dejó resonar la alfombra
el eco de sus pisadas.
Exploraba precavido
en las tinieblas medrosas,
cuando percibió su oído
un vago rumor perdido
de palabras misteriosas.
Creyó que á sus pies faltaba
la tierra cuando avanzaba
mudo, pálido y absorto,
con paso trémulo y corto
á donde el rumor sonaba.
De un aposento la puerta
traspasó, y a los distintos
rayos de una luz despierta,
sus ojos en sangre tintos
vieron su desdicha cierta.
Rugió como tigre fiero;

en su mano poderosa
febril empuñó el acero,
y al corazón de la esposa
dirigió golpe certero.
Hasán, con noble osadía,
detuvo el brazo á su hermano,
mientras turbada, sin guía,
la infeliz Zoraida huía
presa de delirio insano.
Subió la estrecha escalera
de una torre, siempre viendo,
en fantástica quimera,
detrás, sus pasos siguiendo,
al marido que vendiera.
A las almenas llegó
y cuando cerca miró
aquel fantasma celoso,
saltó de la torre al foso
donde la muerte encontró.
Cuando huyó la infeliz mora,
Hasán, con valor sereno,
le dijo á su hermano: —Ahora
hunde la punta en mi seno
de tu espada vengadora.
Si sed de sangre te aqueja,
en mí venga tus agravios,
que si tu mano me deja
sin vida, no habrá en mis labios
ni un suspiro ni una queja.
—Para saciar la sed mía,
Abenámar respondía,
hay poca sangre en tus venas;

larga será tu agonía
como son grandes mis penas.—
Llamó la guardia y severo
llevó al aturdido mozo
á su mansión prisionero,
asegurando primero
á Osmán en un calabozo.
Luego, por experta mano
y con aviesa intención,
hizo grabar, inhumano,
una fúnebre inscripción
con el nombre de su hermano.
Llevóle á Hasán, diligente,
la escrita piedra, y le dijo:
—Aunque tu amor no consiente
en que estés aquí, de fijo,
que estarás eternamente.—
Salió, dejando cerrada
la puerta, y á la mesnada
ordenó con imperioso
acento, que sin reposo
fuera la casa enterrada.
Cumplióse con tal porfía
aquel feroz sacrificio
que cuando el sol se ponía
sólo un cerro se veía
donde estuvo el edificio.
Luego en la cumbre se vió
también un suplicio alzado
y en él su culpa expió
el buen Osmán, que expiró
inhumadamente ahorcado.

Mudo silencio y tristura
en las gentes del castillo
extendió la noche oscura,
mientras tomaba el caudillo
su caballo y armadura.
Partió sin más compañía
y á la luz del nuevo día
vió, desde un monte cercano,
que ya á Toledo ceñía
el ejército cristiano.
Falto de seso y cordura
entrar quiso por la fuerte
línea, y halló en su locura,
en una lanza la muerte
y en el Tajo sepultura (2)





El Cristo de la Agonía

Guardaba con fe piadosa
cierta toledana villa
en vieja y pobre capilla
una imagen milagrosa.
Era la bella escultura
un Cristo, cuyo semblante

palpitaba agonizante
con espasmos de tortura.
De su protección divina,
que en todo mal invocaban,
mil prodigios se contaban
en la comarca vecina,
donde no faltó ocasión
á nadie, para llevar
agradecido al altar
un voto ó una oración.
Pero, quien con más ferviente
celo, con fe más sincera
veneraba al Cristo, era
el joven Pedro Vicente.
Cristiano fiel y buen hijo
nunca más dicha soñó
que el hogar donde nació
y el culto del Crucifijo.
Mas, á la ciudad un día
se vió obligado á marchar,
dejándose en el lugar
todo lo que más quería.
Con desaliento profundo
sintióse Pedro, al partir,
débil para resistir
las tentaciones del mundo,
y acudió con fe sencilla,
lleno de cristiana unción,
á implorar la protección
del Cristo de la capilla.
—Señor, dijo compungido,
pues que rigores del hado

me llevan de vuestro lado
concededme lo que os pido.
Dadme voluntad que enfrene
el fuego de mis pasiones;
dadme los copiosos dones
que la Caridad contiene.
Dadme cristiana elocuencia
para abatir la maldad;
dadme, en la dicha, humildad,
y en la desgracia, paciencia.
Nunca en mi silencio apoyo
halle el injusto tirano,
ni de ver deje un hermano
en el hijo del arroyo.
Y siempre vuestra bondad
divina, mi pecho aliente
contra la impura corriente
del vicio y de la impiedad.—
El Cristo de la Agonía
oyendo al joven piadoso
se dignó darle amoroso
todo lo que le pedía.
Y de su costado abierto
principiaron á brotar
mil virtudes que el altar
dejaron pronto cubierto.
De tal prodigio asombrado,
humilde, Pedro, y confuso,
á recoger se dispuso
aquel tesoro sagrado.
Mas, viendo que no podía
tanta riqueza guardar

corrió á su casa á buscar
una caja que tenía.
Volvió, y el santo presente
guardó en ella satisfecho,
y se la puso en el pecho
de rica cinta pendiente.
Luego del Cristo divino
humilde se despidió;
besó la cruz, y tomó
de la ciudad el camino.
Ya en ella, pudo apreciar
que su codiciado bulto,
entre aquel pueblo tan culto
era propenso á estorbar;
pues en estrechos pasajes,
sin la menor intención,
pegó más de un tropezón
con ilustres personajes,
y hasta llegó, por su mal,
á derribar en la acera
á un Ministro la cartera
y el bastón á un General.
Al fin, de la caja huían
todos, y el grande y el chico,
del importuno Perico
que estaba loco, decían.
Y él, queriendo poner tasa
á situación tan aleve,
se dijo: —Pues, lo más breve,
es dejar el bulto en casa,
y así ninguno sabrá
si soy creyente ó ateo;

amén á todo y *laus Deo*,
¿quién conmigo reñirá?—
Mas, luego, su cobardia
conoció, y todo perplejo,
decidió pedir consejo
al Cristo de la Agonía.
Allá se marchó derecho,
en la capilla se entró
y ante el Cristo se postró
llevando la caja al pecho.
Confuso y avergonzado
iba ya á exponer su cuita
cuando la imagen bendita
habló del Crucificado,
y le dijo: —Yo, que leo
en tu corazón, Vicente,
tengo, con dolor, presente
lo indigno de tu deseo.
Si al tesoro que te di
vida cómoda prefieres,
libre, por mi gracia, eres,
puedes dejártelo aquí.
Mas, no olvides, si cobarde
capitulas con el vicio,
que allá, en el postrer juicio,
si me llamas, será tarde.
Esclavos de sus pasiones
los hombres van á la muerte
y habrás de seguir mi suerte
si á su malicia te opones.
Pues sólo porque la luz
les di de santas doctrinas

me coronaron de espinas
y me clavaron en cruz.
Si en tu pecho un santuario
al bien y á la virtud das,
clavado no morirás,
pero tendrás tu calvario;
porque ya el humano enjambre
que en la tierra fructifica,
al justo no crucifica,
lo deja morir de hambre.
Deja la caja, si al suelo
te inclinas y á sus placeres;
si llevar la caja quieres,
mártir subirás al cielo.
Si aquí placer, allí penas,
si allí gloria, aquí pasión,
escoge, por tu elección
te salvas ó te condenas.—
Y añade luego la historia
que cuando al Cristo escuchó,
Pedro la caja abrazó
diciendo: ¡Señor, tu gloria!





La Esposa del Arquitecto

I

Sobre la clave del puente
que de San Martín se llama
se ve, mirando á Poniente,
en mármol blanco y luciente
el busto de gentil dama.
Quien es, y por que está allí,
dice tradición añeja;
la diré como la oí,
aunque no me conste á mi
lo cierto de la conseja.
No hallaba entonces rival
Toledo, del arte emporio,
y era allí, con pompa real,

jefe Don Pedro Tenorio
de la Sede Arzobispal.
La guerra, en tiempo pasado,
aquel puente destruyó,
y el generoso Prelado
reedificarlo mandó
á un arquitecto afamado.
Oro sin tasa vertía
el religioso magnate;
el tiempo veloz corría,
y al fin, al puente dió un día
el arquitecto remate.
Y el Arzobispo, al genial
artista, dijo contento
ante el gran arco central:
—A su luz sólo es igual
la luz de vuestro talento.
Eterna vuestra memoria
vivirá de gente en gente,
y alzarán á vuestra gloria
himnos en letras la historia,
himnos en piedras el puente.—
Y el buen pueblo toledano
por las laderas y el llano
afanoso se extendía
y al arquitecto aplaudía
como á genio soberano.
Mudo el artista escuchó
del Prelado las razones,
confuso se retiró,
y el pueblo le acompañó
con vivas y aclamaciones.

II

No bien penetró en sus lares
el arquitecto abatido
y cesó el sordo ruido
de los gritos populares,
sentóse junto á una mesa;
la sien apoyó en la mano,
contemplando absorto un plano
cuyo estudio le interesa.
Y tras largo meditar
exclamó: —¡Mi fama ha muerto!
Mi error, por desdicha, es cierto;
nada me puede salvar.
Sin honra vivir no puedo;
yo las cimbras quitaré
y aplastado moriré
ante el pueblo de Toledo.—
Su faz trastornó el efecto
de mental perturbación
cuando entró en la habitación
la esposa del arquitecto,
que justamente alarmada,
con lágrimas en los ojos,
quiso de aquellos enojos
saber la causa ignorada.
El raudal de su ternura
calmó del artista el duelo

que le mostró, sin recelo,
la causa de su amargura.
—Sólo quien como tú ama,
dijo, sabrá disculparme
cuando se acerque á insultarme
ese pueblo que me aclama.
Un error, ya sin remedio,
hoy en el puente he notado,
dos sillares he trocado
en el gran arco de en medio.
Y de tan torpe manera
ajusté la clave arriba
que todo su peso estriba
en la armazón de madera.
Llegará el fatal momento
en que las cimbras se quiten
y no habrá fuerzas que eviten
un espantoso hundimiento.
Yo me hundiré con el puente;
el Tajo me arrastrará
y mi memoria será
vituperio de la gente.—
Creció en la esposa el cuidado
y el cariño del esposo
que si le amaba dichoso
le idolatró desdichado.
Alma noble en mujer fuerte
que, apenada de escucharle,
ya sólo pensó en librarle
de la deshonra y la muerte.

III

Rueda en nubes oscuras embozada
la noche silenciosa
y duerme en la penumbra sepultada
la ciudad populosa.
Ni una luz, ni un acento, ni un ruido
se mira ni se siente,
sólo el Tajo, de lluvias acrecido,
revélase imponente.
Lentos golpes los ecos dilataron
de doce campanadas,
cuando en una calleja se escucharon
rumores de pisadas.
Sombra ó fantasma que infundir pudiera
al más valiente espanto,
se ve hacia el Tajo descender ligera
envuelta en negro manto.
No le infunde temor la espuma hirviente
que invade la ribera;
audaz llega á tocar del nuevo puente
las cimbras de madera.
Sobre la seca pira resinosa
un líquido derrama,
descubre una linterna misteriosa,
y aplícale su llama.
Y en tanto al pino, con terrible imperio,
el fuego lame y muerde,

huye la sombra con igual misterio
y en las calles se pierde.
Cuando leves reflejos de la aurora
se alzaban en Oriente,
destruída la cimbra protectora
se hundió el hermoso puente.
Nadie logró saber si el inaudito
suceso inesperado,
producto fué de caso fortuito
ó crimen meditado.
Y en tanto el arquitecto se admiraba
del hecho providente
que su vida y su crédito libraba
de un peligro inminente;
con mano liberal de nuevo abría
sus arcas el Prelado;
llamaba al arquitecto, y disponía
que el puente fuera alzado.

IV

Largos meses pasaron, ya el puente terminaba
cuando al buen arquitecto nueva desdicha hirió,
á la sin par esposa que con el alma amaba
una grave dolencia la vida arrebató.
Ya en su lecho de muerte, con voz desfallecida,
—un secreto, le dijo, te voy á revelar:
yo fui la que una noche, para salvar tu vida,
de San Martín el puente me decidí á incendiar.—

Murió luego, y guardando revelación tan grave,
el buen artista en mármol su busto retrató
y en el arco de en medio, sobre la altiva clave,
con mano temblorosa llorando le fijó.
Tal es de la leyenda la narración curiosa
que yo relato ahora como contarla oí,
si algún lector la juzga conseja fabulosa
abónala el retrato que el puente guarda allí.







Los Niños Hermosos

I

Entre el dédalo confuso
de misteriosas callejas
que por la imperial Toledo
suben, bajan y serpean,

una existe, flanqueada
por casas pobres y viejas,
que de los Niños Hermosos
el extraño nombre lleva.
Lo debió, en remotos días,
á una curiosa leyenda
en que de un infame prócer
hizo rodar la cabeza
un Rey que de su justicia
dió en ello acabada muestra.
De tan peregrina historia
el narrador nada inventa;
la copia de un viejo libro
que, en enrevesadas letras,
refiere el caso, y os juro
que según apunta fechas
y nombres, tiene la historia
carácter de verdadera.

II

El siglo trece mediaba
y por el Rey en Toledo
un Alguacil gobernaba
á quien el pueblo miraba
con justificado miedo.
Hombre á la guerra avezado,
lascivo, duro y cruel,
de la codicia picado;

sin duda tomó el pecado
humanas formas en él.
Diz que, casada ó doncella,
mujer á quien llegó á hablar
si nació, por su mal, bella,
no cejaba hasta saciar
sus apetitos en ella.
Y si algún padre ó marido
á la defensa salía,
callábase por sabido,
que á mano airada moría
ó era á prisión reducido.
Y el noble y el menestral
que el atropello brutal
en su vecino miraban,
llenos de temor, guardaban
sus hijas y su caudal.
De tan graves desafueros
iban, hasta el Rey Fernando,
por cartas y mensajeros,
amargas quejas llegando
de nobles y de pecheros.
Y espantado el Soberano
de los hechos inauditos
del Alguacil toledano,
se dispuso, por su mano,
á castigar sus delitos.

III

El Alguacil, entretanto,
de honras y de sangre ebrio,
sin saciarse, acumulaba
sobre un crimen otro nuevo,
de Dios y del Santo Rey
las leyes dando al desprecio.
Salió un domingo cercado
de esbirros y recorriendo
las calles pasó por una
donde, en infantiles juegos
entretenidos y alegres,
halló dos niños pequeños.
Blancos eran cual las flores
del azahar entreabierto,
de sonrosadas mejillas
y azules ojos de cielo
que dulces se dilataban
en irisados reflejos.
Iguales eran sus trajes,
y tan semejantes ellos,
que uno se copiaba en otro
como en transparente espejo.
Detúvose el Alguacil
mirándolos algún tiempo,
y una vieja que pasaba

le dijo: —Son los gemelos
del mercader de la esquina.
—Nunca vi rostros tan bellos,
repuso aquél, y la vieja,
—son el retrato perfecto
de su madre, dijo, y son,
también, el fruto primero
del matrimonio. —Marcháos,
dijo el Alguacil, y luego
añadió á su gente: —Aquí
os quedaréis en acecho,
y cuando no pase nadie
agarrad esos chicuelos,
al Alcázar conducidlos
y á buen recaudo ponedlos.

I V

Los esbirros, avezados
á crímenes parecidos,
llevaron sin ser sentidos
los dos niños secuestrados.
Y cuando el sol declinaba
la pobre madre, Leonor,
con lágrimas de dolor
por sus hijos preguntaba.
Nadie de los niños bellos
razón alguna sabía,

y la madre se sentía
morir de pena por ellos.
Fué inútil todo cuidado
por hallarles, que seguros
los guardó, tras fuertes muros,
el Alguacil desalmado.
Huyeron las alegrías
de aquel venturoso hogar
y entre gemir y llorar
iban pasando los días.
Ya declinaba el tercero
cuando, á la madre angustiada,
le fué una esquila entregada
por extraño mensajero.
Leyóla, y un ronco grito
de su pecho se escapó
cuando el contenido vió
de aquel anónimo escrito.
Decía: «Si queréis ver
á vuestros hijos, Leonor,
sólo el Alguacil mayor
os los puede devolver.
Sola al Alcázar iréis;
que en este grave secreto
con cualquier paso indiscreto
su vida comprometéis.»
Quedó con los ojos fijos
en aquel papel Leonor,
que iba á pedirle su honor
en rescate de sus hijos.
Y del dilema espantada
se sintió desfallecer,

que aquella infeliz mujer
era madre y era honrada.
Ante una imagen bendita
de la Virgen se postró
y ferviente le pidió
remedio para su cuita;
que todo pecho cristiano
busca, por recto camino,
protección en lo divino
si no la encuentra en lo humano.
Su fe le daba consuelo
en situación tan cruel,
cuando un segundo papel
hizo más grave su duelo.
«Tres días, leyó, han pasado
sin ir donde se os espera;
habéis, cual hirsuta fiera,
vuestros hijos olvidado;
un último plazo os dan;
cuando marque la campana
la media noche mañana,
al Tajo los echarán.»

V

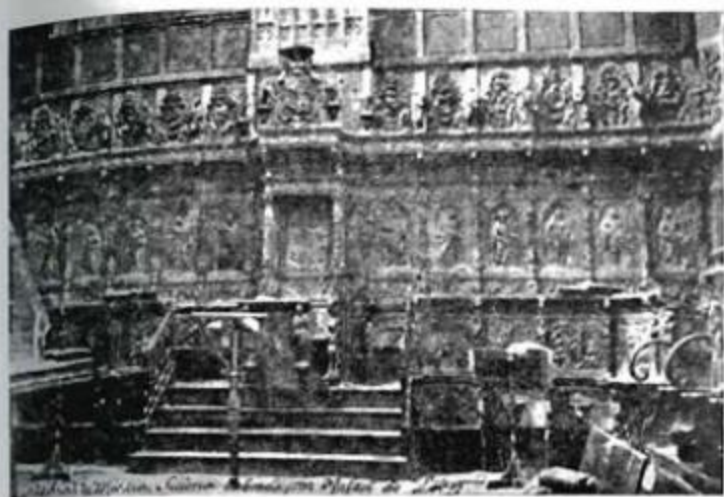
Sin dar crédito á sus ojos,
Leonor, en llanto anegada,
leyó repetidas veces
aquella terrible carta.

El amor de madre en ella
rompió violento sus vallas
y á salvar la vida á aquellos
pedazos de sus entrañas
se dispuso, y como loca,
á la siguiente mañana,
cuando se ausentó el marido,
salió sola de su casa
dispuesta á inmolar su honra,
y cuando libres llevara
al padre sus tiernos hijos,
hundir del Tajo en las aguas
su cuerpo, para lavar
dando la vida su mancha.
Salió por una calleja
á la cuesta del Alcázar
donde se vió detenida
por una barrera humana
que sin cesar, «viva el Rey»,
con entusiasmo gritaba.
Por encima de la gente
miró, solemne y pausada,
avanzar sobre un caballo
una figura gallarda,
y adivinando quién era,
corrió á su encuentro, y postrada
de hinojos ante el caballo,
arrancó un grito del alma
diciendo: «Señor, justicia»;
y sorprendido el Monarca,
ante el dolor de la hermosa
detuvo un punto su marcha;

escuchó atento sus quejas
y le dijo: —Mujer, calma
tus penas y ven conmigo
que haré justicia á tu causa. —
Poco después se veían
en una lujosa estancia
del Alcázar, al buen Rey
que despacio compulsaba
la letra de unas esquelas;
al Alguacil entre guardias,
y á Leonor con sus dos hijos
que en silencio se besaban.
Vistas las pruebas, el Rey
dictó sentencia, y el hacha
del verdugo cortó al punto
del culpable la garganta.
Luego la horrible cabeza
del Alguacil, colocada
sobre un plato de madera,
se expuso en calles y plazas,
y para dejar memoria
en la ciudad toledana
del crimen y del castigo,
dispuso el Rey que, á la entrada,
sobre la Puerta del Sol,
un grabado se fijara
en piedra, y él atestigua
que esta leyenda es exacta.
También dispuso, admirado
de las infantiles gracias
y hermosura de los niños,
cambiar el nombre que usaba

la calle donde nacieron,
y desde aquel tiempo data
el de los NIÑOS HERMOSOS,
como hoy la calle se llama.





Rafael de León

I

—De aquí la verás mejor:
contempla con qué primor
ese manto peregrino
se plega al cuerpo divino
de la *Virgen del Amor*.
Mira qué soplo de vida
por toda su faz riela:
cuando la vi concluida,
el alma á sus pies rendida
exclamé: *Maris Stella*.
Mas, ¿como tal perfección
mi mano diera á su talla,

esposa del corazón,
sin la dulce inspiración
que mi cincel en tí halla?—
Así en su taller un día
á su esposa le decía
un escultor toledano
mientras le mostraba ufano
una imagen de María.
Y ella, que el realismo amaba,
y aquel prodigio del arte
á comprender no llegaba,
disimulando, fijaba
los ojos en otra parte.
Sin cuidarse, al parecer,
de los que cerca tenía
trabajaba en el taller
un mancebo, que atraía
la atención de la mujer;
sevillana sensual
que encontraba preferible
á la belleza ideal,
la material y tangible
de la existencia real.
Mientras el marido hablaba,
ella, que de su presencia
apenas si se cuidaba,
con el mancebo cambiaba
miradas de inteligencia.
Y tan clara la intención
y tanta la obstinación
fué del extraño mirar,
que al fin llegó á despertar

las sospechas de León.
Celos, cual lava candente,
en su pecho sintió arder,
y de vengarse impaciente,
se retiró del taller
pretextando caso urgente.
Estuvo oculto un instante;
volvió de improviso luego
y pudo ver, lo bastante
para cortar, de ira ciego,
la existencia del amante.
Salvó la esposa la vida
con alas que le dió el miedo,
y el desdichado homicida
huyó solo de Toledo
á tierra desconocida.
Fué corriendo disfrazado
varias provincias, y al fin,
le admitió, como donado,
el Abad de San Martín,
de Valdeiglesias nombrado.

II

Tras tanto y tan grave apuro,
en el recinto abacial,
bajo el humilde sayal,
se vió el escultor seguro.
El tiempo, la penitencia,
el trabajo y la oración

devolvieron á León
la calma de la conciencia.
Concedió perdón y olvido
á la esposa delincuente
y lloró sinceramente
su crimen, arrepentido.
Luego de su triste historia
hizo al Abad largo cuento,
y dejar quiso al convento
de su gratitud memoria.
Pidió preciosas maderas
y manejando el cincel
volvió á cruzar Rafael
las artísticas esferas.
Pronto la noble abadía
absorta pudo admirar ;
un primoroso ejemplar
de soberbia sillería.
Años tras años pasaban
y ya del rico tesoro
para completar el coro
pocas sillas le faltaban,
cuando el Abad, cierto día,
de Toledo le contó,
tal nueva, que le llenó
de mortal melancolía.
Le dijo cómo su esposa
andaba por la ciudad
la pública caridad
implorando vergonzosa,
y añadió: —Pues que sincero
perdón la otorgaste ayer

socorrerla es tu deber;
toma permiso y dinero.
Corre allá; pero á ninguno
has de descubrir quién eres;
que, al cumplir ciertos deberes,
el callar es oportuno.—
Volvió á su pueblo querido,
del Abad siguió el consejo,
y aquel fraile, pobre y viejo,
de nadie fué conocido.
Buscó á su esposa, y mentira
creyó, que penas y años
produjeran tantos daños
en el rostro de su Elvira.
Darse á conocer pensó,
mas, triunfó de su flaqueza;
la socorrió con largueza
y á San Martín se volvió.
Triste, mudo y abatido,
el alma envuelta en misterio,
reanudó en el monasterio
el trabajo interrumpido.
Y tanto y con ardor tal
al cincel movió su brazo,
que en un brevísimo plazo
sólo la silla abacial
faltaba para el completo,
cuando el Abad, nuevamente,
llenó de sombras su mente
con otro triste secreto.
—Toledo llora afligida
por una peste infecciosa,

le dijo, y sé que tu esposa
está de la peste herida;
tu deber allí te llama.—
El buen artista corrió
á Toledo, y encontró
postrada á su Elvira en cama,
abandonada de todos;
lo que allí pasó se ignora,
mas, según se cuenta ahora,
se comentó de mil modos,
y no sin malicia, el hecho
de hallarse dos apestados,
fraile y mujer, abrazados,
muertos sobre un mismo lecho.
Y en la ciudad toledana
nadie en ellos supo ver,
ni al escultor del taller,
ni á la bella sevillana. (3)





Santa Leocadia

**LEYENDA HISTÓRICA
INVOCACIÓN**

¡Oh virgen sin mancilla perdona si te agravio
al permitirme osado tu historia relatar,
que asunto tan divino no puede torpe labio
con acentos humanos sentir ni ponderar.
Para cantar ferviente tus dulces alabanzas
concédeme piadosa tu singular fervor;
revivan a tu influjo mis muertas esperanzas

y suban mis acentos al trono del Señor.
Mi lira sin cadencias, mi lámpara apagada,
¿quién revivirá el fuego de su perdida luz?
Por tí, virgen bendita, por tí será inflamada
con el amor divino del que murió en Cruz.
Y al relatar los hechos de tu doliente historia
tome mi pecho tibio ejemplo de tu fe,
que mientras yo viviere, grabado en la memoria
el nombre de Leocadia por siempre llevaré.

I

Luego que fué consumado
en afrentoso madero
de la redención del mundo
el sacrosanto misterio,
la Buena Nueva llevaron
por ciudades y desiertos
unos pobres pescadores
que con sus lenguas de fuego
osados la predicaban,
la enseñaban con su ejemplo
y en espantosos martirios
con su sangre la escribieron.
Apenas murió en la Cruz
su bien querido Maestro
a España trajo la Nueva
el hijo del Zebedeo
y sus eternas verdades
rápidas se difundieron.
Tres siglos iban hundidos

en el abismo del tiempo:
los cristianos aumentaban
y en mil fervorosos pechos
se adoraba Dios y hombre
al humilde Galileo.
No bastaban los suplicios
á detener los progresos
de aquella santa doctrina
que al alma daba consuelo,
y las doncellas sencillas,
y los robustos mancebos,
y los inocentes niños,
y los ancianos decrepitos,
arrostraban el suplicio
con el semblante sereno.
Empezaba el cuarto siglo,
al cristianismo, funesto,
y entre la pléyade hermosa
de las vírgenes sin cuento
que en nuestra patria seguía
las huellas del Nazareno,
descollaba una doncella
de preclaro nacimiento
y de belleza extremada
en la ciudad de Toledo.
Era Leocadia su nombre:
¡Leocadia! raro portento
de perfecciones humanas
y de las gracias del cielo.
Cristianos eran sus padres
y desde sus años tiernos
solicitos la educaron

en los cristianos preceptos.
Creció llena de virtudes
en santo recogimiento,
á la oración entregada,
en Dios el corazón puesto,
humilde, pura, sencilla,
de viva piedad ejemplo;
como santa venerada
de todo el cristiano pueblo,
y á su singular belleza
y á su natural modesto
los paganos tributaban
admiración y respeto.
Nunca locas vanidades
turbaron su pensamiento
ni por sus grandes riquezas,
ni por su ilustre abolengo,
ni por su rara hermosura
ni por su claro talento.
Era, en fin, Santa Leocadia
por sus virtudes y méritos
la más principal doncella
de los españoles reinos.

II

Ya la poderosa Roma
tras de sangrientas jornadas
á los valiente iberos

logró rendir á sus plantas
y el peso de sus legiones
trocó la suerte de España
de nación libre y temida
en provincia tributaria.
Y aquellos conquistadores
trajeron á nuestra patria
sus leyes y sus costumbres,
sus circos y sus naumaquias
y los innúmeros dioses
de su religión pagana.
El basto imperio regía
aquel terrible monarca
que á la católica Iglesia
legó memorias amargas.
Aquel que en duros martirios
fueron sus víctimas tantas
que á su reinado la historia
"era de mártires" llama.
Aquel feroz Diocleciano
cuyas bárbaras matanzas
de cristianos infelices
miró la tierra espantada.
Mala parte tocó á Iberia
en esta décima etapa
de crudas persecuciones
que inútilmente ordenaba
Roma para exterminar
del cristianismo la causa.
Aquí los fieros sicarios
de la justicia romana
con tal rigor persiguieron

de Dios la religión santa,
que desde la baja tierra
a las celestes moradas
los mártires á millares
entre coronas y palmas
volaban con los querubes
al grito de ¡hosanna, hosanna!
Vino a gobernar entonces
la Tarraconense España
el sanguinario Daciano
de cuya memoria infausta
guardan páginas de luto
las crónicas toledanas.
Apenas llegó a Toledo
mandó formar una exacta
lista de todos aquellos
que cristianos se llamaran
y publicó los edictos
donde Diocleciano manda
que todo aquel que culpable
de tal delito se haga,
perezca sin distinción
de edades, sexos, ni razas.
Llegó la lista á sus manos
y entre los nombres de tantas
personas en ella escritos
de cristianismo culpadas,
vió con sorpresa el romano
que era el primero Leocadia.
El rango de la doncella,
la nobleza de su casa,
y el cariño y el respeto

que todos la tributaban,
hicieron que cauteloso
Daciano reflexionara
diciendo: si yo pudiera
con halagüeñas palabras
á Leocadia seducir
que de su Dios adjurara,
siguiera luego su ejemplo
el pueblo que la idolatra
y á mi patria y á mis dioses
grande servicio prestara.
Llamó luego á su presencia
á aquella paloma casta
que al escuchar el mandato
sintió la muerte cercana
y á cumplirlo se dispuso
en Dios puesta la esperanza.
Renovó los puros votos
que á Jesucristo la enlazan
y con el valor sereno
que dá Dios á los que ama
ante su juez comparece
al martirio preparada.
Dejó el asunto Daciano
por distinguirla y honrarla
y con voz dulce y afable
de ésta manera le habla:
"De tí, graciosa doncella,
bien informado me hallas;
sé que tu sangre desciende
de esclarecida prosapia
y que los dioses benignos

colmaron con mano franca
de perfecciones tu cuerpo
y de virtudes tu alma.
El acabado retrato
que me hicieron de tus gracias
resulta descolorido
si contigo se compara.
A la corte daré cuenta
que en aquesta retirada
ciudad se encuentra un tesoro
escondido á las miradas
del mundo y en plazo breve
serás á Roma llevada
donde envidien tu hermosura
las bellezas cortesanas,
y halles partido que iguale
tus méritos y tu fama.
Y aunque de tí me dijeron
una calumnia bastarda
conociendo tu prudencia
crédito no quise darla;
que tienes claro talento
y sabes cuan despreciada
de todos es esa secta
de los cristianos que ultraja
el poder de nuestros dioses
y que las leyes sagradas
del Imperio, la prohíben,
la castigan y rechazan".
Oyó Leocadia el discurso
y tras una breve pausa
con tono firme y modesto

le dijo: "Señor, mil gracias
os debo dar ante todo
por las frases pronunciadas
en honra de mi familia
que os agradezco en el alma.
Más, permitidme que os diga
que me siento lastimada
del desprecio con que habláis
de la religión cristiana.
Aquel que no la conoce
solo puede no estimarla.
Esa religión sublime
por Dios mismo revelada
es la sola verdadera
todas las demás son falsas.
Y no extrañéis que desprecie
la muerte que me amenaza,
que mi religión me presta
valor para despreciarla.
Yo sigo la fé de Cristo,
su puro fuego me abrasa
y primero que la niegue
daré la vida en sus aras".
Pareció que la asamblea
sorprendida de escucharla
sus razones aplaudía,
y el gobernador exclama
con el acento furioso:
"eres una vil esclava
de tu nacimiento indigna".
Y volviendo la mirada
á los verdugos les dice:

"Supuesto que temeraria
ésta mujer manifiesta
que sigue la reprobada
doctrina de un galileo
muerto en la cruz, sin tardanza
llevadla de mi presencia
y con rigor azotadla".

III

¡Oh verdad consoladora!
¡Oh dulce y santa creencia
por nuestro bien descendida
de las celestes esferas!
Tú purificas el alma
cuando la culpa la enerva
y previenes las caídas
de nuestra flaca materia.
Por tí resignado el hombre
sufre con santa paciencia
calumnias, persecuciones,
el dolor y la pobreza,
que sabe que al fin tendrán
sus méritos recompensa.
Tú das valor al caído
y al humilde fortaleza,
que el que á Dios lleva consigo
nada le turba ni arredra.
Mirad una tierna virgen

que ni se inmuta ni tiembla
ante el poder formidable
de aquella Roma soberbia
que miró á sus pies postrados
los monarcas de la tierra.
Y ella en su Dios confiada
oye con frente serena
el inapelable fallo
de su bárbara sentencia
y resignada y humilde
á sus verdugos se entrega.
Y aquellas fieras humanas
con sus instintos de hiena
de tal suerte maltrataron
el cuerpo de la doncella,
que quebrantada y herida
toda de sangre cubierta
hasta los mismos paganos
lloraban solo de verla.
Con los ojos en el cielo
sufrió la terrible prueba
sin derramar una lágrima
ni proferir una queja;
y viendo que allí lloraban
cristianos que la contemplan
con voz alegre les dice:
"No lloreis porque padezca,
antes envidia tenerme
porque mi dicha se acerca
y en la celestial morada
mi dulce esposo me espera".
Quedó después encerrada

en una prisión estrecha
mientras que sus enemigos
mayor suplicio le aprestan.
Allí pasaba los días
en áspera penitencia
á la oración entregada,
cuando le llegó la nueva
del horroroso martirio
que á Eulalia dieron en Mérida.
Oyó la triste noticia
vertiendo lágrimas tiernas
y supo que en todas partes
arreciaba la tormenta
contra los ciervos de Cristo
que fieles á su promesa
sin vacilar un instante
daban la vida por ella.
Lloró Leocadia afligida
aquel cúmulo de penas
y dijo: "dulce Jesús:
¿cómo de mí no te acuerdas?
¿Cómo siendo yo tu esposa
á tu lado no me llevas?
En este mundo, Señor,
tu divinidad se niega;
el nombre de Jesucristo
dice baldón y vergüenza,
y no pudiendo sufrir
tantas humanas miserias
mi espíritu conturbado
volar hacia ti desea".
Y al besar luego una cruz

que con el dedo, en la piedra,
grabó, de su calabozo
Leocadia se quedó muerta.
Sus verdugos implacables,
como si fuera una bestia,
el cadáver de la virgen
arrojaron á la vega,
pero piadosos cristianos
acuden á recogerla
y amargamente llorando
cristianamente la entierran.

I V

Han pasado ya tres siglos
y al deslizarse veloces
destruyó su torbellino
pueblos y generaciones
con sus costumbres y leyes,
su religión y sus dioses.
Ya la famosa Toledo
libre de sus opresores
de los monarcas de España
es la respetada corte,
y la sublime doctrina
del Redentor de los hombres
desterró los falsos cultos
y los antiguos errores.
La cruz ostentan gloriosa

los mas insignes blasones,
la cruz llevan en el pecho
los caballeros mas nobles
y ante la cruz se prosternan
los reyes y las naciones.
De los mártires los restos
se buscan y se recogen
y templos se les levantan
que solemnizen su nombre
donde se les rinda culto
y su protección se invoque.
Y en aquella fosa humilde
tan olvidada y tan pobre
donde la infeliz Leocadia
halló paz á sus dolores,
se levanta suntuosa
una basílica donde
aquella mártir divina
recibe culto y loores
de la gente toledana
que por patrona la escoge.
Sus venerados despojos
en un sepulcro se ponen,
que colocado en el templo
con una losa cubrióse.

.
.

El año sesenta y seis
del siglo séptimo corre:
era el nueve de Diciembre,
y apenas el horizonte
la blanca aurora teñía,

cuando ya en la erguida torre
de la basílica aquella
los sonidos de los bronce
solemne fiesta anunciaban
con sus alegres clamores.
Del Cambrón y de Bisagra
las puertas á borbotones
arrojaban confundidos
en descompuesto desorden
pueblo, caballeros, damas,
guerreros y sacerdotes,
que al templo se dirigían
en dos compactos cordones
llenando las anchas naves
de sus bóvedas enormes.
Llegó después Recesvinto
con espléndida cohorte
de favoritos, prelados,
capitanes y señores,
que con joyas y preseas
y vistosos uniformes
daban al solemne acto
valor y lujo mayores.
Manto de regia escarlata
el buen monarca descoge;
al cinto bruñida daga
pende de dorado broche
y el cetro brilla en su mano
con vívidos resplandores.
La fiesta daba principio
y ya del coro las voces
acompañadas seguían

del órgano los acordes,
cuando el dichoso Arzobispo
en el altar presentose.
Mientras oraba el prelado
el pueblo se sobrecoge
de espanto, mirando abrirse,
sin que nadie lo provoque,
el sepulcro de Leocadia
y salir dél una joven
hermosa, con ancha túnica
que vela sus perfecciones
y al Arzobispo se acerca
que turbado se dispone
á escuchar, y ella le dice
con cariñosas razones:
"Eres dichoso Ildefonso,
que ya desde el cielo oye
la Virgen Santa María
tus devotas oraciones.
Por tí mi Señora vive
y ella tus ruegos acoge;
ámala y hónrala siempre
para que todos la honren
y espera de su bondad
los más divinos favores".
Mientras la joven hablaba
con mano crispada coge
el Arzobispo la daga
que lleva el rey, y de un golpe
le cercenó de la túnica
un pedezco que guardose;
y antes que de la sorpresa

vuelvan los espectadores
la joven tornó al sepulcro
que por sí mismo cerrose.
El prodigioso milagro
pronto las distancias rompe
y por la fama llevado
del Sur al frígido Norte
y del Oriente al Ocaso
á la mártir dió renombre.

.
Ninguna de las grandezas
que en tí, Toledo, se esconden,
ninguna de tus historias
leyendas y tradiciones,
tiene para ti más timbres
ni te presta más honores,
que de la mártir Leocadia
con ser la madre te honres
y que sus santas cenizas
entre tu seno reposen.
Jamás su dulce recuerdo
de tu memoria se borre,
y si te afligen un día
amargas tribulaciones,
á su protección acude
segura de que la logres:
¿Por qué, qué divina hija
á su madre no socorre?







El Anillo de la Duquesa

Discurre la noche en calma;
la luna, breves momentos,
lució medrosa los rayos,
de sus fulgores primeros
y trasponiendo las cumbres
dejó la tierra en misterio.
Brillantes constelaciones
gala del bético cielo,
arriba el azul espacio
llenan de blancos reflejos,
y abajo, entre vaporosas
neblinas que se durmieron
como en hamaca suave
sobre las alas del viento,
la villa duerme; sus calles,
y aún en mudo silencio

sin que una luz las alumbré,
sin que las despierte un eco.
Allá en la altura, el castillo,
mansión de Duques egregios,
con sus elevadas torres
rasga las sombras á trechos,
y en cada torre, ondeando
á las caricias del viento
alzados á media asta
bajo crespones de duelo,
se ven ricos estandartes
nuncios de triste suceso.
Corroborá tal desdicha
el cordón de mosqueteros
que guarda el muro, el mosquete
a la funerala puesto,
y hasta el alerta que lanzan
de sus varoniles pechos,
que más que bélico grito
finge penoso lamento.
Y es justo dolor tan grande,
la joven Duquesa ha muerto
y ya en la tumba reposan
desde la tarde, sus restos.
Encerrada en negra caja,
con dorados paramentos
entre dobles funerarios
el Dies Ire de los clérigos,
los honores de las armas
y las lágrimas del pueblo
la llevaron a la cripta
que en el magnífico templo

de Santa María hizo
labrar un Conde su deudo.
Bajo la mayor capilla,
entre responsos y rezos,
colocaron el cadáver
para su descanso eterno
y en tanto el Duque y sus hijos,
niños entonces pequeños,
lloran por ella y la llaman
con los dictados más tiernos,
de los baenenses hogares
se elevan preces y ruegos
para que Dios la perdone
y la conduzca a su reino.

II

De la callada noche
la soñalienta calma
perturba de improviso
de un reloj la campana
que allá desde su torre,
con pausado compás, las doce marca.
Cual zumbido de abejas
sus vibraciones por el aire pasan
y á penas á reinar vuelve el silencio
cuando con repetidos golpes llama
un hombre á la portería del castillo
donde vela la guardia.

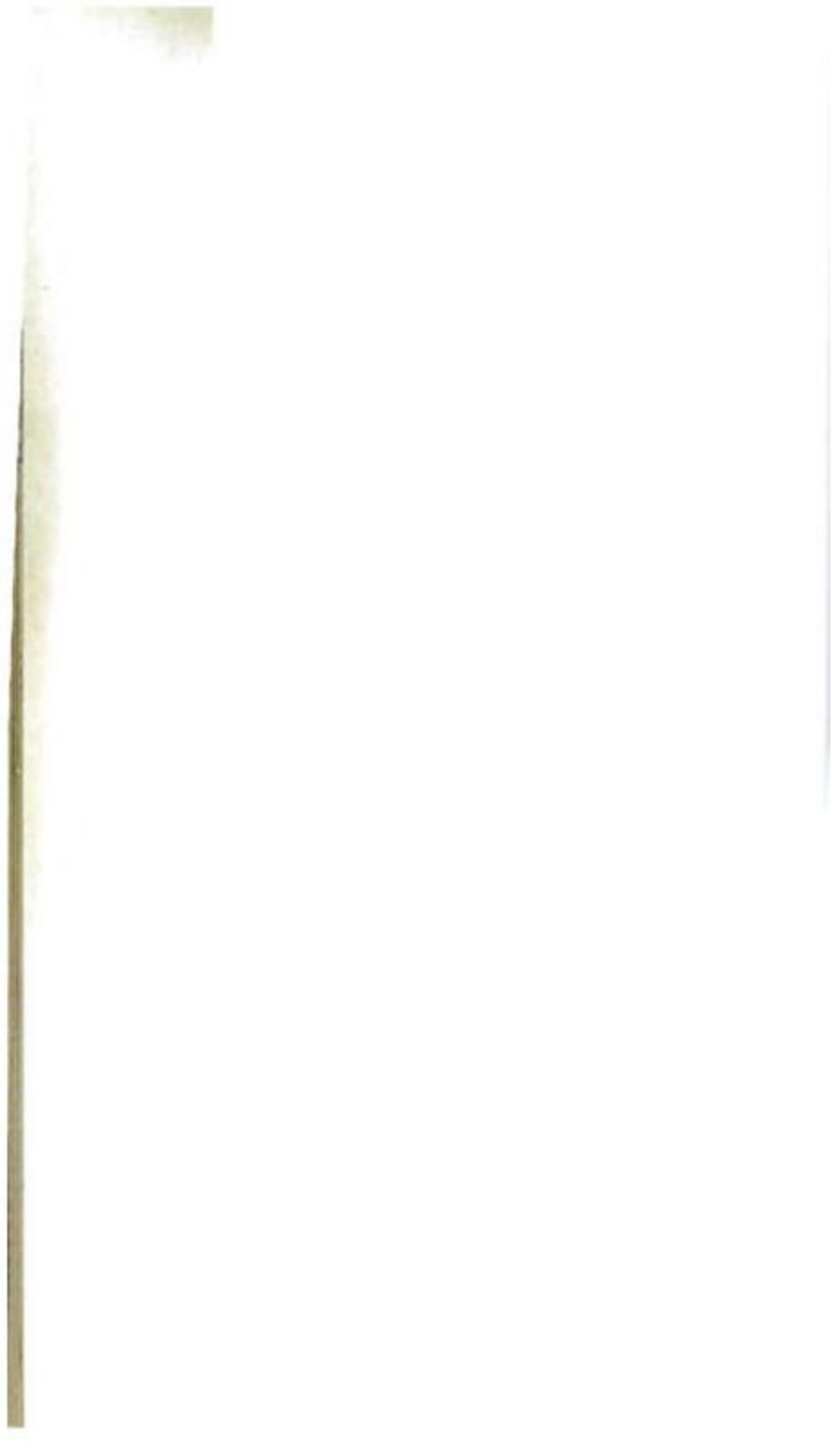
Abren postigo estrecho
y á la luz que se escapa
de la linterna que un soldado lleva
déjase ver la cara
del importuno, pálida y sombría,
con prolijo cuidado reservada,
el mirar indeciso
y balbuciente y tartamuda el habla.
Ver al Duque pretende,
pero el soldado con rudeza franca,
le detiene diciendo, no es posible;
su Excelencia, descansa,
y es inútil su empeño; si le place
venga á verle mañana.
Mi asunto es tan urgente
e interés tanto para el Duque entraña
que si en éste momento no conoce
lo que quiero decirle, sereis causa
de un mal, que en plazo breve
ha de venirle si el remedio tarda.
Dejadme libre el paso
si os interesa merecer su gracia
ó temed el castigo de su ira
si sordo persistís á mi demanda.
Entrad, dijo el soldado,
y el ayuda de cámara
apreciará después si á tales horas
puede allanaros la ducal estancia.
Muy poco tiempo transcurrido había
cuando en el centro de lujosa sala
de pie le mira al Duque
y puesto de rodillas a sus plantas

al sacristán de la vecina iglesia,
con las manos cruzadas,
pidiendo á su señor que le perdone
una terrible falta
que ha cometido, y ofreciendo darle,
si tal perdón alcanza,
inmediata noticia de un suceso,
de virtud tan extraña,
que ha de trocar en inefable gozo
la dura pena que su pecho embarga.
El Duque, atento escucha
sin comprender, apenas, las palabras,
de aquel hombre que tiembla como un reo,
y que le augura bienes que no alcanza,
y al fin, mientras extiende
el brazo diestro con solemne pausa
dice al que permanece de rodillas,
yo te perdono, habla.
Señor: cuando ayer tarde
al templo mi señora fue llevada
y ante el inmenso pueblo que gemía
destaparon la caja,
yo contemplé de cerca
aquella faz de transparente nácar
y vi como los cirios,
con sus medrosas luces, proyectaban
en sus mejillas las movibles sombras
de sus negras pestañas.
De su semblante la expresión tranquila,
la fresca tez de la gentil garganta,
la unión correcta de los secos labios,
la nariz, no afilada,

los párpados plegados, sin esfuerzo,
todo, todo alejaba,
de aquel rostro la idea de la muerte;
como el que en sueño y en quietud descansa
en regalado lecho, mi señora
del ataúd yacía entre las tablas.
En sus pequeñas manos,
que cruzando los dedos se juntaban,
lucía en un anillo rica piedra
cuyas facetas varias
convertían en iris primoroso
las luces de las hachas.
Con sus fulgores bellos
la vil codicia penetró en mi alma,
y cuando ya la noche
en densa obscuridad y solitaria
dejó la iglesia, descendí a la cripta
donde está mi señora, y a la escasa
luz de una vela, le busqué las manos
y me esforcé, temblando en despojarla
de aquel anillo hermoso,
objeto de mis ansias.
No pude conseguirlo,
no sé, si por torpeza ó porque hinchada
la falange tuviera y ya resuelto
á llevarme la joya, mi navaja
saqué para cortar la coyuntura,
más á penas la herí, cuando mojadas
sentí mis manos en caliente sangre
que fluía la herida en abundancia.
Me aterró y á la salida
corro á buscar, cuando sentí á mi espalda

débil gemido que me heló de espanto;
el miedo, me dió alas
y de la iglesia con veloz carrera
salí á traeros la noticia grata
de que á la vida, vuestra esposa ha vuelto
mientras á mí, vuestro perdón me salva.
Entre mil precauciones,
de pocos servidores rodeada
al castillo llevaron la Duquesa
donde, desnuda ya de su mortaja,
la colocaron en un rico lecho,
y al despertar la claridad del alba
recobró sus sentidos
sin que supiera del suceso nada.
Pasando luego el tiempo
de su grave dolencia quedó sana
nuevos hijos dió al Duque
y alcanzó vida venturosa y larga. (4)







La Cruz de la Roldana

I

Allá, donde al Sur acaban
en la región cordobesa
de las feraces campiñas
las onduladas praderas,
alza su mole rocosa
una gigante cadena
de montañas azuladas,

cuyas atrevidas crestas
suben á sacar el rayo
del seno de las tormentas.
Trepando penosamente
por las abruptas laderas
sube del valle á la cumbre
una pedregosa cuesta,
hasta dar en una villa
que en escondida meseta,
de altivas rocas cercada,
perezosa se recuesta
como coqueta odalisca
que harem misterioso encierra.
Del pueblo á corta distancia
sobre un risco que bordea
el escabroso camino
álzase una cruz de piedra,
con larga inscripción grabada,
que las hazañas recuerda
de una mujer valerosa,
de aquel Par de Francia émula,
Roldán, por el que llamaron
Roldana también á ella.
Más allá, sobre la cumbre
de un peñasco que rodean
abismos, que al que los mira
hacen perder la cabeza,
se eleva un fuerte castillo,
atalaya y centinela,
donde la graciosa villa
tiene segura defensa.
Es Luque rica y famosa

en historias y leyendas,
cuyos valientes caudillos
fueron los Egas Venegas,
que con Roldanes y Ayalas,
Arrebolas y Valeras,
Jurados, Porras y Ortices
mantuvieron siempre enhiestas,
siglo tras siglo, en la altura
de sus invictas almenas,
contra el poder mahometano
las cruces de sus enseñas.
Nació de los Arrebolas
una bizarra doncella
que inmortal hizo su nombre
con sus ínclitas proezas,
probando, heroica, que en Luque,
según las historias cuentan,
al valor de los varones
no van en zaga las hembras.

II

Aún no mediaba su curso
el siglo décimotercio
cuando las gloriosas armas
del Rey Fernando Tercero,
después de ganar á Córdoba,
de triunfo en triunfo corrieron
desde la margen del Betis

hasta los riscos luqueños.
La Cruz extendió sus brazos
sobre castillos y pueblos
que bajo el poder musulme
cinco centurias gimieron.
Cabra, Porcuna, Baena,
Morón, Aguilar, Zuheros,
Osuna, Lucena, Rute,
Castro, Luque y Hornachuelos,
se despertaron cristianas
si moriscas se durmieron.
Tanta gloria y tal fortuna,
si á los cristianos dió alientos,
el odio y sed de venganza
desbordó en los agarenos,
que no bien de sus derrotas
se contemplaron rehechos,
sobre los pueblos llorados,
do sus hogares perdieron,
tornaron, con nuevos bríos,
y aunque no siempre su esfuerzo
logró rendir la bravura
de los alcaides fronteros,
alguna vez dió la suerte
á sus empresas el éxito.

III

Negaba y sus fulgores

á los escondidos valles
el sol, corriendo á Occidente,
en una apacible tarde
de la alegre primavera,
de esas cuyo influjo hace
llegar á nuestros sentidos
con fuerza más penetrante
los aromas de las flores,
la música de las aves,
los murmullos de las fuentes
y los rumores del aire,
cuando, dejando de Luque
los seguros baluartes,
un grupo de caballeros
salió alegre á solazarse
por las amenas orillas
de floridos olivares,
hasta llegar á una fuente
que á corta distancia nace.
Isabel iba con ellos,
sin que ninguno pensase
en peligros, cosa propia
de mujeres y cobardes.
Sentáronse descuidados
á la cristalina margen
de la fuente, cuando atónitos,
vieron que en rápido avance
se les acercaba un grupo
de osados jinetes árabes.
Embargó el peligro en ellos
todo generoso arranque
y huyendo cobardemente,

sin esperar nadie á nadie,
perseguidos de los moros
que les iban al alcance,
lograron los caballeros
llegar á Luque y salvarse.
Cansada, Isabel, y sola,
impedida de su traje,
se ocultó tras unas peñas:
pasó la taifa adelante
sin verla, y ya se creía
salvada, cuando el herraje
de un caballo, le dió aviso
de que los riesgos del lance
aún duraban para ella,
y á poco, miró acercarse
al sitio donde se hallaba,
un moro de mal talante
que, al verla, refrenó al bruto
y desnudando el alfanje,
de dos tajos, ambos pechos,
entre torrentes de sangre,
cortó á la infeliz cristiana
con ferocidad salvaje.
Intentó, de un tercer golpe,
el noble cuello segarle,
y ella, burlando el intento,
saltó ligera, y ganándole
la lanza, la hundió con furia
en el pecho del alarbe,
que, como de un rayo herido,
á sus pies rodó cadáver.
Tomó la rienda al caballo

y caminó, desangrándose,
hasta llegar al castillo
donde entró, ya vacilante,
y á poco, cayendo en tierra,
libre de su humana cárcel,
á las regiones empíreas
voló el alma de la mártir.
Así murió la *Roldana*;
y la tradición añade,
que los menguados amigos
que en el peligroso trance
la abandonaron, sintieron,
de por vida, las tenaces
garras del remordimiento
en su conciencia clavarle.
La historia dice sus nombres;
más, bueno será callarles,
que á castigar tales hechos
es el silencio bastante. (5)







La Cuesta de la Traición

Salud de los Omniadas,
protegida del Profeta
del gran Abderramán corte
emporio de la nobleza,
edén de ricos pensiles
y de mezquitas soberbias
es Córdoba; la Sultana
cuya garganta rodean
en collar de oro engarzados,
con hilo de dobles vueltas
mil ingenios peregrinos
de sabios y de poetas.
Abdali brilla entre todos,

de quien la malicia cuenta
que goza el favor de muchas
hermosuras cordobesas.
Joven, discreto, gallardo,
pródigo de sus riquezas,
favorito de las musas
regocijo de las fiestas,
cuyas rítmicas canciones
tan dulcemente deleitan
el corazón y el oído
de las damas agarenas,
que si las cantan de día
al bardo de noche sueñan.
Con un amigo á quien ama
desde su niñez más tierna.
Abdali vive una quinta
en la falda de la sierra,
donde en grutas misteriosas
de mirtos y madre selvas
de sus favores las musas
más pródigas se le muestran.
Se hallaba el moro una tarde
mirando del sol la puesta,
junto al muro del Alcázar,
cuando vió descender lenta
desde un ajimez calado
una misteriosa esquila
que describió breves giros
y á sus plantas tocó en tierra.
Alzóla y el sobrescrito
á él iba, rompió la oblea
y leyó: "Si de una dama

los pesares te interesan
y si caballero estimas
cuanto por tu amor arriesga,
al postigo de los álamos
irás esta noche á verla,
que allí esa dama, a las doce,
sola y rendida te espera".
Guardó el trovador la carta
y cuando de allí se aleja
reflexiona que una cita,
por tan raro modo hecha
y en tal sitio será cosa
de alguna villana sierva
ó deparada Odalisca
que de desdenes se venga.
A su amigo cuenta el lance
y tras larga conferencia
Abdali y Aben-Tarifé
convienen en que la prueba
por lo rara y peligrosa
no es excusable sin mengua;
y ambos con armas al cinto,
para prevenir sorpresas,
al Alcázar se dirigen,
cuando ya la noche media,
y en tanto que Aben-Tarifé
tras una esquina se queda,
Abdali llega al postigo
que los álamos sombrean,
toca sus tablas y al punto
abren la pesada puerta,
al bardo pasa, y tan pronto

en el recinto penetra
cierran tras él, sin que nada
turbe después la serena
paz de la noche, que gira
en silencio y en tinieblas.

II

Sobre cojines y alfombras
sentados, en rica estancia
cuyo ambiente aromatizan
pebeteros de la Arabia,
Abdali y Aben-Tarifé
amistosamente hablan
de las citas misteriosas
del postigo del Alcázar.
Muy preocupado el poeta
se muestra, cuando, en voz baja,
su amigo le dice: "Duda
de esa mujer que recata
de ti su nombre y su rostro
con tan injusta constancia.
Corriendo graves peligros
llevamos ocho semanas,
como novicios amantes,
tras esa mujer fantasma
yaún no sabemos quien sea.
Tu dices que aunque su cara
no has visto, pues te recibe

donde luz ninguna alcanza
á dibujar su contorno,
que es de apostura gallarda,
joven, discreta, graciosa,
que sus joyas y sus galas,
sus perfumes y sus manos,
finas cual plumón de garza,
son indudables indicios
de posición elevada;
yo pienso que no es hermosa
cuando tanto á tus miradas
oculta el rostro, y presumo
que el arte con que te engaña,
más que por niña inocente
la denuncia por taimada",
Por Alá que te equivocas,
dijo el bardo; no en mi alma
hubiera jamás nacido
la pasión que me avasalla
por objeto menos noble,
por mujer menos bizarra.
Tu mismo verás muy pronto
cuan equivocado andas;
anoche, por fin, mi ruego
logró rendirla y mañana
sabremos quien es la incógnita
y hasta de cerca mirarla.
Me exigió con juramento
que jamás una palabra
mis labios pronunciarían
que pudiera traicionarla
y me dijo: "Cuando vuelvas

á verme, quiero que traigas
una joya, y en las fiestas
que en honor de la Sultana
favorita se disponen
me verás, entre las damas
lucirla, y sabrás entonces
quien es la que te idolatra".
Para dársela esta noche
hoy he comprado la alhaja
y aquí la traigo; una estrella
de diamantes y esmeraldas
que ha de gustarte. "Es soberbia
dijo Tarifé y no falta
ingenio ni travesura
á quien tal enredo trama.
De tu fortuna testigo
seré como muda estátua;
vamos á llevar la joya
y Alá con nosotros vaya".

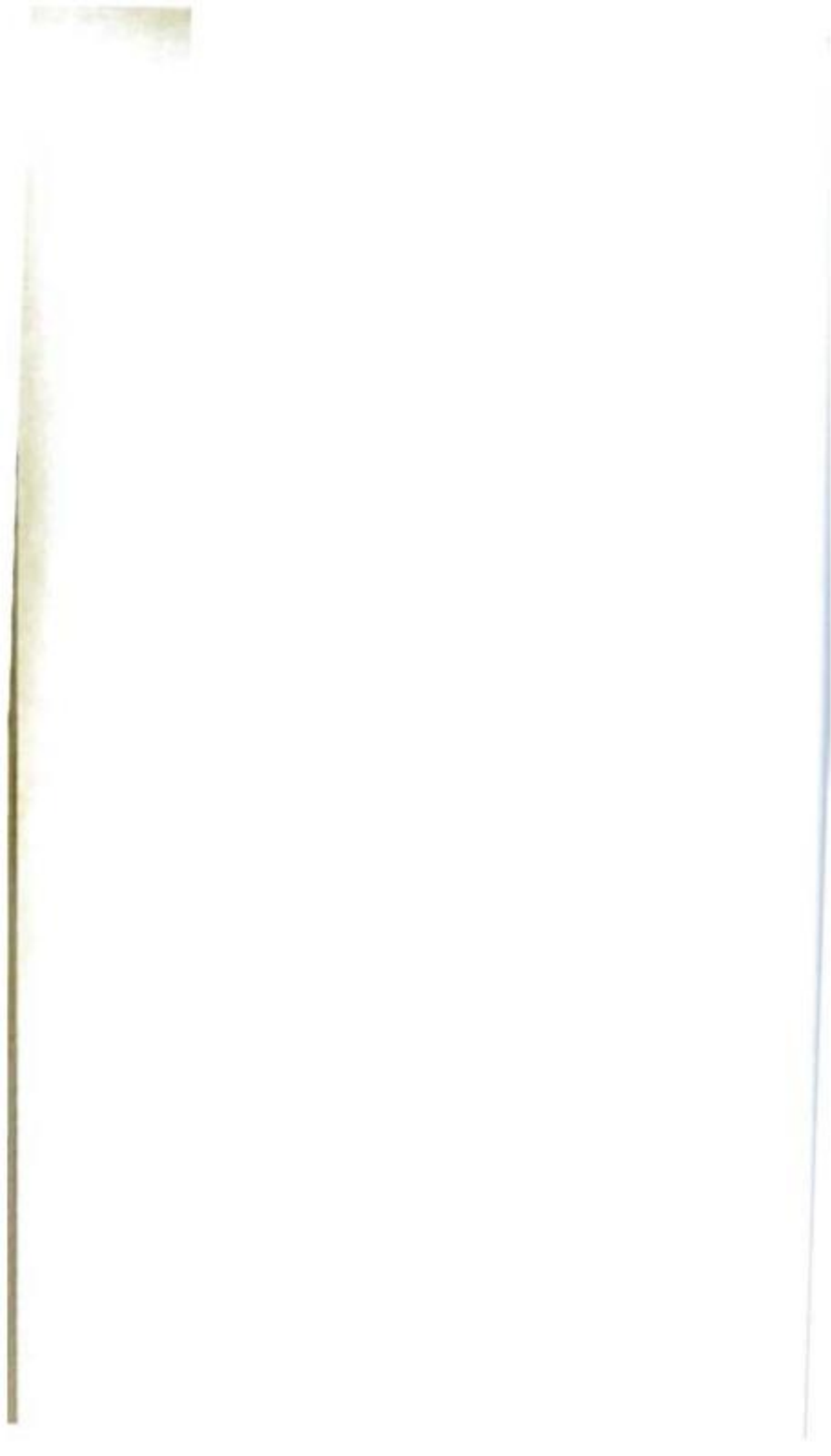
II

No hay un Sultán en Oriente
que en esplendores compita
el poderoso Califa
que de generoso y grande
goza fama merecida.
Sus fiestas llevan el sello
de originales y ricas

donde los sabios se honran
y los caballeros brillan
entre los bardos más cultos
y las mujeres más lindas.
En honor al cumpleaños
de la Sultana Sobiha,
que es, por su rara belleza,
de Abderramán favorita,
alegre fiesta celebra
cuando la noche principia,
y todo cuanto de grande
guarda la hermosa Medina
ostentando lujo y galas,
en oro, piedras y cintas,
llena del soberbio Alcázar
salones y galerías.
Mucho la fiesta promete,
y no falta quien afirma
que Abdalí leerá unos versos
que á la Sultana dedica,
ofrenda del gran poeta
que muchas damas envidian.
La Corte anuncian, y todos
á su paso se aproximan
formando calle, y en tanto
llegan á la puerta misma
Abdalí y Aben-Tarifé
puestos en primera fila,
sale el Sultán y á su lado
la Sultana, que cautiva
con sus juveniles gracias
á todos cuantos la miran.

Bajó el bardo, por respeto,
unos instantes la vista,
en tanto que Aben-Tarifé
sobresaltado se fija
en que la Sultana lleva
en el tocado prendida
la joya que la denuncia
del trovador por amiga.
De cuanto de ver acaba
con mal disimulo, avisa
á Abdali que se sorprende
con la estupenda noticia
y ambos tan torpes se muestran
que la angelical sonrisa
de la Sultana trocose
en bravo gesto de ira,
y en pálida flor de cera
el carmín de sus mejillas.
Dudar no puede que ha sido
traidoramente vendida
y como acosada fiera,
cuya existencia peligra,
piensa que á imprudentes labios
poner candado precisa
y que nada cual la muerte
á eterno callar obliga.
Vuelve con fútil pretexto
al camarín donde habita
para dar á sus eunucos
una sangrienta consigna,
y á poco, por el postigo
que los álamos cobijan,

cuatro robustos esclavos
salen y juntos caminan
interrumpiendo el silencio
en que las calles dormitan.
Por un postigo del muro
salen al campo y de prisa
ganan la empinada sierra
por solitaria subida
y al llegar á un paso estrecho
que vivos setos limitan
se detienen y se ocultan,
empuñando las gumias,
tras enlazados arbustos
que verdes yedras tapizan.
En tanto la alegre fiesta
en el Alcázar termina
y entonces los dos amigos,
sin sospechar su desdicha
la ciudad dejan y toman
el camino de su quinta;
más no rebasan apenas
de la traición la guarida
cuando los cuatro asesinos
á su espalda se deslizan
y á puñaladas rescatan
un secreto con dos vidas.
Tal es la ignorada historia
que dió justa nombradía
á esa cuesta cordobesa
que la Traición apellida.





Las Emparedadas de Baena

I

Caro lector: si te inclinas
á escudriñar cosas viejas,
entra por las almedinas
baenenses y en las callejas
al templo mayor vecinas,

verás ruinosas fachadas
con platerescos rejones,
puertas en roble talladas
y en mármol ricas portadas
con heráldicos blasones.
Y ha de llamar tu atención,
en callejuela desierta,
la ferrada clavazón
que borda y cubre la puerta
de solariega mansión.
Según, ya en letra borrada,
reza mezquina losilla,
puesta en el muro á la entrada,
esa calle fué nombrada
la de el "Arco de la Villa".
Más, luego, sin más razones
que en dicha casa habitarla
ciertos preclaros varones,
el vulgo vino en llamarla
calle de los "Alarcones".
A la sazón que refiero
era el palacio habitado
por un antiguo guerrero,
Don Juan de Alarcón nombrado,
Calatravo caballero.
Su espada y fuerzas rendidas
por los años y la guerra,
con gran respeto acogidas
fueron en su hidalga tierra
sus canas y sus heridas.
Y era de ver, si salía
el buen anciano á la calle,

su militar gallardía,
su franca cortesanía
y la esbeltez de su talle.
Castor con pluma tendida,
la chupa con agremanes
de ricas sedas guarnida,
y á la cintura ceñida
la espada de gavilanes.
Su familia corta era,
una muchacha soltera
que los veinte no contaba,
hija que el padre adoraba
con efusión verdadera.
Su madre ya no vivía,
y al quedar huérfana y sola,
niña se acogió María
al amor y compañía
de su buen aya Barbola.
Blanca como una azucena,
de facciones primorosas,
daba envidia y daba pena
á la pléyade de hermosas
que dieron fama á Baena.
El aya crecer la vió
tan sencilla como bella
y tan de veras la amó,
que nunca apartarse de ella
muchas veces le juró.
Era adorada María
por los más nobles galanes
que el pueblo entonces tenía,
más, ninguno conseguía

el premio de sus afanes.
Y en mil y mil ocasiones
de noche, bajo sus rejas,
con músicas y canciones
se escucharon dulces quejas
de rendidos corazones.
Más, al cabo llegó un día
en que la tierna porfía
de un galán afortunado
llenó de amante cuidado
el corazón de María.
Ciego el amor siempre ha sido,
y ciego por desventura
fué entonces, que el elegido
aunque de noble apellido
y varonil hermosura,
era de seso liviano,
dado al vicio y á la orgía,
más, rico y de franca mano,
fuero gozaba y tenía
de popular soberano.
El hábil, ella inocente,
él galán, ella amorosa,
trato en la reja frecuente,
pronto fué no la fuente
en el amor de la hermosa.

II

En una severa estancia

del palacio solariego
que los nobles "Alarcones"
habitaban en el pueblo,
sobre un sillón de respaldo
con tallados ornamentos,
Don Juan de Alarcón se encuentra
gravemente departiendo
con su bellísima hija
entre cariñoso y serio.
De pié, pálida y humilde
ella le escucha en silencio
abandonando sus manos
entre las manos del viejo
que le dice: "no, hija mía,
no has hecho bien, ni es discreto
que una joven así empenhe
palabra de casamiento
sin haber antes oído
de sus padres el consejo.
Mi afán es verte casada
antes que mi débil cuerpo
te deje sola en el mundo;
pero, no es ese Don Pedro
de Lara quien ha de hacerte
feliz, á lo que presiento.
Es joven y es arrogante;
de su alcurnia nada tengo
que decir", más, se murmura
que en el vino y en el juego
de su anciano y noble padre
el mayorazgo ha deshecho;
que es mentiroso y villano

con las damas; que de intento
las busca siempre, cobarde,
sin hermanos y sin deudos
que puedan pedir su honra
con la punta del acero.
Tal vez por eso, hija mía,
en ti los ojos ha puesto,
que es ya muy débil mi brazo
para imponerle respeto.
Eso y mucho más se dice,
con sobrado fundamento,
de ese joven: si has tenido
la desdicha de creerlo
por no conocerle, ahora
que le desprecies te ruego
por el nombre de tu casa,
por lo mucho que te quiero,
por mis canas, por tu madre,
que nos mira desde el cielo".
La joven, dando un sollozo,
echó los brazos al cuello
del anciano y dijo: "basta,
basta, padre, que no puedo
oíros sin que se rompa
mi corazón en el pecho.
Yo arrancaré de mi alma
este cariño funesto
que me subyuga y me inclina
al cariño de Don Pedro.
Sin duda no lo merece,
y por mi madre os prometo
dar este amor al olvido,

que todo lo cura el tiempo".
Salió llorando María
y quedó Don Juan diciendo:
Alarcón eres y honras
la sangre de tus abuelos.

III

Muy cerca del baluarte
que al sur la Almedina cierra,
donde orgullosa se alza
la torre de las "Trigueras",
hay una casa palacio
en cuyo frente campea
el óvalo de un escudo
que dos tenantes sustentan
y al que dá remate un casco
con ondulante cimera.
Basta fijar la mirada
en sus profusos emblemas
para saber que allí tienen
los Laras su residencia.
Entremos, y en una sala,
que dá vistas á la vega,
hallaremos á Don Pedro,
que de pié, junto á una reja,
está leyendo, convulso,
una lacónica esquila
que así dice: Pedro mío:

persona que mucho pesa
en mi corazón me manda
que te olvide; no pretendas
volver á verme ni á hablarme;
te retiro mis promesas".
Guardó la carta el hidalgo
y con arrogancia necia
dijo: "la vida de un viejo
es dificultad pequeña
para que Pedro de Lara
hoy abandone su presa,
y aunque la pobre María
inocentemente piensa
que el borrar es cosa fácil
de su corazón mis huellas
no es de temer que así olvide
á quien quiso tan de veras,
que el amor, si es contrariado,
más vivo se manifiesta.
Dejemos correr los días,
dominemos impaciencias,
que los viejos viven poco
y el tiempo todo lo arregla".
Un año transcurre, y cuando
nadie en la villa se acuerda
de lo narrado, una noche,
después de la luna puesta,
allí donde la muralla
que la almedina rodea
un ángulo recto forma
con la torcida calleja
de "Alarcones", tras la esquina

un embozado se encuentra
que, según recata el rostro
algo siniestro proyecta;
y á poco, cuando empezaba,
con voz vibradora y lenta,
á dar la campana el toque
de cobre - fuegos ó queda,
por la puerta de la villa,
próxima á cerrarse, entra
Don Juan de Alarcón que, solo,
á su morada regresa.

Siguió por la calle oscura
y, al tomar luego la vuelta,
á su encuentro el embozado,
con el estoque en la diestra,
sale y sin hablar palabra
ni permitir la defensa,
de una estocada traidora
el corazón le atraviesa.
Don Juan, diciendo ¡Jesús!
cayó cadáver en tierra,
en tanto que el asesino
precipitado se aleja
y en la oscuridad se pierde
de angostas calles desiertas.
Horas después, alarmada
la servidumbre que espera
á su señor, que no torna,
con faroles y linternas
sale en su busca, encontrándole
tendido sobre la acera
ya sin vida, destocada

la venerable cabeza
y ambas manos con esfuerzo
sobre la estocada puestas.
Aquí renuncio á contaros,
las dolorosas escenas
que con la huérfana hija
siguieron luego de cerca,
ni los raudales de llanto
ni las amorosas quejas
que abrazada al padre muerto
exhalaba la doncella,
cuando á su casa traído
del suceso tuvo cuenta.
Después, llevado el cadáver
á la parroquial iglesia
se le inhumó en la capilla
donde se guarda y venera
de la "Antigua" con el nombre
gótica Virgen de piedra.
Cubrió la cripta una loza
que el nombre del muerto reza
y se dió luego al olvido,
la dolorosa tragedia;
pero los muchos devotos
que la parroquia frecuentan
ven sobre el sepulcro orando
todos los días á aquella
huérfana desventurada
que allí, de rodillas puesta,
permanece hasta la hora
en que la campana suena
tocando las oraciones;

entonces el templo deja,
y velando su hermosura
en pliegues de tocas negras,
á su casa vuelve, donde
le aguardan luto y tristezas.

I V

El tiempo todo lo borra;
no hay un dolor en el alma
que yendo y viniendo días
no cicatrice su llaga.
Más de un año ha transcurrido
y aún siguen viendo los guardas
de la puerta de la Villa,
cuando la tarde desmaya,
ir de su casa á la iglesia
y de la iglesia á su casa
á María de Alarcón,
unida siempre á su aya.
Más, ya no cruza llorosa
ni se inclina cuando anda
al suelo, ni oculta el rostro
con las tocas enlutadas.
Ya el color de sus mejillas
y el brillo de su mirada
dicen bien que de sus penas
convaleciente se halla,
y es tal, el lindo contraste

con que la toca realza
la blancura de su rostro
que á cuantos la ven encanta.
Alguna vez en el templo,
de manera involuntaria,
se han encontrado sus ojos
con los de Pedro de Lara,
produciéndose en su pecho
una sensación extraña
que la trastorna y no sabe
si amor ó miedo la causan.
El, con hábil disimulo,
aunque medita lograrla,
ni la importuna con ruegos
ni la molesta con cartas.
Antes, hipócrita, finge
que de los vicios se aparta
y ya ni mujeres busca
ni juega ni se embriaga.
Acude, devoto, á misa
y, por coincidencia rara,
vá á la misma que ella oye
aunque por puerta contraria.
Nada su fingir respeta,
y el que impío se burlaba
de Dios, confiesa y comulga
y cobra de justo fama.
Esto logrado, se atreve
á dirigir la palabra
alguna vez á María
cuando por su lado pasa;
y aunque la hermosa, al principio,

no le escucha ni rechaza,
al fin, promesas y ruegos
vinieron en ablandarla.
Pero, aquel amor traía
á su memoria el fantasma
de un asesino que huérfana
quiso en el mundo dejarla,
y, á veces, veía en sueños
un hombre envuelto en la capa,
con el estoque desnudo,
recatándose la cara,
á Don Pedro parecido
en su porte y arrogancia.
Creció tanto su sospecha
que antes de verse casada
un día le llevó al templo
donde su padre descansa
y allí le dijo: "ser tuya
son, Pedro, todas mis ansias;
pero, una horrible sospecha
mi corazón ataraza
y es preciso que la ahuyentes;
júrame por esta Santa
Virgen que aquí nos escucha;
por Dios vivo; por el alma,
y los huesos de mi padre
que esta sepultura guarda,
que no fuiste su asesino".
"Si, lo juro" con voz clara
dijo Don Pedro; y al punto
estremecida se alza
la losa y un esqueleto

del sepulcro se levanta,
horrible, y entre sus manos
aprisiona la garganta
del perjurio, mientras dice:
"Asesino; Dios me manda
á castigarte, desciende
al infierno y allí paga
tu crimen y tu perjurio".
Y cuando muerto en sus garras
le tuvo, volvió al sepulcro,
cubrió la losa la entrada,
mientras de espanto María
perdió la razón y el habla
y huyó de allí sin ser vista.
Después, se indagó la causa
de la muerte de Don Pedro
más, nadie supo explicarla.
Pasó en el lecho María
horas de dolor amargas
y al verse en el mundo sola
sin amores ni esperanzas,
un día volvió al sepulcro
y en él, de hinojos postrada,
el alma y los ojos puestos
en la Virgen Sacrosanta,
pronunció solemne voto
de vivir emparedada
en aquella misma iglesia
hasta que Cristo llamarla
quisiera al cielo, y entrando
en su encierro voluntaria,
abandonó su apellido,

por dejar glorias humanas,
para llamarse María
de Pasión, y su buen aya,
Barbola, que muchas veces
juróle no abandonarla
en su vida, entró con ella
en la prisión, y allí ambas,
hasta morir estuvieron
aunque vivas enterradas. (6)







En la Octava del Corpus

I

Ya la aurora ilumina los horizontes,
ya vuelan las palomas sobre los montes,
ya del sol se derraman las lumbres bellas
y palidece el brillo de las estrellas.
Salve, dicen las fuentes murmuradoras,
salve, salve, las aves cantan sonoras,
la brisa se despierta, las ramas mece,

y dice, salve, salve, que ya amanece.
La esquila del convento, con alegría,
saluda la llegada del nuevo día,
sus ecos van llamando de puerta en puerta
y todo se reanima, todo se despierta.
Es un día de junio claro y hermoso
y el Betis cristalino que lo retrata
ancha cinta parece de fuego y plata.
Envuelta de fulgores en el torrente
que el sol vívido lanza, y en un ambiente
tibio que se embalsama con los olores
de patios y de rejas, llenos de flores,
Córdoba, fervorosa, toda se apresta,
de la Octava del Corpus para las fiestas.
Dirigiéndose al templo, cruzan las calles
gentiles cordobesas de breves talles,
nobles damas que visten sedas y brocados,
altos petos de encaje abullonados,
joyas donde la lumbre del sol fulgura,
encarcela pendiente de la cintura
y mostrando en sus telas paisajes ricos
de marfil y de nácar los abanicos.
Llevan las artesanas y labriegas
blancas como la espuma las albanegas,
zaya corta, corpiño rico en colores
y cabezón labrado con mil primores.
Repican á concierto los campanarios
ante el altar se agitan los incensarios,
los órganos sus notas lanzan al viento,
cantan el coro motetes al Sacramento,
y ante el Dios que no admite lindes sociales
se confunden y humillan todos iguales,

siervos, nobles, villanos, grandes señores,
humildes artesanos y labradores.

Un sacerdote anciano con capa de oro
de la rica custodia toma el Tesoro,
le cobijan con palio de argentea lana
le preceden favores de viva llama,
cofrades y devotos, en doble hilera,
con velas encendidas de blanca cera
y brillando el reflejo de tantas luces
bordados estandartes con aureas cruces.
Ya brillan en la calle las campanillas
y el pueblo fervoroso ve, de rodillas
como llega el Cordero Sacramentado
y Santo, Santo, Santo, dice humillado.

[I]

Sucedió, lector la escena
que aquí cuento y es real
en la iglesia parroquial
dicha de la Magdalena.
En su collación nacidos
en su pila bautizados
por su honradez estimados
y por su bondad queridos
casados recientemente,
por el templo discurrían
dos jóvenes que atraían
las miradas de la gente.

Ella, como flor lozana,
morena de labios rojos,
de vivos y negros ojos,
de color, hermosa y sana;
y él, como su compañera,
gentil, apuesto y lozano,
era sencillo hortelano
del Betis en la ribera.
En una capilla entraron
y con palabras sencillas,
ante el altar de rodillas
á la Virgen suplicaron,
que protegiera su unión,
y que, si servida era
completa su dicha hiciera
con frutos de bendición.
Ya la procesión salía
y el venturoso hortelano,
con una vela en la mano,
junto al palio se ponía;
más, no bién pasó el umbral
del templo, cuando á su lado
se acercó muy enojado,
un sujeto principal
que así le dijo: de aquí
aparta, villano, presto;
¿cómo te atreves á un puesto,
que me corresponde á mí?
Avergonzado y confuso
el humillado labriego
se quedó un instante y luego,
al caballero repuso:

Yo villano y noble vos
somos ante los mortales,
más, todos somos iguales
en la presencia de Dios.
Dejad palabras de ira
que pese á vuestro despecho
yo defiendo mi derecho
ante el Señor que nos mira.
Era el noble caballero
tan soberbio y engreído,
que á penas llegó á su oído
el razonar del pechero
sacó la daga, y con fuerte
impulso, dió al desdichado
tal herida en el costado,
que le produjo la muerte.
Y al desplomarse ante el cura
que lleva el Omnipotente
dejó con sangre inocente
manchada su vestidura
y mientras de horror temblando,
al moribundo absorbía
el cura y la gente huía
á la justicia llamando
el matador con malicia,
quiso á la iglesia acogerse
antes que llegara á verse
en manos de la justicia.
Más la viuda infortunada
que loca de dolor gime,
va á su encuentro y le oprime
tan resuelta y esforzada

que al miserable asesino
en lucha con ella abierta,
aún no tocaba la puerta
cuando la justicia vino.
Ya, por los corchetes preso,
fué, como de noble estado,
en una torre encerrado
y sometido á proceso;
y acabó la triste escena
dando sepultura al muerto
en un hoyo, pobre, abierto
en la misma Magdalena.

III

De los Fernández de Córdoba
la poderosa familia
se confabula y dispone
para burlar la justicia,
que es el joven don Luis
miembro de su casa misma
quien, ante el juez acusado
de asesino ú homicida,
la torre de los Donceles
como prisionero habita.
Más, lo público del caso
la ocasión y la injusticia
con que el soberbio magnate
á un hombre quitó la vida,

con motivos poderosos
que al pueblo mueven y agitan
para velar por la ley
si el juez, acaso, vacila.
Seglares y sacerdotes
ante el tribunal desfilan
y el crimen y sus detalles
unánimes atestiguan.
No hay para el reo esperanza;
y, según la gente afirma
pronto segará su cuello
del verdugo la cuchilla.
El juez sigue practicando
diligencias y pesquisas
que acrecen la causa en folios
y en el pueblo la malicia.
Un año completo pasa
y ya muchos desconfían
de ver condenado á un reo
que Córdoba se apellida,
y, al fin, corrió como cierta
por Córdoba la noticia
de que el juez iba á librarle
de la prisión preventiva
porque modernos testigos,
bajo juramento afirman
que al matar al hortelano
obró en defensa legítima;
creció con esto el enojo;
los ánimos se concitan
y del juez y de los nobles
con encono se critica;

y cuando más exaltados
las pasiones rivalizan
dejó un extraño suceso,
la causa sobreseída.
Salió de la Magdalena
la Sagrada Eucaristía
para un enfermo, marchando
de devotos precedida,
y al acercarse á la torre
de los Donceles, avisa
que la Majestad se acerca
la voz de la campanilla
y saliendo Don Luís
á las almenas, se inclina,
sacando el cuerpo á la calle
cuando por otra salida
la viuda del hortelano
cae en el suelo de rodillas.
Pasaba frente á la torre
la piadosa comitiva
cuando, viniéndose al suelo
una piedra que servía
de apoyo al preso, trás ella
cayó con tanta desdicha
que á los pies del sacerdote
dejó la masa esparcida
de su cerebro, y la viuda,
que tal desventura mira
clamó: ¡Justicia del cielo!
y el caso, lector convida,
á pensar, que si la humana
algunas veces dormita
para castigar malvados,
vela siempre la Divina.



La Piedra Escrita

Es una curiosa historia:
tan sólo nos queda de ella
una confusa memoria,
un cerro junto al Marbella
y una inscripción mortuoria.
Ya veinte siglos lejana
va la fecha de mi cuento,
cuando, frente á Baniána,
el cerro prestaba asiento
á la Iponoba romana.
Octavio el mundo regia,

que á larga paz dió su nombre,
el genio del mal dormía
y á recibir al Dios Hombre
la tierra se disponía.
Pueblo Iponoba pequeño,
cuya frente cobijaba
un cielo siempre risueño,
la vida en él resbalaba
como delicioso sueño.
Moraba allí la doncella
Vibia, de sangre patricia,
muy celebrada por bella,
aunque nunca fué propicia
fortuna en bienes con ella.
Pasó sus años mejores
oyendo el ruego importuno
de rendidos amadores,
sin que lograra ninguno
el premio de sus favores.
¿No amaba Vibia? Sí amaba;
más, cuidadosa el secreto
de su cariño guardaba,
que era un esclavo su objeto
y amando se deshonoraba.
Tito, que siervo nació,
robaba su pensamiento;
hacerle libre soñó,
más, era pobre, y su intento
nunca de sueño pasó.
Marchita ya su belleza
y loca de amor, al cabo
hizo, con brava entereza,

renuncia de su nobleza
y esposa fué del esclavo.
Más, pronto su aberración
lloró Vibia arrepentida,
que en su marital unión
quedó sierva de por vida
y esclava su sucesión.
Su dolor no tuvo igual
cuando del amo brutal
conoció el bárbaro empeño
de ser, á su antojo, dueño
de su lecho conyugal.
Invocó la ley en vano;
que el legislador romano
tan inícuas las hacía,
que el siervo allí no tenía
ni la condición de humano.
Sintió de la vida horror
y en su altivez, digna esposa,
quiso morir con valor
antes que mancha afrentosa
cayera sobre su honor.
Llegó la noche callada
y al irse con Tito al lecho,
dándole ejemplo esforzada,
exclamó, hiriéndose el pecho,
¡Muera Vibia y muera honrada!
Al verla Tito morir
sintió radical mudanza,
nueva luz miró lucir,
y dijo: -¿por qué sufrir,
si así libertad se alcanza?-

Besó luego el rostro inerte
de Vibia, tomó sereno
el puñal que la dió muerte,
tu suerte, dijo, es mi suerte,
y lo sepultó en su seno.
El pueblo, á piedad movido,
dió á los dos un sólo entierro,
y tan respetado ha sido
que aún vemos al pie del cerro,
en viva peña esculpido,
un letrero singular
que sus nombres acredita,
y hoy, la fosa y el lugar
se llaman: LA PIEDRA ESCRITA
y el CERRO DEL MINGUILLAR. (7)





La Prisión de Boabdil

I

De Córdoba en la frontera
y á Granada ya vecina,
donde la morisma impera,
hay una villa altanera
sobre una fuerte colina.
Galas ostenta y primores
de naturaleza y arte,
paisaje rico en colores,
fuentes de dulces rumores
y temible baluarte.
Por las quebradas saltando
de su vega fresca y bella,
cañas y flores besando,
se desliza, murmurando,
el apacible Marbella.

Tiende por la sierra hermosa,
que á su frente se dilata,
la vid su pompa frondosa
y la oliva vista airosa
manto de esmeralda y plata.
Cual iris rico en colores,
su campiña placentera
brilla cubierta de flores
bajo los vivos fulgores
que su cielo reverbera.
En la altura reclinadas
sus casas, como palomas
blancas, limpias, perfumadas,
aspiran, del sol bañadas,
de sus huertas los aromas.
Y en la cumbre más erguida,
de fuerte muro cercada
y de mil torres guarnida,
alza su frente atrevida
la almedina respetada,
y el castillo poderoso
con sus puentes levadizos,
invicto siempre y glorioso,
terror del bando ominoso
de los moros fronterizos;
que nunca en sus algaradas
osan llegar á la villa,
que en sus armas blasonadas
tiene, del moro en mancilla,
cinco cabezas cortadas.
Signo de sus campeones,
por muros y torreones

álzase la Cruz triunfante,
en amenaza constante
de los moriscos pendones.
Y si baten los guerreros
de la bandera cristiana
á los alcaides fronteros,
siempre tiñen sus aceros
con la sangre musulmana.
En una noche sombría,
cuando en los quietos hogares
la villa toda dormía,
el castillo disponía
sus aprestos militares.
De improviso, rechinando,
cayó el puente con estruendo,
y silenciosa marchando,
fué la mesnada saliendo
y en la Placeta formando.
Cerróse luego el rastrillo
y la gente congregada,
á la voz de su caudillo,
dejando atrás el castillo
rompió la marcha, callada.
En breve traspasó el muro
de la villa de Baena,
y, de la noche en lo obscuro,
tomó, con paso seguro,
el camino de Lucena.
Ya la tierra se alegraba
con los fulgores divinos
que el bello sol derramaba,
cuando la hueste llegaba
á los campos lucentinos.

Y á sus claros resplandores
dejóse ver la hermosura
de los bravos corredores,
y el brillo, temple y colores
de su traje y armadura.
Rompen marcha los primeros,
con bizarra gallardía,
mil osados mosqueteros,
cuyos disparos certeros
llevan la muerte por guía.
Y les siguen, arrogantes,
cuatrocientos caballeros
sobre corceles pujantes,
en cuyas armas brillantes
se parte el sol en luceros.
No bien pisan atrevidos
de Lucena los confines
cuando rumores perdidos
llegaron á sus oídos
de belicosos clarines.
Dan al viento su bandera,
y el rumor, que suena lejos,
lleva su planta ligera
al valle de Algarinejos,
del Genil en la ribera,
donde en rudo batallar
la granadina falange
de Boabdil y de Aliatar
hace á la Cruz vacilar
con los golpes de su alfanje.
Llegan al campo sangriento
los baenenses escuadrones

y con ímpetu violento
arrollan con ardimiento
los granadinos pendones.
Tintos van en sangre roja,
y aunque de coraje ruge
el bravo alcaide de Loja
y á contenerlos se arroja,
no pudo tener su empuje.
Ni á resistir las descargas
que los cristianos mosquetes
lanzan, en hileras largas,
bastan las finas adargas
de los árabes jinetes.
Pierde la vida Aliatar
bajo el terrible mandoble
de Don Alonso Aguilar,
y el Genil se llevó al mar
el horrible cuerpo inmoble.
Lucha Boabdil con fiereza,
y aunque de cerca seguido
por la morisca nobleza,
es, con heroica firmeza,
por los cristianos batido.
Mira su escuadrónpreciado,
en confuso desconcierto,
por todas partes cercado,
y en lance tan apurado
cayó su caballo muerto.
Sólo le resta la vida,
carga que quizás le pesa,
y siguiendo la escondida
ribera que el Genil besa,

salvarla quiso en la huida.
Mas, no bien la marcha emprende
por un oculto sendero,
un cristiano le sorprende,
que á sus súplicas no atiende
y le lleva prisionero.
De rico botín cargados
y de laureles ganados
en lid, do vencer supieron,
á su castillo volvieron
aquellos fuertes soldados.
Y el Monarca granadino
trocó la mansión serena
de su alcázar peregrino
por un torreón mezquino
del castillo de Baena. (8)

II

Miraba desde su torre
el Rey Boabdil, con tristeza,
de Martos y de Alcaudete
las azules cordilleras
que la suspirada vista
de su Granada le vedan;
al lado opuesto el paisaje
de las campiñas extensas,
lienzo gigante á que sirve
de marco Sierra Morena,

y á sus pies el hondo valle
que fertiliza el Marbella.
Indiferente y sombrío
la augusta mirada lleva
de un lado al otro sin darse
razón de lo que contempla.
Dió en su causa la fortuna
tan veloz y dura vuelta
que aún no sabe si es cautivo,
ó si con prisiones sueña.
¿Cómo en tan menguadas horas
pudo rodar su grandeza
desde la encumbrada Alhambra
al castillo de Baena?
Ayer Príncipe temido
de los creyentes, y hoy presa
de un infiel, que en una torre
como á siervo le sujeta.
Miraba el Rey una tarde,
desde un ajimez, la puesta
del sol, que en ópalo y grana
teñidas las nubes deja,
cuando fijando los ojos
en un jardín que rodea
con verde y angosta cinta
la torre donde se encuentra,
vió, que cogiendo unas flores
de olorosa madreselva,
muy cerca de sí tenía
una joven hechicera,
cuyas delicadas manos,
de rayos de luna hechas,

con envidia contemplaban
las vecinas azucenas.
Fijó la vista, al acaso,
en el ajimez la bella
y al notar que el Rey la mira
bajó pronta la cabeza
intentando retirarse,
cuando aquél le dijo: —Deja,
nazarena, que mis ojos
un instante más te vean.
No aumentes las amarguras
de un alma que llora ausencias
y que desde que te ha visto
es dos veces prisionera.
Alah, sin duda, te envía
para alivio de mis penas
y de tus hermosos ojos
las abrasadoras flechas
han penetrado en mi alma
que ya tuya se confiesa.
Ámame, cristiana hermosa,
y cuando á mi trono vuelva,
Boabdil será esclavo tuyo
y tú de Granada Reina. —
Mirando al Rey compasiva
la preciosa nazarena
quiso hablar, pero no dijo
una palabra su lengua;
en tanto que de sus ojos
desprendiéndose serenas
rodaban, una tras otra,
sus lágrimas á la tierra.

Guardó silencio el cautivo;
cruzó del jardín la puerta
la cristiana, silenciosa,
y la noche, que sus negras
sombras ya tendiendo iba,
dejó en misterio la escena.
En vano buscó en el sueño
Boabdil á sus males tregua
que el amor y las desdichas
le persiguen y desvelan.
Medió la noche y cansado
de contar las horas lentas,
cuando ya en todo el castillo
tan sólo la guardia vela,
á la ventana se puso
y vió, que en otra frontera
una luz se reflejaba
á través de las espesas
y cerradas celosías;
y pensando que tras ellas
alguien, sin duda, velaba,
surgió en su mente la idea
de que allí, por dicha suya,
y á su recuerdo despierta,
estaba, llorando á solas,
la huri de las madre selvas.
Tomó su guzla de oro,
pulsó las delgadas cuerdas,
y así le cantó á la hermosa,
con voz de ternura llena.

III

Azucena—de Baena (9)
abre tus hojas al sol del día;
desdeñosa—nazarena
abre á mi canto tu celosía;
abre sultana del alma mía.

Sultana hermosa de los jardines,
ramo de mirra, tazón de flores,
bajo la huella de tus chapines
nacen rosales, mirto y jazmines;
en cuyas ramas llenas de olores
hacen su nido los colorines,
duermen los genios de los amores
y buscan sombra los serafines.
¿Dónde hay belleza de criatura
que se compare con tu hermosura?

Tienes el cuello airoso
de la paloma,
y el aliento oloroso
como el aroma;
tus ojos puros
son ojos de gacela
dulces y oscuros.
Cristiana bella,

por ver un rayo de tu mirada,
sentir tu aliento, seguir tu huella,
yo te daría
el mejor carmen de mi Granada,
mi mejor torre de Andalucía.

Sultana, hermana de las huries
que los jardines del cielo moran,
tus dos mejillas son carmesíes
como granadas que se coloran;
tus labios rojos como rubíes,
y me parecen cuando sonríes
los dientes puros que en sí atesoran
corderos blancos entre alhelies.
¿Quién es el hombre que te merece?
¿Quién la que hermosa te se parece?

Tu cintura es esbelta
como las palmas,
tu cabellera suelta
red de las almas;
suave tu acento
como el rumor del agua
y el son del viento.
Cristiana hermosa,
de tus cabellos por solo un rizo,
por tu sonrisa más desdeñosa,
yo te daría
mi castillejo más fronterizo,
mi mejor puerto de Andalucía.

Si tú admitieras, linda cristiana,
las verdaderas creencias mías,
á mi suntuosa corte africana
como mi esposa me seguirías.
Tendrias fiestas todos los días,
sortija y toros cada semana,
y en mis palacios habitarías
de mis vasallos como sultana.
¿Quién no te hablara puesto de hinojos?
¿Quién en tí osara poner los ojos?

Garza sobre una peña
mal anidada,
ven conmigo á ser dueña
de mi Granada.
Vuela sin ruido,
las torres de la Alhambra
serán tu nido.
Bella cristiana,
si te vinieras á ser mi esposa,
para que fueras sola y sultana,
yo te daría,
para tu esclava mi alma amorosa,
para tu alcázar mi Ándulucía.

Azucena—de Baena
abre tus hojas al sol del día;
desdeñosa—Nazarena
abre á mi canto tu celosía:
abre sultana del alma mía.

I V

Guardaba el Conde de Cabra
con el Monarca agareno
las más delicadas formas
de atenciones y respeto,
tanto por que sus instintos
le encaminaban á ello
cuanto porque así, magnánimos,
sus Reyes lo dispusieron;
y en cuanto no se oponía
al seguro del arresto
era allí de sus acciones
Boabdil el único dueño.
Su edad era aproximada
á cinco lustros, su aspecto
gentil y noble, su rostro
ligeramente moreno,
y acusaba al hombre ducho
del harem en los misterios
su mirar dulce, impregnado
de tristezas y deseos.
Gozaba trato continuo
con los más cercanos deudos
del Conde, que fué, inconsciente,
de sus amores tercero,
y de tal modo marcharon
en el asunto de acuerdo

la ambición, hija del crimen,
y el amor, hijo del cielo,
que ambas pasiones unidas
en maridaje funesto
de la cristiana cobarde
se anidaron en el pecho
y á renunciar Dios y patria,
al cabo la decidieron.
Prometió á Boabdil que huiría
de aquel castillo, en secreto,
cuando ya libre en Granada
él recobrara su reino,
y allí, conforme á los ritos
de coránicos preceptos,
su religión dejaría;
dichosa con él partiendo
como Reina y como esposa
una corona y un lecho.
Estimó, Boabdil, en tanto
de aquel corazón el precio
que, á su vez, quiso dejarle
de su cariño un recuerdo.
Se quitó un hermoso anillo
donde llevaba el real sello,
grabado en una esmeralda,
y se lo entregó diciendo:
—Testigo de mis promesas
esta memoria te dejo;
su cifra sobre Granada
te da de Reina derecho,
y en Alah y en ti confío
que muy pronto nos veremos

en la Alhambra, donde juntos,
olvidando este destierro,
cumplidas veré en tus brazos
las venturas con que sueño.—
Poco después llegó al Conde
urgente mensaje regio
ordenándole llevara
á Córdoba el prisionero
reuniendo para escoltarle
lucido y amplio cortejo
de lo más florido y noble
en los comarcanos pueblos,
para honor del real cautivo,
y honra del propio concepto.
Pronto de Cabra y Lucena,
de Aguilar, Luque y Zuheros,
desplegando lujo y galas
los jinetes más apuestos
de la cristiana nobleza
con el Conde se reunieron,
y llevando entre sus filas
al Rey de Granada preso
se alejaron de Baena,
llegando á Córdoba luego,
donde dieron al buen Conde
muestras de su real aprecio
los Católicos Monarcas;
y dada á su misión término
con la entrega del cautivo,
el Conde y sus caballeros
á sus villas y lugares
retornaron satisfechos.

V

Quebrantando duras peñas
de las montañas luqueñas
feliz el Marbella nace,
y al romperlas se deshace
en mil cascadas risueñas.
Su clara linfa desata
en azogados espejos,
manso, su curso dilata,
y va á perderse á lo lejos
como una cinta de plata.
Ya corre el verde camino
lleno de apacible encanto,
ya, en furioso torbellino,
de espumas extiende un manto
en la rueda del molino.
Impregnándose de olores,
sus cristales bullidores
entre mil huertos desliza,
donde riega y fertiliza
árboles, plantas y flores.
En sus márgenes amenas
son más bellas las auroras,
huyen del alma las penas,
y al que sufre, son las horas

más breves y más serenas.
En aquel bello lugar,
apenas el moro ido,
fué la cristiana á ocultar
la zozobra y el pesar
de su corazón herido.
Resbalaba el tiempo lento
y más sus penas crecían,
porque, con doble tormento,
unidos la perseguían
amor y remordimiento.
Y tal crecieron sus males
con los ensueños venales
de su temeraria empresa,
alarmando en la Condesa
los instintos maternales,
que en rumbo opuesto las dos,
mientras la joven impia
de un crimen volaba en pos,
la madre, tierna ofrecía
por ella votos á Dios.
Ya las delicadas flores
en dulces frutos cambiaron
los estivales calores,
cuando al Marbella llegaron
dos apuestos corredores.
Era cortés embajada
que a la Condesa venía,
por el Rey Boabdil mandada,
que ya libre se volvía
á su reino de Granada;
en que el Monarca africano,

feliz, antes de cruzar
el límite castellano,
solicitaba besar
á la Condesa la mano.
La noble dama accedió
del Rey á las pretensiones,
mucho en su casa le honró,
honra que aquel le volvió
en ricas joyas y dones.
Y á Francisca, que tal era
el nombre de la hermosura
que su corazón venera,
la dió una hermosa pintura,
extraña sobremanera.
No hiciera el regalo honor
á un moro, que allí pintada,
Francisca, vió con terror,
la Faz, humilde y llagada,
del Divino Redentor.
Se ausentó Boabdil, y en vano
luchaba por descifrar,
la nazarena, el arcano
que en aquel cuadro encerrar
quiso el regio mahometano;
cuando al separar un día
la tela rica y sutil
que la tabla revestía,
vió que al respaldo tenía
el retrato de Boabdil.
Enconó el hallazgo tanto
de aquel corazón la herida,
que deshaciéndose en llanto

y besando el Rostro Santo
no era ya su vivir vida.
Flaca su carne y llagada;
de su amor y su pecado
contrita, si no curada;
bajo el cariño y cuidado
de aquella madre apenada;
discretamente asistida
de un religioso, que en ella
encendió la fe perdida,
buscó, por fin, la doncella,
la paz del claustro escondida.
Y aunque dar castigo pleno
quiso al retrato, no pudo
quemarle, que el agareno
encontró iglesia y escudo
en la Faz del Nazareno.
Profesó, y ya religiosa
cuentan, que en el mismo día,
por curación milagrosa,
se libró de la infecciosa
lepra que la corroía.
La oración, la penitencia
y los años que corrieron
acortando su existencia,
á Francisca devolvieron
la calma de la conciencia.
Ya anciana, miró la muerte
llegar, con serena calma;
dió al suelo su cuerpo inerte
y á Dios entregó su alma
en fe y esperanza fuerte.

Y para cerrar la historia
os diré que, en paz serena,
de sus despojos la escoria,
aún guarda losa mortuoria
del convento de Baena (10)





La Torre de la Malmuerta

I

Hay en Córdoba una torre
llamada de la Malmuerta
cuyo origen se remonta
á cinco siglos de fecha,

y á la cual dieron el nombre
que, como entonces, hoy lleva
en memoria de un suceso
que á la gente cordobesa
llenó de espanto y de luto
según las crónicas cuentan.
Reinaba el tercer Enrique
en Castilla, y por su Alteza
la noble ciudad regía
un Conde de edad provecta,
cuyo escudo, no heredado,
con tenantes y cimbras
de su dueño pregonaba
el valor y las proezas.
Jugó al veterano Conde
el ciego amor mala treta
y locamente prendado
de Doña Clara de Herrera,
joven que si cumplió quince
los veinte mayos no cuenta,
casó con ella, olvidando
aquel adagio que enseña
que unión de viejo y de niña
graves peligros encierra.
Era la joven esposa
tan recatada y honesta
que nunca halló la malicia
punto vulnerable en ella.
Mas, como á un viejo marido
bastan sus propias flaquezas
para ver en todas partes
celos, dudas y sospechas,

fueron en el matrimonio
las dichas tan pasajeras,
que si el alba las vió vivas
la noche las lloró muertas.

II

Marchitas las rosas
del semblante bello,
rojas las pupilas
del llorar sin cuento,
perdonando ofensas
que injustas la hicieron,
la infeliz esposa,
con amante empeño,
le juraba al Conde,
una vez y ciento,
que nunca turbaron
su tranquilo pecho
sombras ni fantasmas
de impuros deseos.
Sus frases sencillas,
su rostro sereno
do el candor rielaba
como en limpio espejo,
su voz persuasiva,
su dolor intenso,
eran para el alma

de su ingrato dueño
disimulos torpes
de pecados ciertos.
Y el tiempo pasaba
con rápido vuelo,
y aquellos deslices,
jamás descubiertos,
tan hondo turbaron
del Conde el cerebro,
que, el freno perdido
de humanos respetos,
tan sólo anhelaba
sacar del misterio
la oculta, hasta entonces,
razón de sus celos.
Llegó á su noticia
que al cabo del pueblo
en calle apartada
de mísero aspecto,
moraba una vieja
que en artes secretos
trataba, encontrando,
con mágico acierto,
la clave escondida
de ocultos sucesos.
Envuelto en su capa,
calado el sombrero,
cuando ya tendía
sus crespones negros
la callada noche,
penetró en silencio
por el paso obscuro

de un portal estrecho
solitario el Conde:
se acercó resuelto
á una angosta puerta,
llamó y desde dentro
—¿quién es? preguntaron.
—Soy un caballero
que hablaros prentende,
dijo aquél, y luego
por la entrada lóbrega
del postigo abierto
penetró en la estancia;
cerraron de nuevo,
y el silencio triste
se quedó desierto
el recinto oscuro
del portal estrecho.

III

Conducido el Conde
por la mano de negra criada,
cuyo cano y motoso cabello
de sus años la suma delata,
llegó hasta una puerta
á través de la cual se escapaba,
con tenues reflejos,

acre tufo de cera quemada.

—Entrad, dijo aquélla,
y esperad, que vendrá sin tardanza
mi dueña y señora.—

Y alejóse, dejando cerrada
la puerta, y el Conde
se halló en una estancia
de muros enanos,
de bóveda chata,
revestida de negras bayetas
y en ellas pintadas
toscamente, de verde y pajizo,
calaveras y tibias humanas,
signos misteriosos,
animales de formas extrañas,
inmundos reptiles,
de beleño simbólicas plantas,
y trepando, sutil y asquerosa,
por do quiera, la vil salamandra.
Cuatro velas de cera amarilla,
humeando y ardiendo rehacias,
la estancia medrosa
entre luz y tinieblas dejaban.

Valiente era el Conde,
mas, sintió, con visión tan ingrata,
vacilar, de estupor, un instante,
el sereno valor de su alma.

Repuesto ya y solo,
sin temor á pueriles patrañas,
fué leyendo los rótulos breves
de redomas, y frascos, y cajas
que, en orden perfecto,

de paredes y techos colgaban.

Espinas de erizo,
de la hiena feroz las entrañas,
viboreznos de chatas cabezas,
de la arpia la lengua y las alas,
ceniza del fénix,
de la nutria los pies y la grasa,
del tejón la uña,
del azor la garra,
del mortal basilisco la cola,
de la sierpe cabeza y escamas,
veneno de áspid
que súbito mata,
del lince los ojos,
del ciervo la taba,
del ahorcado la soga y las uñas,
la piedra que guardan
en su nido las águilas negras
y del perro rabioso la baba.

Opio, belladona,
beleño, mostaza,
ruda, adormideras,
mandrágora, salvia,
belesa, cicuta,
marrubios, algalia,
hierba mora, romero, melisa,
cebolla albarrana,
con mil untos y filtros dispuestos
por el arte y saber de la maga.

De improvisa aquélla,
cual si oculto poder la evocara,
se presenta al Conde

que paróse, suspenso, á mirarla.

Era una morisca
de cetrino color, y en su cara
las huellas del tiempo
muy visible dejaron su marca.

Túnica amarilla
con simbólicas letras bordadas,
al talle sujeta
por cintillo que sedas esmaltan,
de mangas perdidas
y arrastrando la cola, no escasa,
con negra coraza
que el nevado cabello ajustaba,
tal era su traje;
y en la mano varilla de plata,
talismán de secretas virtudes,
á un anillo con arte engarzada.

Sentóse en un tripode,
murmuró misteriosas palabras
y, hablad, dijo al Conde,
la sibila propicia os aguarda.

IV

Se acercó el Conde altanero
la mano puesta en la daga
y,—sabad, dijo á la maga,
lo que busco y lo que quiero.

Yo aquí buscando he venido
la verdad de cierto arcano,
si la descubre esa mano
sabré ser agradecido.
Oro os daré á manos llenas;
mas, si llegáis á engañarme,
no ha de bastar á pagarme
la sangre de vuestras venas.
Casé con joven señora
y desde aquel mismo instante
sólo he visto en su semblante
huellas de que sufre y llora.
Aunque dice que me ama
con mucha duda lo creo;
que no es feliz, bien lo veo
por el llanto que derrama.
Pero, me falta saber,
y en eso estriba mi empeño,
si tiene más grato dueño,
que, al fin, mi esposa, es mujer.
Decidme, pues, la verdad,
que, feliz ó desdichado,
quiero salir de este estado
de dudas y de ansiedad.—
Tomó un tazón la hechicera
lleno de un líquido rojo
en que nadaba á su antojo
una astilla de madera.
Luego, una vela amarilla
de las que estaban a:diendo,
entregó al Conde, diciendo:
—Echad gotas en la astilla.

Y si llegáis á contar
el número que imagino
cuando en este pergamino
yo un signo llegue á trazar,
será favorable indicio,
y así, contad con cuidado.—
Mas, no bien hubo acabado
la pítónisa su oficio
cuando contó treinta y tres:
—Basta, dijo la hechicera;
propicio sobremanera
el oráculo nos es.
Sentáos junto á esta mesa
de este espejo cara á cara
y en él, de manera clara,
veréis cuanto os interesa.
Bebed este filtro ahora,
y á su mágico poder,
sabréis si vuestra mujer
os engaña ú os adora.

V

Sentóse el Conde, y luego que el filtro hubo bebido
fijó en aquel espejo mirada y corazón;
allá, en su limpio fondo se vió reproducido,
sin que otra cosa alguna llamara su atención.

Poco á poco sus miembros en laxitud creciente
perdieron la energia de su calor vital;
sopor irresistible cayó sobre su frente,
latiendo sus arterias con ritmo desigual.
Sus ojos dilatados inmóviles seguían
clavados en la luna de aquel espejo infiel;
objetos, luz y sombra reunidos confundían;
todo pasaba ante ellos confuso y en tropel.
Luego, en tranquila calma, como cadáver yerto,
en lánguido colapso todo su ser quedó,
en tanto que en su mente juzgaba ver despierto
que el fondo del espejo más claro se mostró.
Y vió una rica sala cuyos objetos varios
puertas y colgaduras creyó reconocer,
y cifras enlazadas en sillas y en armarios
donde su propio nombre pudiérase leer.
Y una mujer hermosa también aparecía
en lánguido abandono cabe gentil galán;
mentidas ilusiones que el filtro producía
en el tenaz delirio de su celoso afán.
Y el Conde estremecido reconoció en la bella
que así le traicionaba la esposa á quien amó,
y en el apuesto joven que allí estaba con ella
algún rostro, no extraño, que en otra parte vió.
Tremenda sacudida sus nervios dispararon
ya libres del efecto de aquel filtro ruín,
sus miembros lentamente la vida recobraron
y á su normal estado miróse vuelto al fin.
Todo cuanto en el sueño, por su desdicha viera,
lo reputó por cierto, rugiendo de dolor;
un repleto bolsillo dejóle á la hechicera,
corriendo á su morada cual ángel vengador.

Subió loco á la estancia de la infeliz Condesa
que aún le esperaba, sola, rezando en un sitio;
rezo que ahogó en sus labios la criminal sorpresa
garganta y pecho heridos del rápido puñal.
Pronto sembró el espanto el crimen inaudito
que fué de boca en boca corriendo la ciudad;
prendieron luego al Conde por tan atroz delito
pidiendo al Rey castigo sin tregua ni piedad.
El pueblo todo quiso rendir de amor tributo
á la infeliz esposa que al seno de Dios fué,
y nobles y plebeyos vistiéronse de luto
hasta que sobre el crimen el Rey su fallo dé.

VI

No tardó el Rey Don Enrique
en conocer la tragedia
que arrebató en flor la vida
á Doña Clara de Herrera,
y queriendo de su celo
en todas partes dar muestra,
corrió á juzgar por sí mismo
á un miembro de la nobleza
que manchó su nombre y fama
de tan criminal manera.
Arribó, tras breves días,
á la ciudad cordobesa,

y abierto, al punto, el juicio,
que abonaba su presencia,
examinados despacio
los testigos y las pruebas,
no habiendo duda ni sombra
que empañara la inocencia
de la infeliz Doña Clara,
y visto que si fué muerta
por el Conde su marido
éste fué víctima ciega
de los celos, avivados
por artes de una hechicera,
vengando así su deshonra
que, aunque en sueños, miró cierta;
presentes los acusados,
dictó el Monarca sentencia.
A la morisca, culpada
de practicar magia negra,
siendo la causa del crimen,
se la condenó á la hoguera.
Y al Conde le dijo el Rey.
—Vuestra esposa fué mal muerta,
en castigo de tal culpa
hundiréis vuestra vivienda
y allanando los escombros
se alzaré, á vuestras expensas
en el solar una torre,
tan robusta como bella,
y será mudo testigo
que á las gentes venideras
contará vuestras desdichas
pregonando mi clemencia.

Y para que unidos vayan
estos sucesos á ella,
se llamará desde ahora
la TORRE DE LA MALMUERTA (11)





La Virgen de los Angeles

*Al ilustrado médico
D Vicente Martínez.*

I

—Israelita hermosa
perla de tu raza
gloria de Baena
peregrina Sara,

si á la sed de amores
que mi pecho abrasa
la copa ofrecieras
de tus lindas gracias,
fueran alcatifa
de tus breves plantas
glorias de mi nombre
timbres de mi casa
con cuanto es y vale
César de Villalba.
—Caballero noble,
de la roja banda,
en vano atrevido
la calle me ataja,
que aunque atenta escuche
su garrida fabla
y me admire y rinda
su presencia hidalga,
nunca ha de otorgaros
la israelita nada;
que mi fe y la suya,
cual nubes contrarias,
cuanto más se acercan
más rayos desatan.

II

Tales frases cambió un día
hollando el cristiano fuero,
dentro de la judería,

un bizarro caballero
con una bella judía.
Y diz que loco de amores
tanto su tierna tarea
extremó, que los rigores
logró cambiar de la hebrea
en cariño y en favores.
Desde entonces dió á barato
su gloria y nombre en la villa,
del Millah frecuentó el trato
y dió culto, sin recato,
á la mujer que le humilla.
Era don César valiente,
de gallardo continente,
de noble estirpe nacido,
liberal, nada prudente,
jurador y mal sufrido.
Ganó fama con su acero
de valeroso caudillo,
y el Rey Fernando Tercero
le hizo nombrar del castillo
lugar teniente primero.
Tanto extremó la vehemencia
de aquel amor sin medida
que la pública conciencia
protestó del caso, herida
en su más santa creencia.
El pueblo clamó indignado
contra tales desafueros,
y el Rey, del caso enterado,
le hizo llevar arrestado
al Castillo de Zuheros.

Más, no atajó la porfía
de sus amantes locuras
tal rigor, pues se decía
que en las noches más oscuras
entraba en la judería.
Y tal rumor era cierto,
pues, en un lugar desierto
del camino de la villa,
un día, con freno y silla,
se halló su caballo muerto.
Don César no pareció,
y en vano se le buscó.
Por caminos y senderos,
ni más al Melláh volvió,
ni al castillo de Zuheros.

III

Acaba su breve curso
un día del crudo invierno
y extiende la noche triste
sus sobras y sus misterios.
Del horizonte lejano
llegan rumores de trueno
y negras nubes concita
el huracanado viento.
Presintiendo la borrasca
caminantes y labriegos

buscaron, temprano, asilo
en los hogares del pueblo
y antes que el sol ocultara,
sus enfermizos reflejos
tras de la sierra vecina
el campo quedó desierto.
Pronto la tormenta estalla
y relámpagos siniestros
cruzan el oscuro espacio
como culebras de fuego.
La lluvia espesa desciende
en torbellinos revueltos
convirtiendo en anchos ríos
los humildes arroyuelos.
No hay rumor que el fragoroso
luchar de los elementos
no apague; solo el graznido
de pájaros agoreros,
en los instantes de calma,
resuena triste, y el eco
también, á veces, se escucha
de un extraño martilleo,
que parece ser el trote
de un cababallo que va hiriendo
con el casco los guijarros
del camino de Zuheros.
Se acerca el rumor, y á poco,
entre los girones densos
de la niebla que se extiende
de los valles á los cerros,
aparece la figura
de un bizarro caballero

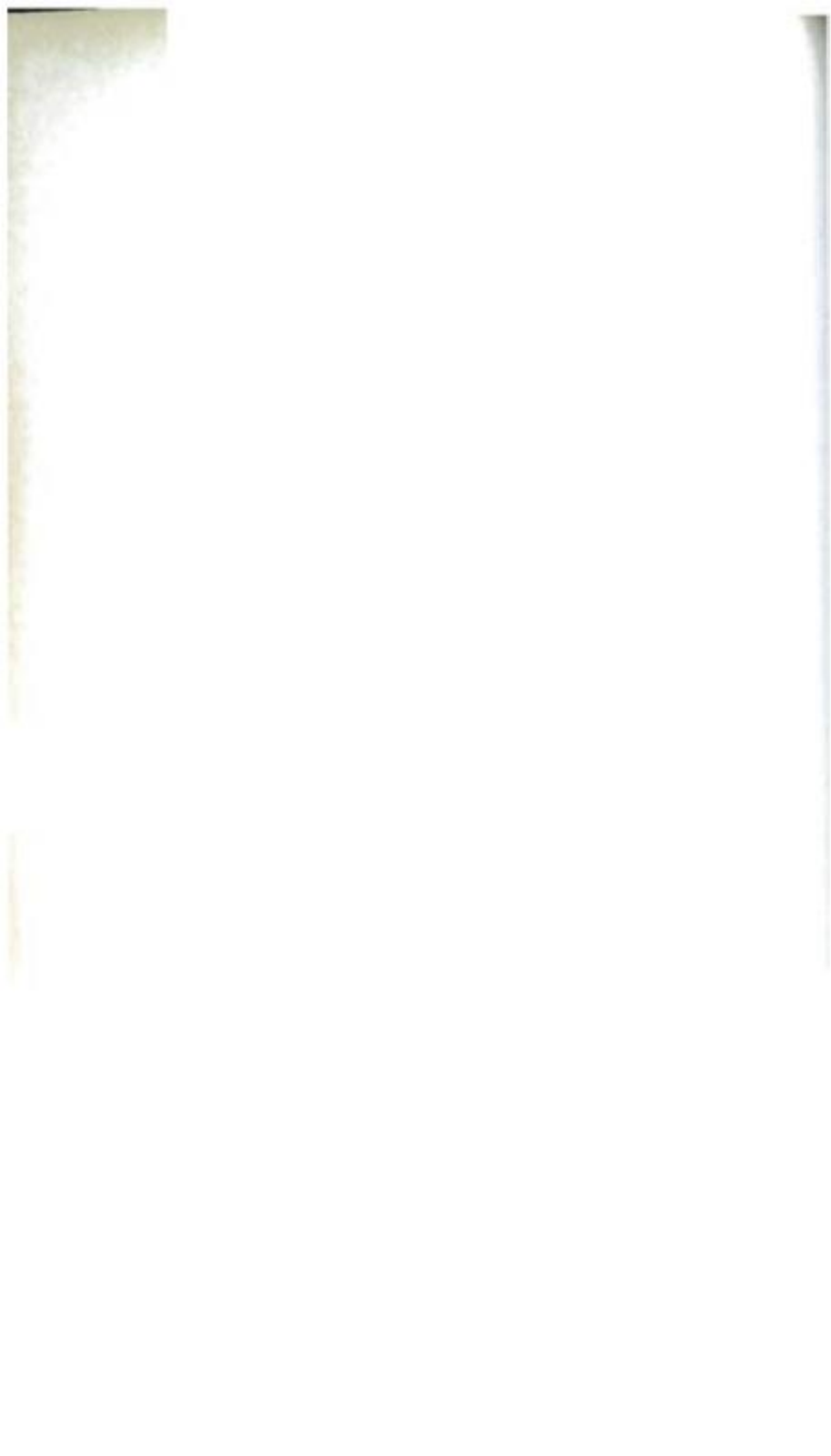
sobre un caballo que avanza
á trote tan alto y suelto,
que se cuentan los compases
de su marcha por el seco
repicar de la herradura
en la vaina del acero.
Es Don César de Villalba
que sin duda más atento
va en noche tal, según corre,
á ganar leguas y tiempo
que al peligro de perderse
en camino tan incierto.
Aún persiste largo rato
en su caminar sintiendo
y al fin advierte que marcha
por olivares espesos,
entre tinieblas profundas,
sin camino ni sendero.
Hunde los pies el caballo
en el lodoso barbecho
y se fatiga y resopla
de espuma y sudor cubierto.
Anima el jinete al bruto
con votos y juramentos
clavándole las espuelas
cuando se rinde á su peso
y obligándole á que trote
por barrancos y repechos.
Ruge la tormenta en tanto,
el agua sigue cayendo
y los relámpagos ciegan
con su vivo centelleo.

El caballo ya no trota,
los castigos y reniegos
del jinete no le sacan
de paso penoso y lento.
Sale de los olivares
á un peligroso recuesto
donde crecen entre riscos
altos y robustos brezos
que entrelazando el ramaje
embargan sus movimientos.
De improviso se detiene
con espanto y no hay esfuerzo
que á dar un paso le obligue;
su instinto adivina el riesgo
que allí le espera; un abismo
hay á sus pies, encubierto
por la maleza; el jinete
blasfema y se obstina ciego
en proseguir, impulsado
por el aguijón funesto
de un amor que su alma pone
á las puertas del infierno.
La rienda afloja, inclinando
sobre las crines el cuerpo,
y en los ijares del bruto
clava con fuerza los hierros.
Una imprecación horrible
lanza su labio blasfemo
y hace saltar al caballo
que con rápido descenso
se despeña, mientras baja
tras él su tozudo dueño

cortando rápido el aire
con ambos brazos abiertos.
Sus manos crispadas chocan
con la rama de un enebro
donde hacen presa, quedando
sobre el abismo suspenso.
La viva luz de un relámpago
alumbra entonces el seno
del barranco donde yace
el noble caballo muerto;
y al ver Don César el trance
de muerte donde está puesto
en alta voz pide amparo
á la reina de los cielos,
prometiéndole contrito
que si piadosa su ruego
escucha, labrará el mismo
en aquel lugar, un bello
retrato de la Señora,
en la dura piedra y luego
le consagrará sus días
en apartado convento.
De pronto miró á su lado
llegar, con rápido vuelo,
una luciérnaga hermosa
que se detuvo un momento
y después se fue alejando,
muy despacio, corto trecho.
Suspendido de la rama
la miraba el caballero,
cuando ya falto de fuerzas
su fin estimaba cierto.

Y al ver tornar a su lado
la luciérnaga de nuevo
más baja, cual si a sus ojos
mostrarles quisiera el suelo
donde el árbol arraigaba,
todo el sencillo misterio
claro se mostró a sus ojos;
cobró su perdido esfuerzo
y pasando de la rama
al tronco, deslizó el cuerpo
hasta tocar en la tierra,
y siempre a la luz atento
que la luciérnaga esparce
la fué siguiendo, siguiendo,
hasta llegar libre y sano
al camino de Zuheros.
Cinceló después la imagen
en el peñasco y, cumpliendo
su promesa, fué a ocultarse
en un pobre monasterio,
donde consagró sus días
a penitencias y rezos
teniendo siempre en la Virgen
su amor y su pensamiento. (12)







La Virgen de Consolación

I

Allí, coronando
la cumbre del cerro,
de murallas cercada, y de torres
que deshace la huella del tiempo,
deja ver la vetusta almedina
la alta torre de gótico templo
y a su lado, humildes,
las techumbres de viejo convento,
y torres fornidas,
y muros deshechos
de un antiguo castillo que supo
abatir a dos Reyes el cetro. (13)
Ancha torre, que al cauce profundo
del Marbella se asoma con miedo,
por un viejo arco,

al cerrado recinto da acceso,
y bajo la bóveda,
del muro en un hueco,
de la Virgen se ve con su Hijo
una imagen pintada en un lienzo.
El nombre dulcísimo
a la Virgen le dan del Consuelo,
pero, nadie sabe
quien allí la ha puesto,
ni quien fue el artista
que a su rostro bello
animó de la gracia y ternura
con que mira piadosa a su pueblo.
¿Queréis que os relate
con sencillos y fáciles versos
de la santa Virgen
la leyenda, que guarda el misterio?
Pues bien, escuchadme,
que ya bullir siento
en mi mente, de tiempos pasados,
mil confusos y vagos recuerdos,
y evocada por santos conjuros,
que inspiraron al bardo sus sueños,
una vaga sombra
a mi oído se acerca en silencio
y en voz baja, que yo solo escucho,
me refiere la historia que os cuento.

II

Del mahometano alcaide de Baena

en el harem, que los eunucos guardan,
se agitan bulliciosas
y alegres las esclavas.
De un baño de alabastro,
como Venus saliendo de las aguas,
una hermosa doncella
ruborosa y desnuda se levanta.
Sobre su cuerpo vierten
perfumes de la Arabia;
con cendales de lino
cubren sus carnes, como nieve blancas,
y con joyantes sedas,
de bordados en oro recamadas,
la visten cuidadosas
á la morisca usanza.
Dobles collares de irisadas perlas
ciñen á su garganta;
al desnudo tobillo
aros ajustan de luciente plata,
y al brazo, aureas ajorcas
de rica filigrana.
Es una nazarena
á sus padres robada
que cual rico presente
al harem se destina del Monarca.
La luz del nuevo día
la encontrará camino de Granada,
porque el baenés caudillo
gran recompensa de su Rey aguarda.
Triste está la doncella,
amargo llanto empaña
los cristales purísimos

de sus ojos de garza,
que entre rubor y espanto verá pronto
bárbaramente su pureza hollada.

Su espíritu batiendo
de la oración las impalpables alas
se eleva al cielo y dice:
-¡Oh Virgen del Consuelo sacrosanta!

tú, pura entre las puras,
libra mi cuerpo de lasciva mancha
y á ti será mi virginal pureza
por siempre consagrada.-

Mira, y se encuentra sola
en la lujosa estancia;
de rodillas y en cruz vuelve á su ruego,
cuando una hermosa dama
á ella llega y le dice:

-Ya es hora de que partas;
sígueme que te esperan.-

Levantóse, temblando, la cristiana
y de aquella mujer, que parecía
morisca por su traje y por su cara,
siguió, muda, los pasos,
admirando la gracia

con que á su cuerpo se plegaba el traje
de transparentes gasas.

En pos una de otra
atraviesan las puertas del Alcázar
y siguen luego juntas
una calle pendiente y solitaria,
hasta dar en la torre
que al recinto da entrada.
Rendida al sueño encuentran

la numerosa guardia;
sin ser vistas descienden hasta el valle;
la matrona se para
y a la cristiana dice: -Ya estás libre;
mira á la luz que reverbera el alba
por el blanco camino
que de la sierra baja,
cómo hacia aquí se acerca
un escuadrón de lanzas;
es del tercer Fernando
la temida vanguardia:
corre á su encuentro, pero no me olvides,
que mi dulce consuelo nunca falta
á las almas piadosas
que de veras me llaman.-
Desapareció la dama como niebla
que el aire manso arrastra
y retornó la joven
pura y libre á su casa.
Conocido el milagro de la Virgen,
cuando al moro la villa fué tomada
bajo del arco que pasar la viera
el lienzo se fijó que la retrata,
y aún parece que brotan de sus labios
aquellas sacratísimas palabras
con-que brinda consuelo
al que humilde la llama.







Mahomad.

I

Apenas las altas torres
de la morisca Granada
coloran sus capiteles
con los reflejos del alba,
cuando el Rey Mahomad Segundo,
que en un overo cabalga,
á largo trote atraviesa
la plaza de Bibarrambla,
de cien alcaides seguido
que cien pendones levantan
á cuya sombra congregan
diez mil valerosas lanzas.
No de fiestas y torneos

visten artísticas galas
ni bonetes que coronen
plumas azules y blancas;
que entre bélicos arreos
bruñidos cascos irradian,
pesados alfanjes ciñen,
fuertes escudos embrazan
y el pecho llevan cubierto
con finas cotas de malla.
¿Dónde van? Sin duda alguna
á la frontera cristiana;
que en intestinas discordias
Castilla se despedaza
y apenas si la prudencia
de su buena madre basta
á librar al joven Rey
de traidoras acechanzas;
mientras los bravos caudillos
de las fronterizas plazas
sin socorros y sin gente
huérfanos de su Monarca,
habrán de rendir al peso
de las sarracenas armas
con sus espadas invictas
las fuertes villas que guardan,
dando la vida con ellas
en servicio de su Patria.
¡Allá van! Cual torbellino
los campos queman y talan
de la villa de Alcaudete
cuyas sonoras campanas
tocando al arma coronan

de guerreros las murallas.
Mahomad sus gentes ordena
y al asalto se prepara,
mientras los fuertes cristianos
sobre la cruz de su espada
juran vencer en la lucha
ó morir en la demanda.
Nubes de aceradas flechas
cruzan el aire contrarias
y con sorda gritería
por todas partes avanzan
hordas de moros que aplican
á los muros las escalas.
Los valientes caballeros
de la cruz de Calatrava
uno contra diez combaten
con indómita pujanza;
pero se esfuerzan en vano,
que la fortuna voltaria
á los árabes da el rostro
y á los cristianos la espalda.
Ya ganaron las almenas,
ya las duras cimitarras,
de los vencidos que huyen
en roja sangre se bañan.
Entran á saco la villa
y tras horrible matanza
los hombres llevan cautivos
y las mujeres esclavas.
De las torres del castillo
la enseña de la Cruz baja
y sube á ocupar su puesto

la media luna africana.
Cambió de señor la villa;
llegó la noche callada,
y á los horrores del día
sucedió, triste, la calma.

II

Aún no mostraba en Oriente
el sol sus doradas hebras
cuando en poder de un alcaide
el pueblo ganado deja
Mahomad y toma el camino
de la villa de Baena.
Tras breve marcha descubre
la cristiana fortaleza
que como nido de halcones
en la Almedina se asienta,
donde ve lucir señales
que llaman á la defensa.
El atrevido africano
con grave pompa despliega
por la llanura vecina
sus victoriosas enseñas
con belicoso aparato
de cajas y de trompetas.
Los baenenses no desmayan,
y con las gentes de guerra
que desde el castillo envía
el buen Alonso Sahavedra,

los vecinos, animosos,
aparecen con presteza
del Albaicín en el muro
del arrabal en la puerta,
donde con heroico esfuerzo
vencer ó morir esperan.
Feroz es la arremetida
de las tropas agarenas,
sangrienta y breve la lucha,
inútil la resistencia.
La puerta salta en astillas
y en la confusión horrenda
vacilan los defensores
que hasta el Coso se repliegan.
¡Victoria! gritan los moros
y en el arrabal penetran:
Mahomad ya dueño se juzga
de la codiciada presa
y al Alcázar se dirige,
cuando la hueste rehecha
de los valientes cristianos
con acometida recia,
á la voz de Payo Arias,
de Córdoba y de Sahavedra
y de Martínez Argote
que marchan á la cabeza,
á cuchilladas abate
la media luna soberbia
que humillada y perseguida
deja la villa que incendia.
Tomó Mahomad de Granada,
escarmentado, la vuelta;

dos años después moría
y hasta que bajó á la huesa
no se borró en su memoria
el recuerdo de Baena (14)





La Peña de los Enamorados

I

Es el bravo Don Gómez de Hínestrosa
un noble caballero
de aragonesa estirpe, rico y mozo,
que logra ser por su invencible acero,
cuando apenas su labio cubre el bozo,

entre los escogidos, el primero.
Señor de un pingüe estado,
de gallarda presencia y apostura,
en las sangrientas lides señalado,
lleva rica armadura
con guarniciones de bruñida plata,
rige el ardor de un andaluz caballo
que cuando á los contrarios desbarata,
sobre los moros que su dueño mata
hunde feroz el callo.
No hay en Castilla toda
un caballero que en la lid reñida
al doncel Hinestrosa se adelante,
ni en la corte aguerrida
del árabe Monarca de Granada
hay un alcaide que á esperar se atreva
el golpe de su espada;
que al rayo semejante,
siempre la muerte suspendida lleva
de su brazo pujante.

II

Pone cerco á Antequera
el denodado Infante Don Fernando
que numeroso ejército acaudilla,
y sumisa á su mando
viene á luchar contra el morisco bando

la escogida nobleza de Castilla.
De su corte en presencia
jura el gallardo Infante
en manos del Obispo de Palencia,
no desnudar las armas un instante,
hasta dejar plantado por su mano
sobre las altas torres de Antequera
el pendón castellano.
Y poniendo las suyas en el pecho
juran también sus nobles Capitanes
no descansar hasta mirar deshecho
el fuerte muro, que caerá á despecho
de los bravos caudillos musulmanes.

III

Muralla inexpugnable
la morisca ciudad guarda y rodea,
y un castillo, de altura formidable,
en cuya cima ondea
el árabe estandarte de Granada,
á su defensa vigilante atiende;
y al ver cómo se extiende
por los sagrados campos del contorno
la altiva enseña de la fe cristiana,
coronan las almenas,
sedientas de la sangre castellana,
las aguerridas tropas agarenas.

Fernando no se abate
ni mide el riesgo de su grave empresa
y al patrio impulso que en su pecho late,
cual tigre hambriento que atisbó su presa
se arroja con sus gentes al combate.
Tiembla sorda la tierra
bajo el choque violento
que producen las máquinas de guerra
agitando el cimiento
de la altiva muralla, do pretenden
abrir los sitiadores larga brecha
que el triunfo de sus armas asegure;
no hay quien morir matando no procure,
quién arroja la lanza, quién la flecha;
quién intenta ganar el alto muro
y con paso inseguro,
esgrimiendo la espada con la diestra,
sube ayudado por amigo empuje,
mientras á la escala que vacila y cruje
aferra la siniestra.
Y al alcanzar la meta deseada
logra saber á costa de la vida
que fué tan peligrosa subida
como fácil y pronta la bajada
Resisten los sitiados,
con heroico valor, los repetidos
asaltos de los bravos sitiadores,
que de la ruda lucha fatigados,
regresan á su campo, no vencidos,
pero sin el laurel de vencedores.

I V

Cuando el Rey de Granada á saber llega
el peligro inminente
en que se encuentra su ciudad preciada,
un formidable ejército congrega
y corre diligente
en socorro del jefe que la guarda,
pues ya febril su corazón presiente,
que si un instante tarda
la llorará perdida eternamente.
Soñando en la venganza
cruza veloz los campos de Archidona
y cuando ve flotar en lontananza,
sobre el alto castillo de Antequera,
el pendón africano, que blasona
la invicta media luna,
detiene del caballo la carrera
y bendice su próspera fortuna.

V

Toca al arma el cristiano
y avanza en ordenados escuadrones
al encuentro del moro, con bravura,
que al rudo galopar de sus bridones

se adelanta, batiendo la llanura,
hacia los castellanos campeones.
Cual olas encontradas
de mar embravecido
chocan y se confunden con estruendo;
rechinan las espadas
sobre el arnés bruñido
siniestros resplandores despidiendo,
y al embestir tremendo
de las bravas falanges de jinetes
que el estandarte de la cruz levantan,
ceden campo, vacilan y quebrantan
las africanas turbas de zenetes.
Prodigio de valor y fortaleza,
enristrando la lanza poderosa,
de la hueste cristiana á la cabeza
va Gómez de Hinestrosa
que en sangre infiel la banderola tiñe,
de Ruy López seguido, de Velasco,
y del Obispo Rojas, que así ciñe
la mitra como el casco.
Huyen en dispersión los mahometanos
del valeroso infante perseguidos
llevando en su desorden confundidos
algunos caballeros castellanos.
En el tropel envuelto
de aquel irresistible torbellino,
sin un punto dejar la espada ociosa,
luchando en vano por abrir camino
que á los suyos le vuelva, va Hinestrosa,
hiriendo el vientre del bridón cansado,
cuando el fatal destino,

que largas desventuras le apareja,
le lleva á tropezar en un vallado,
donde el buen caballero
se ve con el caballo derribado,
de su rica armadura despojado
y de sus enemigos prisionero.
Cuando el valiente Infante echa de menos
al bizarro doncel, le busca en vano;
maldice, en su dolor, los agarenos,
y jura, por su fe de castellano,
la pérdida, vengar en sangre mora,
del adalid cristiano,
que todo el campo con vergüenza llora.

V I

Jusef Abul Ageh reina en Granada,
y por su gracia y en su nombre tiene
la importante custodia confiada
de un fuerte alcázar que corona el muro
de la ciudad sagrada,
el bravo Abén Amir, de ilustre cuna;
valeroso soldado
que al rudo golpe de la edad vencido
en calma goza, de su patria honrado,
cuando fuerza y vigor perdidos siente,
la estimación á que le dan derecho

las gloriosas heridas de su pecho
y las honradas canas de su frente.
Pero el noble caudillo
no ama el honor de pasajeras glorias
ni cifra en las riquezas su ventura;
que á un objeto más santo y más sencillo
que despierta en su ser dulces memorias
consagra su cariño y su ternura.
Cual alto don del cielo
guarda Amir un tesoro,
preciado bien, de su vejez consuelo,
que estima más que el oro,
que colma su existencia de delicias,
ángel de amor por quien la vida diera;
pues cuando siente el moro
los inocentes besos y caricias
de su Zaida hechicera,
olvida sus enojos
y sueña que del mundo transportado
descansa en el Edén, acariciado
por una huri de celestiales ojos.
¡Zaida! divina aurora,
púdica flor de mágicos pensiles
que en sus negras pupilas atesora
todas las llamas con que el sol se dora,
todo el amor de diecisiete abriles.
De sangre abencerraje,
sola heredera de los claros timbres
de su altivo linaje,
cultiva con esmero
el noble Amir su clara inteligencia,
procurando calmar, en el severo

estudio de la ciencia
y en el silencio del retiro austero,
de sus vivas pasiones la vehemencia.
Pero la bella mora,
dando á sus pensamientos otro giro,
llevada de su mente soñadora,
guarda en la soledad de su retiro,
prudente y reservada,
agradables historias, y nutriendo
su virgen corazón con su lectura,
va poco á poco su conciencia pura
por nuevos horizontes discurriendo.
Agrádanle primero
las curiosas leyendas y romances
en que algún castellano caballero
lucha valiente en los guerreros lances,
donde á medida que el peligro toca
más el valor su corazón inflama;
mientras con labio fervoroso invoca
los nombres de su Dios y de su dama.
Luego se inicia Zaida
en los misterios que el cristiano adora
y á su lectura con placer se entrega;
lágrimas dulces de ternura llora
cuando en el libro llega
al doloroso drama del calvario,
contemplando, piadosa,
al Hombre-Dios que resignado sube
la pendiente del Gólgota escarpada,
herido el rostro, que el sudor afea,
mezclado con la sangre que gotea
su cabeza, de espinas traspasada.

Su espíritu se exalta
cuando aparece en la mortal escena
la doliente figura de María;
terror sublime su dolor enfrena,
y presa de mortal melancolía
diera la vida por gozar un día
el amor de la dulce nazarena.
Torna luego á la calma
y sueña venturosa
con un esposo que le dan los cielos;
ella le rinde el alma,
él la llama su esposa,
y en dulce unión, exenta de desvelos,
bendice al Dios que los declara iguales,
comparte con su amor dichas y duelos,
sin que turben impúdicas rivales
su hogar tranquilo con amargos celos.

VII

Ya regresa á Granada
el agareno ejército vencido
en los sangrientos campos de Antequera
y lamentando la fatal jornada
suspense y abatido
el pueblo todo su llegada espera.
De lanzas rodeado,
alta la frente, que el dolor marchita,

y á tristes reflexiones entregado,
llega Don Gómez, y con ronca grito
pide el bárbaro pueblo su cabeza;
más, Jusef que conoce
de su joven cautivo la nobleza,
por quien alto rescate tendrá un día,
la entrega á Abén Amir, su fiel caudillo,
quien asegura y lleva á su castillo
la noble prenda que su Rey le fía.

VIII

En actitud curiosa,
de Amir en la cerrada fortaleza
se espera la llegada de Hinestrosa,
y apenas baja rechinando el puente
acuden con presteza
al ancho patio jefes y soldados,
que al verle entrar con grave continente,
velado el rostro de mortal tristeza,
seguro paso y ademán altivo,
suspensos y admirados,
guardan mudo silencio, subyugados
por la noble figura del cautivo.
Oculta y con prudencia
detrás de su celosía
contempla Zaida, compasiva y muda,
la gallarda presencia

y el rostro hermoso, que el dolor demuda,
del joven caballero
á quien reduce la contraria suerte
á vivir á su lado prisionero
en condición más dura que la muerte.
Latiendo acelerado
el corazón de la gentil doncella
y exaltada su ardiente fantasía,
piensa ver del esposo que ha soñado
en la figura aquella
la viva encarnación, por quien daría
el alma y la existencia,
y en aras de su amor, inmolaría
su cariño filial y su creencia.
Llega el fatal momento;
gira en sus goznes la pesada puerta
que abre la entrada de prisión obscura,
donde penetra, con mirada incierta,
como en lóbrega y triste supultura,
el mancebo infeliz, que á hablar no acierta.

IX

Ya Zaida no reposa;
ya perdieron sus cándidas mejillas
las puras tintas de color de rosa;
sus sienes amarillas
y el óvalo sutil de sus ojeras

hacen sus negros ojos más sombríos,
que sueñan, con amantes desvarios,
en realizar fantásticas quimeras.
Inquieta y desvelada
ve transcurrir las noches y los días
á tristes pensamientos entregada,
recordando la imagen adorada
que le roba sus dulces alegrías.
Todo le causa tedio
y presa el alma de mortal angustia
cual flor tronchada se doblega mustia
sin encontrar para su mal remedio.
A sus solas recorre
la muralla y el alto parapeto,
que ilumina la luz del sol poniente,
y al llegar á la altura de la torre
que oculta su secreto
se detiene, fingiendo indiferente
que á la vega dirige sus miradas
contemplando sus cármes floridos,
mientras siente llegar á sus oídos
un rumor de pisadas,
de dolientes suspiros y de quejas
que dentro de la torre se percibe,
y apiadada del alma que allí vive,
cuyo amor sus sentidos enajena,
se decide, animosa,
sufriendo el yugo de su amante pena,
á inmolarle su vida, generosa,
ó á romper la prisión que la encadena.
Tranquila vuelve Zaida,
entre las sombras que la noche tiende,

á su mansión, y cuando á solas queda,
con vivo afán emprende
á tejer una escala con la seda
que, en abundante copia, Amir destina
al adorno y labor de sus esclavas,
y cuando ya vecina
el alba muestra su color suave,
rendida al sueño grave
busca en el lecho tregua á sus dolores,
ocultando el trabajo, cuidadosa,
en las ricas alfombras de colores
donde su cuerpo virginal reposa.
Tras eternas veladas
luce, por fin, la suspirada aurora
en que ve sus fatigas terminadas,
y mientras impaciente
aguarda la llegada de la noche,
madurando sus planes atrevidos,
hurta á su padre, cautelosamente,
un agudo puñal y dos vestidos
que en su lecho, también, guarda prudente.
Cuando al tender serena
la noche densas sombras
el ansiado momento ya señala,
la atrevida agarena
saca de sus alfombras
el puñal, los vestidos y la escala,
y muda se resbala
á lo largo del muro solitario
hasta que á la prisión de Gómez llega,
donde heroica se entrega
á realizar su intento temerario.

Sus manos delicadas
en la bóveda dura van rompiendo,
con el puñal, las conchas agrietadas,
y cuando ya la arredra
el penoso trabajo y desfallece
siente la aguda hoja
hundirse en la juntura de una piedra
que sorda se estremece,
á impulsos de su esfuerzo sobrehumano,
y desprendida, al fin, desaparece
en la obscura mazmorra del cristiano.
Don Gómez, que ha sentido
desde el primer instante, con sorpresa,
el extraño ruido
que conmueve las piedras de su techo,
observa, prevenido,
muda la voz y palpitante el pecho,
desde un rincón, el caso inexplicable,
que juzga sueño de su débil mente;
mas, cuando el golpe siente
de la piedra al caer, alza los ojos
al claro cielo, que apacible ostenta
purísimas estrellas á millares,
y al ver descender, lenta,
de la altura, la escala salvadora
que á librarle, sin duda, va guiada
por mano bienhechora,
llega á temer por su razón turbada,
que más se ofusca cuanto más ignora.
Ni teme ni vacila
y ganando los pasos de la escala,
que al grave peso oscila,

salva el espacio corto
que de la almena su prisión separa,
busca su salvador, y queda absorto
viendo de Zaida la belleza rara.
Saber quiere impaciente
la clave de misterio tan obscuro,
más, ella, que demoras no consiente,
echa la escala al exterior del muro
y baja diligente
á buscar á su amor puerto seguro
con el hombre que adora ciegamente
Allí cambian de trajes
y emprenden animosos el camino,
por ocultos parajes,
buscando del cristiano la frontera,
donde, tras de jornada peligrosa,
les abrirá sus brazos, amorosa,
la ciudad, ya cristiana, de Antequera.

X

Ya el sol dora la cumbre
de la Nevada Sierra
con tornasoles de matiz cambiante,
y á sus besos de lumbre
la enamorada tierra
se estremece de gozo palpitante.

Las zonas de Levante
corre veloz con ardoroso brio
bañando en luz á la gentil Granada,
que esquivo su mirada
bajo doseles de laurel sombrío:
por el bosque umbrío,
que nutre con su riego,
medroso de su fuego
tuerce su curso el río,
y entre nubes de aromas y colores,
de encanto, de placer y de poesía,
la sultana sin par de Andalucía
feliz despierta suspirando amores.

XI

Seis horas han pasado
de la fuga de Gómez, cuando entra
en la torre su viejo carcelero
que, mudo y espantado,
busca, pero no encuentra,
en su cárcel, al joven prisionero.
Entre dudas y asombros,
mira abierta la bóveda en la altura
y á sus pies esparcidos los escombros,
mientras piensa, temblando de pavor,
que al enojo de Amir tiene insegura

la cabeza en los hombros.
Llama, y á su clamor, acuden prestas
las guardias del castillo
mientras con rapidez la alarma crece,
y cuando el buen caudillo
Abén Amir, conoce el hecho grave,
de pavor y de rabia se estremece,
pues su experiencia sabe
que el terrible Jusef hará, violento,
para aviso de alcaides confiados,
un ejemplar y bárbaro escarmiento
que dejará sus timbres mancillados
acabando su vida en el tormento.
Cuando ya lo ocurrido nadie ignora,
oficiosas de Zaida las esclavas
lo van á referir á su señora,
pero cansadas de buscarla en vano,
al encuentro de Amir corren ligeras
á quien cuentan, medrosas, el arcano
que achacan á las artes hechiceras
de algún mago cristiano.
Mas, el prudente anciano,
desprecia, por absurdas, sus quimeras
y á buscar á su Zaida se dispone;
cuando á sus plantas pone
un soldado, que llega presuroso,
dos vestidos, de forma diferente,
que entre unas peñas descubrió, afanoso,
y una escala de seda resistente
que descendiendo al foso
de una almena del muro vió pendiente.
Con ávidas miradas,

mientras sus carnes de pavor se hielan,
contempla Amir las túnicas bordadas
que la traición revelan
de aquella infiel, que al desnudarlas quiso
envilecer sus canas, sin recato,
y hundir en sus entrañas, de improviso,
el doloso puñal del hijo ingrato.
Juez y padre, zozobra
por contrarios deberes impelido,
mas, su antiguo valor fuerzas recobra,
y á vengar sus afrentas decidido
dispone sus caballos más ligeros
y en breve deja la ciudad, seguido
de sus fieles y bravos caballeros.
Corre, registra, indaga,
por caminos, poblados y alquerías,
sin dirección, desalentado y ciego,
y cuando la esperanza le abandona
sabe, que vió un labriego,
al mediar la mañana,
con rumbo hacia los campos de Archidona,
esquivando veredas y caminos,
dos jóvenes pasar por su labranza,
vestidos á la usanza
de los nobles señores granadinos.
Más razones no espera
y dando rienda á su corcel fogoso
emprende desalado la carrera
en pos de los amantes, temeroso
de que llegen á tierra de cristianos
donde encuentren reposo
libres ya de las iras de sus manos.

XII

Luego que Zaida y Gómez
por las amigas sombras encubiertos
el castillo de Amir abandonaron,
corrieron, en su afán, campos desiertos,
y cuando en el Oriente contemplaron
de la aurora los cándidos reflejos
se cambió su temor en alegría,
viendo, como entre brumas, se perdía
Granada con sus torres á lo lejos.
Las luces que fulgura
al avanzar risueña la mañana
descubren, á los ojos de Hinestrosa,
la divina hermosura,
las ricas formas y la edad temprana
de aquella, cuya mano valerosa,
le libertó del duro cautiverio;
el profundo misterio
en que se envuelve, penetrar procura,
y á su ruego, la niña, complaciente,
de que nadie la escucha ya segura,
se turba, y dice, candorosamente.
—Yo soy noble doncella
hija de Abén Amir, el bravo alcaide
que en Granada cautivo te tenía;
mi proceder extraño no te asombre,

que há tiempo conocía
tus heroicas hazañas y tu nombre
que la fama do quiera repetía.
Aunque nunca esperaba
conocer al bizarro caballero
por quien secreta inclinación sentía,
cuando menos, quizás, en él pensaba,
de feroces soldados prisionero
le vi llegar á mi castillo un día.
El alma conmovida
de tierna compasión, se vió, anhelante,
por sus prendas y males atraída,
y desde aquel instante
lloró con el cautivo largas penas,
hasta llegar, tras afanosas luchas,
esta débil mujer, que atento escuchas,
á librarte de bárbaras cadenas.
Yo en los misterios creo
de la sublime religión cristiana,
recibir el bautismo es mi deseo
y renunciar la falsa mahometana;
busquemos pronto la frontera amiga;
mi honor pongo en tu mano,
que á mucho, Gómez, la nobleza obliga
y la fe que profesas de cristiano. —
Oye el mancebo la sencilla historia
con asombro creciente,
y obligado de tanto sacrificio,
promete noblemente
en defensa de Zaida dar la vida,
y al dulce impulso de su amor naciente,
besa la mano de la niña, ansioso,

que en rubor encendida,
oye á Gómez, de gozo estremecida,
por Dios jurarle que será su esposo.
La marcha prosiguiendo
hacia Antequera, con ligero paso,
llegan al borde de empinada sierra,
cuando el sol descendiendo
del cenit al Ocaso
agiganta las sombras en la tierra.
Rendidos de fatiga
se sientan á la sombra de un peñasco
cuya sólida planta
robustecen cimientos de granito
y orgullosa su cima se levanta
por la azul extensión del infinito.
Ya se juzgan salvados,
y soñando con dulces ilusiones,
del peligro olvidados,
sólo piensan sus tiernos corazones
en la felicidad que les espera;
cuando el viento les lleva de pasada
rumor confuso, cual si el eco fuera
de morisca algarada,
que al impulso de rápida carrera
se acercase, del lado de Granada.
Con incierta mirada
y de temor y sobresalto llenos
descubren á lo largo del camino
un grupo de agarenos,
que montados en ágiles corceles,
van corriendo sin tino,
dando al viento los blancos alquiceles.

¡Mi padre! grita Zaida;
sálvate, Gómez, aunque yo perezca;
su compasión imploraré de hinojos
y si no por el llanto de mis ojos
tal vez, por hija, su perdón merezca.
¡Nunca! con voz rugiente,
dice el mancebo, con furioso alarde;
subamos la pendiente,
que si logramos escalar la altura,
podré encontrar en ella sepultura,
pero no moriré como cobarde.
La delgada cintura
ciñe de Zaida, con robusto brazo,
y aferrando la mano á la maleza
trepas con ligereza
sin que encuentren sus fuerzas embarazo.
Aún no tocan la cima
cuando ya los descubren los guerreros
de Abén Amir, que cercan el peñasco,
mientras los más ligeros,
dejando sus caballos, se aperciben,
á subir á la cumbre por las breñas,
mas, tal lluvia reciben
de troncos y de peñas
por el fiero Don Gómez disparados,
que el estrecho camino inaccesible
abandonan de prisa los soldados
declarando imposible,
por tal medio, rendir á los sitiados.
Amir, qué en furor crece,
su sanguinario intento no abandona
y hace que de Archidona

acudan ballesteros, que de lejos
den á los fugitivos cruda muerte,
y el cristiano, que advierte
el desastroso fin que les aguarda,
al sentir de las flechas el silbido,
el cuerpo de la niña cubre y guarda
en su regazo envuelto y escondido.
Pero, se esfuerza en vano,
que ya de todas partes les dirigen
flechas agudas con certera mano;
nada basta en lo humano
á librarles del bárbaro martirio
ni de muerte tan lenta y horrorosa,
cuando el bravo Hinestroza
álzase presa de feroz delirio;
contempla el fondo del profundo valle,
erizado el cabello,
y con brazo convulso ciñe el talle
de Zaida, que marchito el rostro bello,
anuda en fuerte abrazo
los temblorosos brazos á su cuello
y sepulta la frente en su regazo.
El sol despide su postrer destello
y negando su luz al sacrificio
hunde en Ocaso sus fulgores rojos,
mientras Gómez, mirando al precipicio
con espantados ojos,
hasta su borde decidido avanza;
una oración murmura delirante;
oprime el seno de su Zaida amante
y al abismo se lanza.
Aún no tocan el suelo

sus cuerpos, por los riscos destrozados,
cuando, tendiendo el vuelo,
de la humana materia desatados,
se elevan sus espíritus al cielo.

XIII

Abén, de su rigor arrepentido,
allí mandó cavar humilde fosa,
donde en callada soledad y olvido,
el tálamo nupcial halló la esposa
en brazos del esposo prometido. (15)







Una Deslealtad y un Reto

I

Ven, siglo décimoquinto,
el de los grandes portentos,
tú, que á mi Patria dejaste,
en uno y otro hemisferio
de glorias y de riquezas
inventario tan extenso
que la vida de tus hijos
fué corta para leerlo;
ven á ver cuán miserable
expira tu tercer nieto
que ni aun deja lo preciso
para pago de su entierro.

No esperes que le amortajen
á guisa de caballero
con cincelada armadura
y guantelete de hierro
sujetando la ancha espada
á lo largo de su cuerpo.
Ni oirás de sordos clarines
notas que rasguen el viento,
ni crujir de roncos parches,
ni tronar de bronces huecos.
Llevará á la sepultura
ceñido traje flamenco,
flor al ojal, abanico
y coleta de torero.
De golfos y de chulapas
le seguirá gran cortejo
cantando *El Santo de Isidra*
y *La Vuelta del Vivero*
Echando en la común fosa
mi Patria, por mausoleo
le dará, mofa y olvido,
maldiciones y desprecio.
Ven, tú, siglo de las glorias,
y de los hermosos cuentos
que anécdotas y noticias
nos guardan de tus guerreros,
uno dime, que entretenga
la sed que siente mi pecho
de cosas grandes, que hoy busco
y en ninguna parte veo.
De aquel valeroso y noble
Conde de Cabra, que al cuello

de Boadil echó en Lucena
la cinta del prisionero,
refiéreme por qué causas
en un castillo sujeto,
por largos meses, le tuvo
otro magnate, que luego
no acudió á dar del agravio
satisfacción en el reto.
¿Fué felón aquel magnate?
Ni lo afirmo ni lo niego;
que los felones han sido
fruto de todos los tiempos,
aunque en tus gloriosos días
eran, por fortuna, ellos
tan escasos, como han sido
en otros siglos los buenos.

II

Capitán acreditado
de valiente y aguerrido,
de la envidia corroído,
de la soberbia picado:
nada celoso en guardar
del honor el santo fuero,
dicen que fué el caballero
Don Alonso de Aguilar.
Gozar el favor del Rey
y en la andaluza comarca
no encontrar Feudo ni Marca

que no sufriera su ley,
fué de su insana ambición
el más halagado sueño,
que, á veces, hizo pequeño
y falso su corazón.
Frontero de sus estados,
deudo suyo y gran caudillo,
de inexpugnable castillo
tras los muros almenados,
un digno Conde moraba,
espejo de la nobleza,
cuyas glorias y riqueza
el de Aguilar envidiaba.
Conde amado de su grey,
de los grandes respetado
y de mercedes colmado
por la voluntad del Rey.
Un nuevo favor real
acreció su valimiento
sumando un nuevo tormento
á su vecino y rival,
que, despechado y celoso,
por envidia de tal gloria,
manchó su nombre y su historia
con un hecho deshonoroso.
Del bravo Conde heredero,
de caballeros dechado,
sin segundo en lo esforzado,
en gentileza el primero,
era Don Diego; un doncel
que de la sangre agarena,
hizo, más tarde, en Lucena,

alfombras á su corcel
A este varón singular,
con estudiada perfidia,
hizo blanco de su envidia
en rencoroso Aguilar;
é invitándole, traidor,
á su fortaleza un día,
donde una fiesta se hacia
de otra persona en honor;
le sentó á su mesa, y luego,
como un bandido ruin,
en la sala del festin
hizo prender á Don Diego.
En una torre encerrado,
por los largos meses, le tuvo,
hasta que, á su antojo, obtuvo
promesa del secuestrado
de darle compensaciones
si en libertad le ponía;
cuantas Aguilar pedía
con especiosas razones;
jurando el buen caballero
que, si á su pacto faltaba,
á retornar se obligaba
al castillo prisionero.

|||

Allá en la rica Baena
y en una lujosa estancia

de aquel castillo, que mira
á sus pies volar las águilas,
sobre un sillón de respaldo,
que entre primorosas tallas
ostentaen altos relieves
las nobilísimas armas
de los Fernández de Córdoba,
reposa el Conde de Cabra.
Su brazo diestro, doblado,
en el del sillón descansa
y apoya la noble frente
sobre la rugosa palma.
Ropilla de luto viste,
y las sombras de su cara
dicen bien, cuán tristes sean
los pesares que le embargan.
Pensando está en aquel hijo,
gloria y honor de sus canas,
que preso en obscura torre
un miserable maltrata,
cuando, abriéndose la puerta,
vió, con sorpresa que arranca
dos lágrimas á sus ojos,
á aquel hijo de su alma,
sano y libre, que á su cuello
los fuertes brazos enlaza.
Contó, Don Diego, á su padre
de aquella su prisión larga
detalles, que el noble viejo
oyó trémulo de rabia,
y al conocer el rescate
que, con mengua de su casa,

por dejar libre á su hijo
Don Alonso le reclama,
y el sagrado juramento
y la solemne palabra
que exigió al joven cautivo
de retornar, sin tardanza,
á la prisión, si aquel pacto
el Conde no cumple y guarda;
alzó sentida protesta
de la conducta villana
del de Aguilar, y la expuso
ante el trono del Monarca,
para que la real justicia
árbitra fuera en su causa.
Examinó el Cuarto Enrique
las pruebas de la demanda
y declaró nulo el pacto,
relevando, por su gracia,
del juramento á Don Diego,
que sin volver al Alcázar
de Aguilar, cobró su honra
de caballero sin tacha.
Ya libre, Don Diego, y suelto
de compromisos y trabas,
acudió como valiente
al terreno de las armas,
escribiendo sus agravios
en el hierro de su lanza,
donde lavarse pudieran
con sangre de las entrañas
de aquel felón, su enemigo,
á quien con un paje manda

un cartel de desafío
donde de infame le trata
y á fiera lucha de muerte
en campo neutral le emplaza.
Llegó á noticia del Rey
el nuevo giro que daban
aquellos nobles inquietos
á discordias, que las plazas
fronterizas dividian
con peligro de la Patria,
y bajo terribles penas
de deshonor y de infamia
les prohibió que en los dominios
á donde su cetro alcanza,
ni en ciudad ni en campo yermo,
para reñir se juntaran.
No desmayó el de Baena,
y buscando tierra extraña
donde luchar, fué á pedirla
al Rey moro de Granada,
Muley Hacén, que á tal ruego,
vino pronto en otorgarla
en su corte, señalando
para una fecha cercana
la celebración del reto;
y luego, por nueva carta,
hizo al de Aguilar Don Diego
saber cómo le esperaba,
en el convenido día,
ante la corte africana,
bajo el asilo seguro
de la regia salvaguardia.

I V

—Sultana de Andalucía
que Muley Hacén adora,
prez de la caballería;
¿por que galas, á porfía,
hoy viste tu corte mora?
¿A qué festejos, no oídos,
tus damas y caballeros,
de seda y oro vestidos,
se encaminan, asistidos
de esclavas y de escuderos?
¿Por qué dejan su morada
tus augustos soberanos?
—Es que se apresta Granada
á ver la lid, concertada,
entre dos nobles cristianos.—
Corre la lucha á admirar
toda la corte agarena,
disputando, sin cesar,
unos, por el de Baena,
otros, por el de Aguilar.
Del palenque en derredor
tal el concurso derrama
joyas, cintas, luz, color,
que parece que se inflama
de un sol de Agosto al calor.
Toman, en rico tablado,

los Jueces del campo asiento;
llega el momento esperado,
y el público lanza al viento
un murmullo prolongado.
Cesa el rumor; los Sultanes
por rica tribuna, asoman,
de bordados tafetanes,
saludan, y asiento toman
sobre mullidos divanes.
Un clarín bélico suena;
la plaza gana de un salto
el adalid de Baena
y á galope corto y alto
corre la cercada arena.
Su brava y noble apostura
muestra en el galán paseo,
mientras su rica armadura
quiebra del sol la luz pura
con vívido centelleo.
Negro el caballo, aplomado
de remos, de ancas crecido,
ancho el brazo y descarnado,
terso el vientre y recogido,
liso el casco y acopado.
Andaluz, de sangre ardiente,
alto y enarcado el cuello,
ojos vivos, ancha frente,
lanzando en gruesa corriente
sus ollares el resuello.
Tiende la crin desdeñosa
al céfiro que la riza,
y con fuerza poderosa

gira en los pies y entra en liza
con vuelta viva y graciosa.
Alta en el ristre la lanza,
el acicate al castigo
dispuesto, busca y no alcanza,
Don Diego, á ver su enemigo
ni se explica su tardanza.
A un paje suyo mandó
que al de Aguilar llame á voces,
y aunque sonora vibró
corriendo en ondas veloces,
nadie á la voz respondió.
El concurso, ya impaciente,
mostraba su descontento;
sonaba la voz potente
repitiendo el llamamiento,
sin que llegara el ausente.
Ya, tras un monte lejano,
ocultaba el sol su fuego,
cuando en el palenque, ufano,
entró un paje de Don Diego
con un retrato en la mano.
Era la imagen copiada
de Don Alonso, que atada
á la cola del bridón,
fué luego, sin compasión,
por el palenque arrastrada.
Levantó sordos rumores
el deshonoroso castigo
entre los espectadores,
que allí, de muchos señores
era Don Alonso amigo;

y á poco, en caballo fiero,
un valiente abencerraje
saltó la valla ligero,
vengar quetiendo el ultraje
del ausente caballero.
Disputas, que el aire encienden,
se traban; las damas gritan;
Sultán y Jueces se ofenden,
y guardias, que el choque evitan,
al bravo guerrero prenden,
El Rey fulminó indignado
sentencia contra el intruso
que sus leyes ha violado,
y que muriera dispuso
allí mismo degollado.
Ya la sentencia cruel
iba á cumplirse, y Don Diego,
bajando de su corcel,
logró el perdón, con su ruego,
del valeroso doncel.
Los Jueces fallo dictaron
en la lid, no consumada,
y por leyes que invocaron,
á Don Diego declararon
vencedor en la jornada.
Diéronle en un pergamino
copia notarial del fallo;
besó del Rey grandino
la mano, y en su caballo
tomó de vuelta el camino.
Llegado á su fuerte villa
hizo que nadie ignorara

ene el reino de Castilla,
cómo lavado quedara
de su pasada mancilla.
Y aquí, del noble Aguilar,
decir se debe, en conciencia,
que si el hecho de negar
al reto aquel su presencia
nunca supo disculpar,
fué de bravura notoria;
y en las guerras con el moro
tan invicto, que la Historia
erigió en letras de oro
un monumento á su gloria.
Tras mil hazañas, murió
luchando, en triste jornada,
Sierra Bermeja le vió
rodar con aquella espada
que tantas vidas costó (16)





NOTAS

(1) **El Can de Pero Suárez** —En el mes de Diciembre de 1900, visitábamos, en unión de nuestro sabio amigo y pariente Don Rodrigo Amador de los Ríos, los conventos de religiosas de la ciudad de Toledo, con autorización del Prelado de la Diócesis, para conocer y estudiar las riquezas artísticas y monumentales que aquellos edificios contienen dentro de clausura.

En el nombrado de Santa Isabel llamó nuestra atención un hermoso sepulcro de mármol blanco que vimos en un oscuro pasillo, al pié del campanario, y que nos detuvimos a examinar escrupulosamente a la luz de las velas.

Bajo un arco sepulcral desformado se encuentra la urna que tiene labrados en su frente tres blasones, dentro de una rosa lobulada del cordón de San Francisco. El central aparece partido en bandas con tres castillos; los laterales con un castillo solo. Descansa sobre la urna sepulcral una estatua yacente, con almófar en la cabeza y hábito largo ceñido por el cordón franciscano y abrochado al cuello por seis botones esféricos; debajo lleva oljuba de mangas perdidas también con botones más pequeños.

Tiene la mano derecha sobre la manzana del mandoble y la izquierda en la boca de la vaina. El mandoble es de cruz, recto, y lleva liado a la vaina el correaje. A los pies de la estatua hay un perro echado y en el fondo del arco, que contiene el sepulcro una lápida con doce

líneas de mayúsculas alemanas que dice así:

AQUI YAZE PERO SUARES ALC
ALDE MAYOR DE TOLEDO QUE
DIOS PERDONE FIO DE DON DIEGO G
OMEZ ALCALDE MAYOR DE TO
LEDO QUE DIOS PERDONE E DE DO
NA YNES DE AYALA FINO
EN SERVICIO DEL REY DON IU
AN EN LA BATALLA DE TRON
COSO MARTES XXVIII DIAS DE
L MES DE MAYO AÑO DEL NUE
STRO SALVADOR XESUCRISTO DE MIL
E CCC E LXXX E CINCO AÑOS.

Al preguntar a las religiosas que nos acompañaban por las causas que pudieran haber dado lugar al entierro, miento de aquel caballero dentro de la clausura y en sitio tan apartado y poco apropiado, pues apenas entra en él la luz del día, nos refirieron, conmovidas la leyenda que hoy damos al público y que se guarda en el convento como tradición respetable desde que en aquel mismo sitio fué depositada por el *Can de Pero Suárez* una mano de éste y donde poco después se dió sepultura al cadáver de dicho caballero.

(2) **El Castillo de Guadalerza** - Asíéntole esta antiquísima fortaleza sobre una elevada colina de los montes de Toledo, teniendo a sus pies una feroz y extensa llanura circunvalada de montañas, surcada por riachuelos y atravesada de Norte a Sur por el ferrocarril de Madrid a Ciudad Real y Badajoz, y por la carretera que va desde Yébenes a Fuente del Fresno.

Al lado izquierdo de las citadas vías y no muy distante del castillo, del que la separaba el río Brocea,

se alzaba, hasta hace poco tiempo, una eminencia cónica que llamaba la atención del viajero, así por comprenderse a primera vista su construcción artificial, cuanto por el siniestro nombre de *Cerrillo de la Horca* con que se la conocía

Al construirse en 1888 la carretera que pasa por su pie, hubo necesidad de levantar el nivel del suelo y se tomaron tierras del extraño cerrillo, que iba descubriendo, a medida que adelantaba la excavación, las paredes, aún derechas y bien conservadas, de un antiguo edificio árabe, hallándose entre ellas un candil de barro, un acicate y un fragmento de un cipo sepulcral, de mármol negro, con tres líneas de caracteres árabes.

Tan extraño hallazgo llamó la atención de los curiosos, pero habiéndose completado las obras de la carretera, cesó la extracción de tierra y quedó oculto el edificio en sus dos terceras partes, en cuyo estado permanece. Deseosos de conocer la traducción de aquel misterioso epigrafe, llevamos un calco de él a nuestro querido amigo y pariente, el sabio orientalista D. Rodrigo Amador de los Ríos, el cual nos manifestó que era el principio de una inscripción funeraria, y que por la elegancia de su dibujo parecía labrado al mediar de la V^a hégira mahometana (siglo XI de J. C.), traduciéndolo en esta forma:

*En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso!
¡Oh Vosotros, hombres! Creed que las promesas de A...
...lláh son ciertas. No os dejéis pues seducir por
los place...*

Ancho vagar a nuestra imaginación dejaron tan singulares sucesos; fundado en ellos está el argumento de la leyenda que hoy publicamos, sin duda inferior a los misteriosos y fantásticos motivos que le dan origen

(3) **Rafael de León** - La dramática vida de este insigne escultor se tiene por rigurosamente histórica. La hermosa silla labrada por él en San Martín de Valdeiglesias permaneció en aquella Abadía hasta 1.854 en que fué trasladada a la catedral de Murcia, donde hoy la admiran los inteligentes. La silla abacial, que León no llegó a construir, no se encontró en mucho tiempo quien se atreviera a construirla hasta que en dicho año la realizó con bastante acierto el ebanista de la corte D. José Díaz Benito.

(4) **El anillo de la Duquesa** - La tradición de esta *Leyenda* se ha conservado entre algunas personas de Baena y especialmente entre las monjas del convento de Madre de Dios a las que se la oímos referir hace ya algunos años.

(5) **La Cruz de la Roldana** - El asunto de esta leyenda es rigurosamente histórico. Hemos tenido ocasión de leer un antiguo documento notarial que obra en poder del Sr. D. Manuel Calderón y Roldán, vecino de Luque, que nos lo facilitó generosamente, en el que se consignan los sucesos que narramos respecto a la desgraciada muerte de Isabel de Arrebola. Aparece, que sorprendida ésta con su marido y otros caballeros cristianos, en el camino de la fuente de Luque, por una partida de moros o caballo, corrieron todos a guarecerse en el castillo, sin cuidarse unos de otros, abandonando a la infeliz Isabel, que no pudo seguirles. El documento dice textualmente: «E su marido se la dexó, e le cortaron los Moros los telos, camino de la fuente de Luque, é le ganó su caballo a un Moro, estando herida, el qual se quiso opear para cortarle la Cabeza y ella le ganó la lanza y le mató al Moro con ella porque los otros moros iban delante tras otros quatro Caballeros Cristianos que la habían dexado, y ellos iban de huida a

guarecerse en el Castillo: y la cáfila de Moros a Caballo que iban en Zaga de ellos pasaron de largo y no la pudieron ver: y ella metió el Caballo de rienda en el Castillo, herida como estaba, y allí murió.»

Hoy, después de siete siglos, queda en la cuesta que conduce a la fuente de Luque, una sencilla cruz de piedra que marca el sitio en que Isabel de Arrebola sufrió la amputación de sus pechos, realizando su última hazaña.

Una larga inscripción, que ocupa las cuatro caras de la cruz, hace memoria del inaudito suceso.

(6) **Las Emparedadas de Baena.**- Esta Leyenda está fundada en la tradición y en algunos históricos documentos. Efectivamente; en el testamento que otorgó en Baena en 10 de febrero de 1.529 la señora doña Catalina Ximénez de la Membrilla se lee la cláusula siguiente: «Item; mando que den a *Las Emparedadas* que están en la Iglesia Maior desta villa un real por que rueguen a Dios por mi ánima». Así mismo hemos visto otra cláusula en el testamento del señor Don Juan de Córdoba, primer Abad de Rute, otorgado en tres de diciembre de 1.555 que dice así: «Item; mando que en tanto que vivieren Barbola y María de Pasión emparedadas en la villa de Baena, se les den a ambas las susodichas seis mil maravedis y dos cahices de trigo en cada año en el dicho emparedamiento».

(7) **La Piedra Escrita.**- A 3 kilómetros de la populosa ciudad de Baena (Córdoba) y a unos 400 metros al Norte de la carretera de Alcaudete a dicha ciudad, se alza un peñasco natural que tiene labrada su cara de Poniente y en ella grabada una inscripción latina que dice así:

T. ANNIVS FIRMVS
IPONOBENSIS ANOR L.....
VIBIA CROCALE PATRIC
VXOR ANOR XXIX

Traduciéndola libremente al castellano pudiera leerse: *Aquí yace Tito Annio Firmo. Natural de Iponoba de cincuenta y.... años, y su mujer Vibia Crocate, Patricia, de veintinueve años.*

Es conocido en el país el monumento con el nombre de *La Piedra Escrita*, y está situado al pie del cerro nombrado del *Minguillar*, curioso también por los restos de población romana descubiertos en él, y en cuya altura existió la *Iponoba* de los romanos, según atestigua la inscripción que dejamos transcrita al citar la naturaleza del sujeto allí enterrado, y otra que existe en el Museo Arqueológico Nacional descubierta por nosotros.

En tales datos se funda la tradicional *Leyenda* que hoy publicamos.

(8) **La Prisión de Boabdil.**—Ocurrió este glorioso hecho de armas el día 21 de Abril de 1.483, siendo caudillo de las tropas de Baena don Diego Fernández de Córdoba, segundo Conde de Cibra, Señor del Estado de Baena.

(9) Toda la canción que ponemos en boca de Boabdil está tomada del poema *Granada* de D. José Zorrilla. Al coincidir en este único punto los sucesos de nuestra *Leyenda* con los de aquel admirable libro, no hemos vacilado en tomar de él ese fragmento porque ni habíamos de acertar a componer nada que le imitara ni es más que un detalle para la esencia de nuestra composición, ajena en su asunto a la inmortal obra de Zorrilla.

(10) Según el docto académico D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, gran investigador de curiosidades andaluzas y que visitó a Baena hace ya muchos años, el retrato de Boabdil se conservó gracias al celo del Sr. D. Francisco Fernández de Córdoba, más conocido por el *Abad*

de Rute, retrato que luego perteneció al citado erudito académico, quien describe la pintura en estos términos:

«La tabla de diez y siete pulgadas de alto por doce y tres líneas de ancho presenta la singularidad de no haberse pintado inmediatamente sobre ella, sino sobre un pergamino que le está fuertemente asido. Este recibió una preparación de yeso y excaptuando el sitio que debían ocupar el rostro y cabellera, fué toda la extensión del cuadro dorada y bruñida antes que el pincel fijara los colores y el punzón labrase la corona, las ropas y la cadena. Por la pintura, se ve que era moreno el rostro de Boabdil, verdes los ojos, el mirar dulce y melancólico, sonrosados suavemente los labios, castaños y finos sobremanera el cabello y la barba; Esmeraldas y rubíes engarzan la corona que asienta sobre un bonetillo de tisú verde. La jaqueta mitad es de un color, mitad de otro; verde recamada de lises de oro, carmesi recamada de rosos del mismo metal; tiene tomado el escote con un vivo de terciopelo y por el lado derecho bajan botones de azabache. Déjase ver la camisa bordada y respunteada de encarnado. La cadena es de bronca. El fondo del cuadro muy oscuro, tachonado de oro.»

No sabemos si la D.^a Francisca empezaría su vida monástica en el convento de la Madre de Dios de Baena, donde murió, en cuyo caso sería bastante entrada en años cuando se decidió a profesar, toda vez que el dicho convento no se fundó hasta el año de 1.510.

Sus cenizas reposan en el coro, al pie del sillón presidencial, donde hay una losa con esta inscripción:

«Aquí yacen las Excmas señoras duquesas de Baena, D.^a Francisco Fernández de Córdoba, la marquesa de Ardales Sor Ana de Jesús Maria y D.^a Ana de Toledo su hija y Sor Ana de la Cruz, hija de las marqueses de Priego, y Sor Maria de Santo Domingo y Sor Catalina de Jesucristo: año de 1.634.»

En la crónica del convento consta que por los años de 1.780, las novicias abrieron de noche este sepulcro

para ver lo que en él había, y hallaron, puestas con mucho orden, unas urnas de plata donde están encerradas las cenizas de dichas religiosas.

(11) **La Torre de la Malmuerta.**- Al Este del campo llamado de la Merced, en la pintoresca Córdoba, se alza una hermosa torre octógona, conocida por el nombre con que encabezamos esta Leyenda.

Según la tradición, corroborada por el testimonio de algunos historiadores, fué levantada dicha torre por los años de 1.407, a expensas de un caballero que, arrebatado por los celos, mató a su esposa, siendo ella inocente. El Rey D. Enrique III, hecha la común prueba, y visto que el desdichado caballero había delinquido obcecado por una pasión violenta, le perdonó y le dijo: «Vuestra esposa ha sido mal muerta; en castigo de esta culpa, derribareis vuestro palacio y sobre sus escombros levantaréis una torre que se llamará de la Malmuerta». Tal es la tradición, y así lo consignan también en sus escritos Heliodoro del Busto y Vaca de Alfaro.

(12) **La Virgen de los Angeles.**- A unos tres kilómetros de Baena, en el camino de Zuheros y besando las aguas del río Marbella se encuentra un enorme y elevado peñasco que forma, por el lado del río una profunda concavidad. En ella, y tallada en la misma piedra, existió, desde tiempo remoto, una imagen de la Virgen a la que daban culto los vecinos pueblos, ignorándose quien fuera el artista que la labró. En tal estado permaneció el rústico Santuario, hasta que por los años de 1.722, se construyó la actual ermita a expensas del Duque Don Francisco Xavier de Sesa, según consta en una lápida que se encuentra sobre la puerta de entrada.

(13) **La Virgen de Consolación** -

De un antiguo castillo que supo
abatir a dos Reyes el cetro.

En el año de 1300 fué derrotada al pie de las murallas de Buena el Rey Mahomad II de Granada, y en 1483 fué hecho prisionero en la batalla de Lucena el Rey Boabdil (el Chico) por las gentes de Buena, al mando del Conde de Cabra, y conducida después a la fortaleza de dicha población; a cuyos hechos aludimos en los dos versos arriba copiados. También dedicamos dos Leyendas a esos sucesos en este mismo libro.

- (14) Y hasta que bajó a la huesa,
no se borró en su memoria
el recuerdo de Buena.

Este suceso glorioso para las armas cristianas ocurrió el año de 1300. Esteban de Caribay en la *Crónica General de España* dice lo siguiente:

«Durante las guerras de estos años, el Rey Mahomad cercó a Alcaudete, pueblo de la Orden de Calatrava, cuyos caballeros y gentes que dentro se hallaban, no siendo partes para defender, lo tomó dentro de pocos días, y con esta victoria, cercando a Buena, donde estaban Alonso Pérez de Sahavedra, que tenía el alcázar, y Fernando Alonso de Córdoba, hijo de D. Alonso Fernández y Payo Arias, y Juan Martínez de Argote y otros caballeros cordobeses, entró en el pueblo hasta ganar la mitad, de donde estos caballeros, que de los vecinos del pueblo fueron valientemente ayudados, echaron a los moros, por lo cual el Rey Mahomad dió vuelta a Granada.»

- (15) **La Peña de los Enamorados.** Entre las poblaciones de Antequera y Archidona, en la provincia de Málaga, existe un encumbrado monte que se divisa desde grandes distancias, presentando por algunas partes un acantilado, que a partir de la cima, forma un precipicio de gran profundidad

Conócese el *tajo*, por *La Peña de los Enamorados*, cuyo nombre debe a una interesante y antigua tradición, muy popular en Andalucía, y que ha generalizado después en toda España el Sr. Martínez del Rincón, con el célebre cuadro que lleva el mismo nombre

El historiador Lafuente relata así el suceso:

«Había en Granada un joven cautivo de quien su sultán hacía mucha confianza. Tenía éste una hija, la cual se enamoró del mocebo cristiano. Con el temor de que el padre descubriese sus amores, se resolvieron los dos a fugarse de la casa y a buscar un asilo entre los parientes del esclavo. Al llegar los fugitivos al pie de aquella roca, la joven musulmana se sintió rendida de fatiga y se sentó a descansar. A los pocos momentos vieron llegar al padre, que corría desalado en busca de su hija, con gente a caballo. Turbáronse los amantes, y no sabiendo que partido tomar, determináronse a trepar por aquellos riscos hasta ganar la altura. Dirigiales el padre, desde la falda de la roca, furiosas amenazas, y amonestábales la gente de su comitiva a que descendiesen e implorasen su perdón, como único medio de templar su enojo y salvar sus vidas. Ni amenazas, ni reflexiones, ni ruegos bastaron a persuadir a los enamorados. Fuéles ya preciso a los de la escolta del padre subir a la roca para apoderarse de ellos; pero el joven amante, con determinado arrojo, comenzó a descargar sobre ellos piedras, troncos de árboles y cuanto pudo haber a las manos. Vista la resistencia, buscó el padre ballesteros que de lejos les atacasen. Los jóvenes enamorados, no pudiendo salvarse de la lluvia de flechas que sobre ellos caía, y teniéndose ya por perdidos, para no sufrir la ignominia que les aguardaba, se abrazaron estrecha y fuertemente y se echaron a rodar por la peña abajo hasta caer destrozados, a los pies mismos de aquel inhumano y sañudo padre. Movi6 a lástima aquel triste y horrible espectáculo a todos los espectadores, y arrancó lágrimas a los mismos que habían contribuido a po-

nerlos en tal desesperación. Los dos amantes fueron enterrados al pie de la roca, que desde entonces se llamó *La Peña de los Enamorados* »

Con ligeras variantes, refieren este dramático suceso otros escritores, conviniendo en el fondo con lo narrado por el Sr. Lafuente, aunque suponiendo que el caballero cristiano estaba preso en una mazmorra, de donde fué sacado por la enamorada joven, en cuya forma lo refiere también la tradición granadina.

Nosotros hemos seguido para la confección de nuestro modesto trabajo, además de lo dicho por los historiadores, una narración publicada en el libro *La Alhambra*, cuyo autor desconocemos

(16) **Una Deslealtad y un Reto.**— El memorable y curioso desafío de Don Diego Fernández de Córdoba, después segunda Conde de Cabra y Señor del Estado de Baena, con Don Alonso de Aguilar, su próximo pariente, que reseñamos en esta Leyenda, lo consignan varios historiadores dignos de todo crédito, y entre ellos, el Abad de Rute, Don Francisco Fernández de Córdoba, en su *Historia (M. S.) de la Casa de Córdoba* a la que también pertenecía.

El haber concedido el Rey Don Enrique IV el gobierno de los castillos y alcázares de Córdoba a un hijo del Conde de Cabra llamado D. Martín, hizo estallar la envidia de D. Alonso contra la casa de su esclarecido pariente y, ciego por el despecho, recurrió al reprobado medio de invitar a su casa para celebrar un convite al primogénito del Conde, D. Diego Fernández de Córdoba, prendiéndole después del festín y manteniéndole encerrado en una torre algunos meses del año 1.469; poniéndole después en libertad, bajo promesa, de que se le entregaran por el Conde su padre ciertas rentas y dominios a que se creía tener derecho, y haciéndole jurar de que, el en caso de no cumplirse aquellas condi-

ciones, volvería por sí mismo a constituirse en prisión bajo el poder de D. Alonso.

El Rey relevó al Conde y a su hijo de cumplir nada de lo estipulado, y entonces, D. Diego, envió un cartel de desafío a D. Alonso, para que compareciera en Granada el viernes 10 de Agosto de 1.470, ante la corte de Muley Hacén que se había prestado a cederles terreno para la lucha bajo su salvaguardia, por haberles prohibido el Rey de Castilla, bajo severas penas, luchar en sus dominios.

La fama que de Capitán valeroso, invicto y esclarecido, como le llama un historiador, gozaba D. Alonso, no parece que sufriera grave daño por el malhodado suceso del desafío, si bien hay que convenir, en que tanto en la prisión de su pariente D. Diego como en su falta al reto de Granada, no procedió con la corrección, arrojo y nobleza que cumplía a un caballero de su tola. Fué D. Alonso Fernández de Córdoba, Señor de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitán, y tras una vida gloriosísima, en que pareció tener unido a su suerte el carro de la Victoria, murió heroicamente combatiendo contra los revelados moriscos de las Alpujarras en el desastroso combate ocurrido en Sierra Bermeja la noche del 16 de Marzo de 1.504.



Índice

	PÁGINAS
Dedicatoria	III
Prólogo	V
Prólogo de la Primera Edición	XI
Carta de D. Juan Valera	XVIII
Introducción	1
El Can de Pero Suárez	5
El Castillo de Guadalerza	15
El Cristo de la Agonia	41
La Esposa del Arquitecto	47
Los Niños Hermosos	55
Rafael de León	65
Santa Leocadia	71
El Anillo de la Duquesa	89
La Cruz de la Roldana	97
La Cuesta de la Traición	105
Las Emparedadas de Baena	115
En la Octava del Corpus	131
La Piedra Escrita	139
La Prisión de Boabdil	143
La Torre de la Malmuerta	163
La Virgen de los Angeles	177
La Virgen de Consolación	187
Mahomad	193
La Peña de los Enamorados	199
Una Deslealtad y un Reto	225
Notas	239

ca; Medalla de Campaña con ocho pasadores; premio de la Real Academia al Talento. Fué nombrado en su ciudad natal Hijo Ilustre con otorgación de la Medalla de Oro.

Fué, también, autor de las obras siguientes:

HISTORIA DE LA VILLA DE BAENA (Dos ediciones, agotadas)

BATALLA DE MUNDA (Monografía)

ANTIGUAS ORDENANZAS DE LA VILLA DE BAENA (Obra de 800 páginas)

ALELI (Teatro)

SOLTERA (Teatro)

HERIDAS DE HONRA (Teatro)

ANTIGUEDADES Y VESTIGIOS DE BAENA (Arqueología)
ANTIGUEDADES ROMANAS DE ANDALUCIA (Arqueología)

Y diversos artículos en las publicaciones científicas de la época.

oOo

CONTRAPORTADA.

Crismón Visigodo descubierto por el autor. Es ejemplar único que donó al Museo Arqueológico Nacional, donde se conserva.

